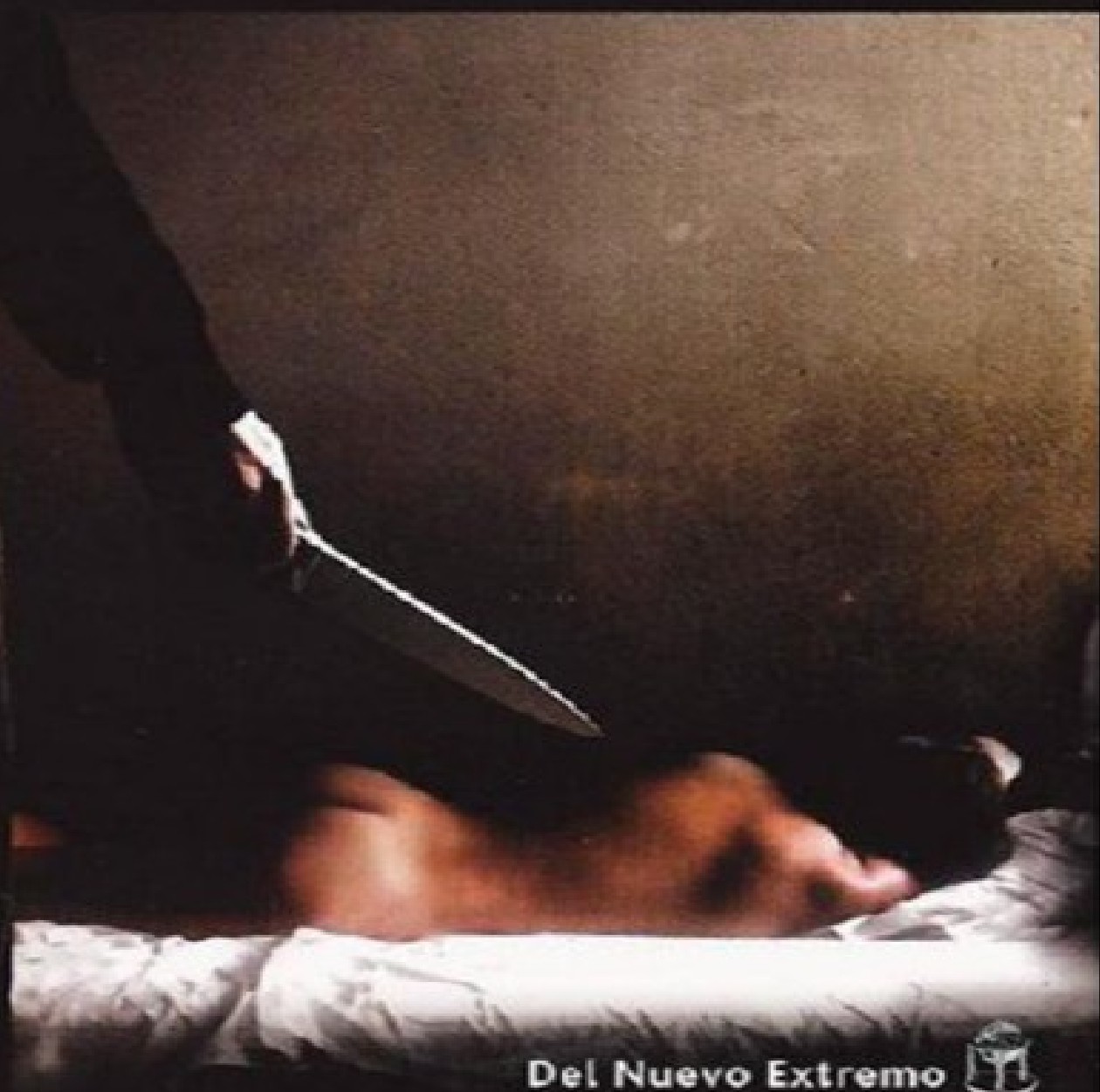


extremo
negro

DANIEL SORÍN

El cerco



Del Nuevo Extremo



DANIEL SORÍN

El cero

Del Nuevo Extremo

Sinopsis

Un asesino serial elige sus víctimas entre los integrantes de los reality show y la farándula artística.

Desquiciado o vengativo, sus crímenes son tan crueles como perfectos. No deja ni huellas ni rastros que permitan seguir sus pasos. Solamente un macabro modus operandi.

Policías y gobernantes descubren que su propio futuro está en peligro, y destinan todo su poder en la cacería del asesino. El periodismo, la oposición política y las iglesias no pueden quedar al margen. En verdad, nadie está al margen desde el día en que un gigantesco cerco se extiende por el neurálgico centro financiero de la city. Centenares de miles de personas no pueden entrar ni salir, rehenes de un inspector de policía.

Daniel Sorín trabaja una trama precisa e inquietante, una historia amenazante por posible, que se desenvuelve lógica e incómoda, en un contexto tan cercano a la realidad como impiadoso y ajeno de toda heroicidad.

Autor: Sorín, Daniel

©2012, Del Nuevo Extremo

ISBN: 9789876093217

Generado con: QualityEbook v0.75

A la memoria de Daniel Muxica

Advertencia

La que sigue es una historia de ficción y los personajes que la urden, completamente inventados. No obstante, será verdadera o falsa según lo que estos términos signifiquen al atento lector. Pero, en cualquier caso, no es real.

Una profecía: la democracia, la universalidad, la igualdad, no serán capaces de satisfaceros. Cada vez será más fuerte en vosotros el deseo de la dualidad —de un mundo doble—, doble pensamiento, doble mitología... profesaremos en el futuro dos sistemas distintos a la vez y el mundo mágico encontrará su lugar al lado del mundo racional.

WITOLD GOMBROWICZ, Diario

EL ASCENSO DE LO IMPOSIBLE

1

La inspiración no es un soplo divino, los dioses permanecen desatentos a nuestro destino. La inspiración tampoco responde al plexo pedregoso que llamamos voluntad, y menos aún a trabajosas búsquedas interiores. La inspiración es, al fin, un enigma.

Para lograr su amistad se han ideado numerosas alquimias, pero todo ha sido inútil; ni los más férreos empeños ni los más eróticos sortilegios consiguieron atraerla. Y, cuando al fin se hace presente, no es más que una acompañante desamorada a quien no conseguimos retener.

La inteligencia de ciertos ritos, esas ceremonias repetidas sin pudor, esos gestos sostenidos por la fe o por la angustia, y aquellos actos, pequeños, diarios, a condición de porfiados, crean la ilusión de convocada. Pero en realidad, solo disponen de nuestra alma vacía para su llegada. Fríos en el desierto interior le ofrecemos una bienvenida de júbilo, pero, sorprendidos por su arribo, no podemos con el pavor de su segura despedida.

Esquiva, indiferente, lo mejor es olvidarnos de su existencia; ya vendrá, aunque no sepamos cuándo. La Inspiración tiene, como su prima hermana, la Muerte, una cita impostergable con nosotros. Porque no hubo, en la inmensidad del tiempo, hembra o varón que no se apagase, ni que haya permanecido ajeno a su luz diáfana. Todos la merecemos, aunque más no fuese una sola vez en la vida. De tal suerte, solo nos debe importar una cosa: qué haremos con ella, la amada desamorada e infiel, cuando finalmente se aparezca delante de nosotros.

* * *

Durante años había trajinado madrugadas de lecturas inquietantes. Conocía a Lovecraft de memoria y estaba seguro de que si un día afortunado recorriese Providence, en el legendario Rhode Island, nada podría resultarle ajeno.

También había desempolvado la sabiduría esotérica del medioevo. Sepultado el imperio de la razón, buceó en los intrincados conocimientos de los alquimistas. Tuvo su golpe de suerte cuando accedió a los dos tomos de la Enciclopedia de las piedras, la misma que Jacques Leroi escribió, ya internado en el manicomio, durante los años de entreguerras.

Por fin, apoyándose en la simple evidencia de que nadie en su sano juicio se hace pasar por descendiente de Abraham, estudió la Cábala con un erudito al que visitaba tres veces por semana en su estudio de la calle Salguero. A él le debía centenares de horas de lectura y cierto manejo de la lengua del desierto.

Logró percibir el mundo que lo rodeaba de una manera que juzgó tan compleja como armoniosa; sin embargo, la revelación de los universos ocultos, por extraordinaria que fuese, no lo había inspirado.

La inspiración le llegó gracias a un libro que no intentaba comercio alguno con lo oculto. Cuando dio vuelta la última página, sospechó que algo estaba por dejarse ver; entonces esperó sentado en el sillón hasta que, pasadas las tres de la mañana, mientras la luz amarillenta de la lámpara lo acariciaba, su alma abierta logró reconocerla.

La inspiración estaba allí, con él.

Aunque toda idea es un préstamo, su nacimiento es un gesto maravilloso. Primero fue una imagen, cuerpos quietos y sangrantes, veredas rotas y basurales y asco en el estómago. Después, un concepto, o varios: limpieza, orden, jerarquía, poder. Un hombre tullido y olor de sábanas meadas.

Permaneció quieto, sin mover ni un músculo.

A las cuatro imaginó un resplandor acompañado de un sonido seco. Es una alarma, pensó, y emocionado consiguió, después de un desesperado esfuerzo, palpar la idea.

La vida, se dijo, ya no será algo que transcurre en algún otro lugar. Cerró el libro y lo dejó en la mesita circular, sobre la carpeta de hilo que había

tejido su abuela. Cansado, se durmió sabiendo que, después de años de búsqueda, la inspiración se había hecho presente.

A la mañana era otro. Se desperezó frente al ventanal, puso música, cortó dos anchas rebanadas de pan que untó con manteca y tomó la botella de la mesa. Fue hasta el sillón y observó el libro. Es una buena historia, se dijo, algo rancia, quizás de otro tiempo, pero buena. Diario de la guerra del cerdo, se leía sobre un fondo marrón oscuro y más abajo, en letras que habían sido doradas, Adolfo Bioy Casares.

2

Ya hacía un largo tiempo que esperaba cuando la luz se apagó. El anhelo le dibujó una sonrisa breve pero no se apuró: tenía un plan e iba a cumplirlo. Prudente, aguardó una hora más hasta estar seguro de que las pastillas hicieran su efecto; después se colocó los guantes de látex y trepó hacia el balcón.

El frío y un viento del sur inusualmente fuerte le mortificaban el cuerpo. La cara posterior del cuello, los pies, los muslos apenas defendidos por un pantalón que ahora resultaba demasiado fino. Fue al ganar la barandilla que pensó en el buen augurio de una noche oscura, la

luna oculta tras espesas nubes.

Ya del otro lado, en cuclillas, el oído atento y la respiración intranquila, ordenó sus herramientas. Cada vez que presumía algo fuera de control, ordenaba. Lo que fuese, lo que tuviera a mano. De pequeño iba hasta la mesa redonda donde esperaba el ajedrez de su padre: los caballos debían mirar hacia adelante, así como la boca de los alfiles (un tajo, esa mueca congelada en un rostro sin ojos) y las coronas de los reyes, jamás de perfil, nunca de soslayo, los monarcas otean al enemigo de frente y con mirada soberana.

Sin apuro fue dejando las herramientas sobre las cerámicas azules, una al lado de la otra, ordenadas por tamaño de mayor a menor. Al final tomó los tres círculos —fundición de aluminio y pintura horneada, una joya alemana—, los apoyó sobre el vidrio y bajó la palanca. Los círculos agrandaron su concavidad, crearon un vacío silencioso y fueron uno con el cristal. Después tomó el cortante, trazó una línea a la derecha y otra a la izquierda, una tercera arriba, para terminar con una final abajo. Suspendió la respiración, aguzó el oído y golpeó con su mano enguantada hasta que el rectángulo se desprendió.

En el silencio de la noche liberó los círculos del cristal. Luego entró.

El departamento parecía ajeno a todo cuidado cotidiano, las paredes estaban desnudas y los pisos intransitables. Vio cajas de cartón y atados de revistas desparramados, ropa olvidada y un par de grandes bolsos, uno lleno y el otro semivacío. Un desorden injurioso, pensó. Con la atención puesta en no tropezar llegó a la habitación; ahí estaba, completamente dormida.

Se acercó. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y la colcha bajaba hasta derramarse como lava hirviente sobre el piso de madera. Encima de la mesita de luz había un frasco de somníferos y un vaso sin agua. La cama era un desastre, las sábanas arrugadas velaban el cuerpo dormido, doblado sobre sí mismo. Se puso en cuclillas y acercó su rostro al de ella; a veinte centímetros sintió la respiración de la mujer, lenta, con la serenidad que da el agotamiento. Se arrió más, quince, diez, cinco centímetros, las narices al borde de rozarse.

Después se irguió. Sacó el frasquito del bolsillo de su campera, lo abrió y lo sostuvo cerca de los delgados labios de la mujer, que no hizo, que no tuvo, que no pudo ensayar gesto alguno. Paciente, esperó tres minutos, después buscó en el otro bolsillo.

El metal brilló en la oscuridad; el movimiento preciso, breve, austero. Dejó que los pies bajaran por el costado de la cama, el lugar estaba tan sucio que no se preocupó por las manchas.

A unas diez cuadras sacó del bolsillo el celular que había tomado de la habitación; pulsó el uno y marcó el número del destinatario. Al dar vuelta la esquina lo arrojó dentro de un volquete, junto a trozos de mampostería y los restos de una estantería metálica.

Lo había hecho, sonrió, y se quitó los guantes de látex.

* * *

Hija de los reyes de Troya, supo ser sacerdotisa de Apolo, el hermoso dios del Sol, los vaticinios y la música. Tan ávida como ardiente, Casandra pactó con él un encuentro carnal: sería suya a cambio de que le concediese el don de la profecía. Pero cuando la paica accedió a los transparentes arcanos de la

adivinación, no tuvo mejor idea que incumplir el arreglo. Sorprendido por la traición, Apolo la maldijo escupiéndole en la boca: la ingrata seguiría conservando su don, pero nadie, ni el más suspicaz ni el más crédulo creerían jamás sus vaticinios. Así fue como Casandra anunció inútilmente la caída de la ciudad. Estorbaban a los troyanos las advertencias de esa loca y franquearon el paso al majestuoso caballo.

* * *

López estaba en la redacción cuando se enteró.

—Todavía no lo sabe nadie —le dijo su confidente—, fue en su departamento, estaba completamente desangrada.

—¿Seguro?

—López, ¿cuándo le fallé?

—La vez que me dijo que el bigotudo no renunciaba —contestó López, envuelto en el humo de su Parisiennes. Estaba como su estómago, amargo y revuelto.

—Esa vez nos equivocamos todos, si hasta el mismo comisario lo había asegurado. Ahora le bato la justa, López.

—¿Está seguro de que murió?

—Totalmente.

Después de cortar buscó un par de monedas en los bolsillos de sus pantalones y fue a la máquina de café. Volvió con un capuchino grande. Nunca le había gustado el café de esa máquina, le sabía demasiado suave, pero él tenía el remedio: le agregó un sobre de azúcar y dos cucharaditas del café instantáneo que guardaba en el tercer cajón de su escritorio. Encendió otro cigarrillo, retuvo el humo en los pulmones y, cerrando los ojos, se preguntó cuánto tiempo tendría.

Pero las sumas y restas de su pensamiento se suspendieron abruptamente cuando desde arriba —a López las revelaciones siempre se le aparecían desde arriba— bajó la consigna:

EN EL NEGOCIO DE LAS NOTICIAS NO SE PIENSA, SE ACTÚA.

Anuncio transparente, si los había. Todavía confuso por lo inesperado de la revelación, se quedó quieto con la mirada abandonada en el cielorraso. "En el negocio de las noticias no se piensa, se actúa", repitió en voz alta.

Y bien, adelante... ¡actuá!

¡Ya!,

¡actuá!

Buscó en su agenda, el dedo Índice, amarillo hasta la falange, marcó 4372...

"Usted se ha comunicado..."

Tengo algo, pero es por poco tiempo.

"Si sabe el interno..."

Se va a caer de culo. Le voy a pedir cinco, o diez... no, diez es mucho, cinco está bien.

"En un momento lo atenderemos".

O que me haga entrar, tengo experiencia, le voy a venir bien entre tanta pendejada inútil.

—Hola, muchas gracias por esperar.

—Señorita, me comunica con el señor Vázquez.

—¿De parte de quién?

—López, Lorenzo.

Por qué mierda se lo digo al revés, "López, Lorenzo", hay que ser nabo, ¡hace treinta y cinco años que hice la colimba! Eso me pasa porque me llamo Lorenzo, nombre de mierda. ¿En qué andarían pensando cuando me lo pusieron? Lorenzo, el coronado de laureles; laureles las pelotas.

Levantó la vista, vio la placa roja en el televisor, pero no le prestó atención.

Quizás debía pedirle dos o tres mil, claro que mejor estaba un puesto. Nada de relación de dependencia, un contrato y él facturaba. Mientras tomaba el primer sorbo de café, vio reflejos rojos en el vasito de telgopor. Ya vería qué le iba a decir, ¿pero cuándo?, si en cualquier momento escucharía la voz aflautada de Vázquez, "¿qué quiere, López?", que significaba: otra vez molestando, López. Tenía que resolverlo ahora. ¿Qué iba a decirle? Solo sabía que la habían matado, pero debía callar, esa información era lo único de que

disponía para negociar.

Tomó el último sorbo de café, el líquido tibio pasó por su garganta, cuando bajó la mano descubrió, atrás, en el televisor, la placa roja. Entonces la leyó, decía en grandes letras blancas: "Mataron a Casandra".

—Hola, ¿qué quiere López?

* * *

María de las Nieves Gutiérrez había nacido veintisiete años antes en la localidad de Moreno, en el oeste del cercano conurbano porteño. De padre mecánico y madre peinadora, María de las Nieves asistió a una escuela religiosa desde los temerosos tiempos de la infancia hasta los confusos en que completó la secundaria. Después de un turbulento viaje de egresados, trabajó en un supermercado, en una cadena de perfumerías y en varios locales de ropa de un frecuentado shopping del barrio de Palermo.

Su vida se reducía a dos madrugadas de música fragosa, en las que abandonaba su cuerpo a la calurosa electricidad del baile; consumía entonces alcohol en abundancia y alguna droga esporádica. Ajena a sí misma, no lograba llenar el vacío ni el vago augurio que la perseguían desde niña, tampoco curar la futilidad de un sexo sin hambre, saciado sin mérito antes de la final perplejidad del sueño.

Hasta que a los diecinueve años quedó embarazada. Después del primer momento de zozobra, María de las Nieves dejó de intentar colmar el desierto interior que la dominaba. Su nuevo estado suspendió la búsqueda, que se adelgazó hasta desaparecer.

Para tranquilidad de la joven madre y desasosiego de los turbados abuelos, el padre de la criatura desapareció sin dejar rastros. María de las Nieves se ocupó de su hija, una rozagante niña a quien llamó Lorelei, con observante exclusividad durante los siguientes años.

A poco de cumplir veintidós años sintió, otra vez, el vacío; fue cuando tomó la decisión. Una tarde de domingo sin fútbol, le dijo a su padre, el mecánico, que al día siguiente saldría a buscar trabajo. Un mes después, sus rasgados ojos verdes y su boca de delgados labios aparecían en la publicidad

de una reconocida fábrica automotriz francesa. "*Un sommeil fait une réalité*", decía la delicada voz femenina.

El auto gris avanzaba por una callejuela bucólica, "*un sommeil fait une réalité*", mientras se sobreimprimía su rostro. Sensuales e inquietantes, sus rasgos comerciaban un delicado equilibrio entre la inocencia de la infancia y los hechizos de una joven mujer.

Quiso el destino de María de las Nieves que su representante supiera evaluar lo que tenía entre manos. Evitó las publicidades de mayonesa y lavandinas dedicándose a transformarla con obstinada resolución. Fue así hasta la noche aciaga en la que María de las Nieves le dijo lo del teatro.

Cuando la escuchó —aturdido por el golpe de knock-out— todavía tenía presente, imborrable, la primera vez que la había visto. Él caminaba por el set que tenía en sus oficinas cuando distinguió su rostro entre una multitud de miradas hormonales. Estaba de perfil, el cabello recogido hacia un lado dejando ver el largo cuello y un mentón de líneas decididas. Había algo único, apenas un rumor varonil en ese perfil.

Ella giró la cabeza y sus miradas se cruzaron. Él indagó con apariencia profesional, hurgó en ese rostro, los ojos levemente juntos, los labios entreabiertos y húmedos, la piel joven, la mirada salvaje.

La hizo pasar y la contempló durante largos segundos; a su imaginería le costó otorgar sentido a lo que veían sus ojos: esa jovencita era mucho más que otro inquietante objeto de deseo, tenía delante la más endemoniada máquina de seducción que él jamás hubiera visto.

Con un paciente trabajo de ebanista, esa piedra preciosa podía transformarse en una profesional inigualable, y a tal fin se abocó con irrenunciable celo y gravoso sacrificio de su instinto masculino.

En eso estaba dos años después, cuando su representada le anunció que ya no se llamaba María de las Nieves sino Casandra y que le había hablado un productor para que integrase el elenco de una revista.

Trató de disuadirla. Que no era para ella, que no era una vulgar media vedette, y que iba a tirar por la borda toda su carrera. Que tuviera paciencia y trabajase. Eso necesitaba: trabajo y más trabajo.

Pero fue inútil.

—No te lo permito, de ninguna manera —le gritó.

Iba a sacar unas revistas europeas para mostrarle adónde llegaría con dedicación y su inapreciable guía, cuando ella lo interrumpió. —Y no vaya seguir más con vos...

"Con vos", era la primera vez que lo tuteaba.

—Tengo otro representante.

¡Otro representante! ¡Una mierda, seguro que es una mierda!... Y un vividor.

"Sus servicios serán recompensados", le diría el vividor días después en una confitería.

Diez mil dólares.

Le dijo que no, que de ninguna manera, y el vividor —campera, camisa, pantalón y zapatos negros, el pelo mojado cayéndole sobre la frente y unos anteojitos de armazón blanco que daban asco— le sugirió que recapacitase.

—No estoy dispuesto a romper el contrato —le contestó él. El vividor lo miraba sin hacer ningún gesto.

—Es mía, me entendés. ¡María de las Nieves es mía!

Y se levantó. ¡Habrase visto!

Es mía, mía.

Yo la vi, yo le puse gente para que aprendiera. Yo dejé tranquilo al gorila del padre, y yo la imaginé conquistando el mundo. ¡Y ahora la muy putita me viene con este mequetrefe de quinta!, ¡este pendejo que tiene edad para ser mi hijo! ¿Qué sabe de hacer una profesional?, ¿qué sabe del negocio? ¡Nada! Seguro que se la coge el muy hijo de puta, ¡y yo que ni la toqué!

Esa misma noche muy tarde, dos o tres de la mañana, lo despertó un llamado telefónico.

—¿Lo pensó mejor?

Lo trataba de usted, como a un viejo.

—Ya te dije, es mía.

—Como quiera, pero sepa que si no acepta ahora, después no le vaya dar nada. Diez mil es más que nada, Roberto.

Cortó, trató de volver a conciliar el sueño, pero fue imposible.

Qué horas eran ésas para llamar. Se levantó, preparó un café y trató de alejar un oscuro presentimiento que se le había instalado en el alma. A la mañana recibió otro llamado: la oficina había sido asaltada.

—Se llevaron las cámaras y las editoras —lo enteró el pibe de casting. Entró en su oficina como un rayo, la caja de seguridad había sido violentada. "No puede llevarse nada por ahora", escuchó que le decía el policía, el poco de efectivo que guardaba en la caja fuerte ya no estaba, el contrato de María de las Nieves, tampoco.

* * *

"Mataron a Casandra", había tronado la placa roja.

Ya porque no era bien vista, ya porque su paso por la Casa había irritado el delicado colon de la moral pública, nadie tuvo piedad con Casandra. Se refirieron a ella con modos umbrosos. Había sido una hermosa mujer, un cuerpo trabajado, casi perfecto y un rostro único. Pero eso no les alcanzó y buscaron con afán la inteligencia que no encontraron. Ni siquiera les pareció hábil, y eso que Casandra tenía, como cualquier criatura, sus habilidades. Un traficante de chimentos la llamó "trepadora"; un conductor de exitosos programas de tevé, "la rápida", y una vernácula vedette de exuberantes pechos, "come hombres".

Por un momento fue, en toda la geografía de un país de pantalla, la única mujer promiscua. Se ensañaron con ella las adúlteras y las cornudas, las solteras olvidadas y las mal casadas. Se burlaron de Casandra los hombres asqueados de sus esposas, los impotentes y los fastidiados de todas las mujeres, los sacerdotes frustrados y los alegres putañeros nocturnos. No es raro, una sociedad necesita, cada tanto, arrojar los excesos que desgarran su estómago, vomitar el odio, disculparse, exorcizar sus intestinos. Y qué mejor que una joven mujer que ya no podía defenderse, una putita de arrabal que se había creído lo de la alfombra roja.

Hasta un filósofo devenido cronista de la cotidianidad no se privó de intervenir y formuló el epitafio:

—Acaso, como la homónima troyana, ha incumplido un pacto — dijo, circunspecto, ante las cámaras—. Quizás, por fin, Apolo se haya vengado.

Nadie tuvo piedad con Casandra, ni siquiera las desheredadas putas de extramuros.

* * *

Tato Beraja conducía un programa sobre el espectáculo, o sobre chimentos, como maldecían sus cuantiosos damnificados. "Las malas compañías, qué barbaridad", lagrimeó una veterana periodista del panel. Luego, alguien pasó de las malas compañías a ciertos hábitos, y otra voz se refirió a su manera de ganarse la vida sin recato ni medida, sin siquiera el estorbo de un resabio de vergüenza, Casandra fue juzgada en ausencia y ante las cámaras. Entonces alguien, desafiante, la espalda artificialmente vertical y el escote profundo, ensayó su defensa con aquello de que cada una se gana la vida como puede.

—¿De cualquier manera? —preguntó Beraja.

—Cada cual sabe hasta dónde le da —sentenció el escote mientras miraba con belicoso ánimo a la veterana periodista entrada en carnes.

Varios hablaron al mismo tiempo y por unos segundos fue imposible entender lo que se decía. Mientras esto sucedía, un móvil de Canal 6, que hacía horas esperaba en la casa de la madre de María de las Nieves, logró al fin ponerla al aire. Sus grandes ojos parecían ausentes, en la boca tenía instalado un involuntario temblor y el desarreglo ácido de su alma.

3

Ya era de noche cuando creyó ver un líquido negro asomarse por debajo de la puerta de la vecina, pero como el pasillo no estaba bien iluminado y ella cada vez veía peor, siguió de largo. A la mañana siguiente, cuando se iba para su trabajo, se detuvo en seco al advertir que el líquido se había desparramado y ahora invadía una baldosa del corredor. Y que no era negro sino rojo, aunque muy oscuro. Hacia la media tarde, cuando volvía de sus labores, tuvo un estremecimiento, el charco ya ocupaba medio pasillo. "Vaya a ver, Rosendo, vaya a ver, por favor". El portero fue, tocó timbre, golpeó la puerta, esperó arduos minutos con el estómago revuelto y la vista clavada en el espejo de sangre. Después llamó a la comisaría.

Los uniformados encontraron el cuerpo de una mujer colgado de un ventilador de techo. Tenía los dedos meñiques de los pies prolijamente amputados, y por ahí había escapado toda la sangre. El rostro, inmóvil en un gesto si no de placer, por lo menos pacífico, parecía indicar que la mujer había sido dormida antes de la mutilación, quizá, incluso, antes de ser colgada. Por lo demás, no existía la menor señal de lucha.

El fotógrafo sacó decenas de imágenes y dijo que, por él, ya podían bajarla, "la pobre debe estar incómoda", bromeó. Fue hacia el termo y se sirvió un café, tomó una medialuna y estaba por morderla cuando reparó en la inconveniente llegada del fiscal. Escondió el termo, las medialunas y cualquier otro indicio de merienda, ese tipo se apegaba estrictamente a las normas y odiaba que se contaminara la escena del crimen.

El sargento le informó al fiscal lo que se había hecho y le preguntó si podían bajar el cuerpo. El tipo ni abrió la boca, inspeccionó por largos cinco

minutos el lugar, entró al baño, salió y preguntó si le habían sacado fotos al botiquín. "¿Al botiquín?". El fotógrafo fue al baño y obturó la cámara una, dos, tres veces. Después escuchó detrás de él la voz áspera del fiscal:

—¿Qué hace?

Iba a decirle que le sacaba fotos al botiquín como él había ordenado, cuando el tipo le dijo con desprecio apenas contenido:

—Al espejo no, adentro.

Se disponía a abrir el botiquín cuando volvió a tronar la voz del fiscal:

—¡Qué hace!

Se dio vuelta, aunque no iba a responderle nada.

—¡Póngase guantes!, no quiero sus huellas en el espejo.

El sargento corrió en su auxilio con un trapo blanco.

—Parece que empezaron ayer —soltó el tipo.

El sargento abrió la puerta del botiquín, había como quince frasquitos; no eran perfumes ni pastillas de menta.

* * *

—López.

—Sí.

—Mataron a Mora.

—¿La de la Casa?

—La misma.

Tenían mala suerte los de la Casa, pensó, e inmediatamente sintió que todavía no era tarde. No era tarde para el viejo López. El caso tenía que ser suyo. Un pudor infantil le enrojeció el rostro, pasar al frente gracias a la muerte de dos minas lo turbó, claro que él no les iba a cambiar la suerte. Pasar al frente o quedarse en el fondo marrón donde estaba no las reviviría. Se tocó la cara con las manos, sintió el ardor de la vergüenza, por suerte nadie podía verlo.

—¿Dónde fue?

—En su departamento. No hay signos de pelea y no forzaron la puerta.

—¿Cómo la mataron? —Estaba desangrada. —¿Qué más?

—Por ahora nada más.

—¿Hay fotos?

—Imposible, el fiscal es un intratable, con ese no se jode. —Y decime, ¿la violaron?

Silencio.

—No sé, pero no me parece.

* * *

El cabo primero Rodríguez revistaba en la comisaría 45 de la calle José Cubas, en el barrio de Villa Devoto. Tenía unos treinta y cinco años, un metro setenta de altura y noventa y cinco kilos de peso, veinticinco de los cuales estaban de más, según el médico de la Repartición.

El cabo primero estaba inquieto, en media hora comenzaban sus ansiados tres días de franco. Como la Victoria se encontraba en sus pagos visitando a la familia, él viajaría con dos amigos a Chascomús, ya se veía pescando en la laguna, chupando vino y comiendo buenos asados.

Cuando al minuterero le faltaba una rayita para llegar al doce, el cabo primero Rodríguez se acercó a la imagen de la Virgen, colocó la palma de su mano izquierda sobre el vidrio que la protegía y se persignó con la diestra. Ayudame Virgencita ayudame Virgencita ayudame Virgencita, salió de su boca tres veces, como una cábala. Lo hacía todos los días después de la llegada y antes de la salida. Al principio, cuando entró en la Repartición, decía protegeme mi Virgen Santa y a continuación repetía tres padrenuestros, rápido, sin comas ni puntos. Pero, por más veloz que fuese, era muy largo y sentía, atrás, la mirada socarrona de los otros. "No tengas miedo, no seas cagón", le habían dicho. Así que contrajo su penitencia a solo dos palabras tres veces reiteradas. Porque tenía que ser tres veces, de eso no había dudas, y no porque la Victoria le hubiera explicado que tres era el número de la santa Biblia, que tres eran el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino porque desde chico repetía los deseos tres veces, porque tres era su número en los dados y porque había nacido el tercer día del mes tercero.

Ayudame Virgencita ayudame Virgencita ayudame Virgencita.

Un conjuro.

No había evocación ni súplica. Menos una oración. Era, nada más que una cábala pagana, como una mano con el índice y el meñique estirados en cuernito, como tocarse las partes para conjurar al mufa.

Ayúdame Virgencita ayúdame Virgencita ayúdame Virgencita.

Después, despegaba su mano del vidrio tras el cual esperaba paciente la Virgen, se besaba la uña del pulgar y volvía a apoyarla en el vidrio. Años así, día tras día, y aún estaba vivo. Ni un enfrentamiento, ningún tiroteo, ni un raspón siquiera. Muchas veces se había preguntado si era suficiente, si al irse no podía decir para sí un padrenuestro, aunque fuese solo uno. Como un regalo. Y lo había hecho cierta vez, pero si alguno le preguntaba para dónde iba, o cuándo tenía el próximo franco, cualquier cosa, él tenía que interrumpir el padrenuestro para contestar y eso estaba mal, porque nadie es más importante que la Virgencita. Así que dejó de hacerlo para no faltarle el respeto.

—Cabo primero Rodríguez.

Se dio vuelta, dos oficiales sin uniforme estaban parados frente a él.

—Tiene que acompañarnos —dijo el más alto.

Rodríguez los miró sorprendido.

—Yo soy el cabo primero Jorge Rodríguez —dijo—, porque está el sargento Fernando Rodríguez...

Pero era él nomás. Se subió al auto después de entregar su arma. "Es una orden", le había dicho el otro, un muchacho joven, peinado a la gomina y con aire a Andy García en El Padrino III. Llegaron al Departamento de Policía cuando faltaba un cuarto para las ocho de la noche, lo tuvieron esperando en una sala hasta las nueve, cuando escuchó que lo llamaban desde el pasillo.

—Cabo, la anteúltima a la izquierda.

Para su sorpresa, el que lo estaba esperando era el comisario Bermúdez, el mismo que había estado a cargo de la 45. El comisario le ordenó que se sentara y le preguntó si tenía celular, él no entendió y Bermúdez tuvo que repetir la pregunta, el tono de voz más alto y el ánimo urgente. Claro que tenía celular.

—¿Hace cuánto que lo tiene?

—¿Qué?

—El celular, cabo, ¿hace cuánto que lo tiene?

No podía creer que lo hubieran llevado al Departamento, custodiado y desarmado, para preguntarle si tenía celular y desde cuándo.

—¿Recibió últimamente algún mensaje extraño? —No —contestó.

Fue después de decidir que recordó un número dos en la pantalla. El comisario se paró y con un tono que pretendía ser intimidante volvió a preguntar:

—¿Seguro?

Confuso, el cabo permaneció en silencio.

—Hace dos días, recibió un mensaje de texto, cabo, el mensaje solamente tenía un dos. ¿No le extraño?

No dijo nada, pero se acordó de otro mensaje, pocos días antes. —Y hace siete días recibió otro con un uno.

Sí, ahora los tenía presentes. Uno con un uno, otro con un dos, ¿y qué?

—¿Sabe desde dónde se los mandaron?

Una gota de sudor empezó a caer por su espalda.

—El primero se lo enviaron desde el celular de Casandra —el cabo abrió la boca— y el segundo desde el de Mora.

El cabo Rodríguez no movió ni un músculo, permaneció rígido en la silla como si una explosión lo hubiese paralizado, ensimismado pero hueco, con el alma ausente.

¡Pero cómo iba a saberlo!, pensó.

Horas antes, el comisario Bermúdez se enteró de que desde el teléfono de Mora se había mandado aquel dos. "Un error", le dijo al joven oficial que traía las planillas.

—Eso pensamos, comisario. Pero después, cuando descubrimos que desde el de Casandra se había mandado otro mensaje con un uno, asumimos que no podía ser una casualidad.

Que no fuese un albur significaba que ambos homicidios habían sido cometidos por el mismo asesino. Y eso abría una línea de investigación: las dos habían estado en la Casa, de manera que el programa podía ser el motivo del asesino. En eso pensaba Bermúdez cuando escuchó la voz del joven oficial:

—Lo extraño, señor, es que ambos mensajes están dirigidos hacia la

misma línea.

Bermúdez sonrió.

—Bien, ¿ya quién pertenece?

—A un policía, señor —la sonrisa se le desvaneció—; al cabo primero Jorge Rodríguez, de la 45.

—Tráiganmelo de inmediato —ordenó, tratando de que no se le notase la confusión que lo embargaba.

Anotició al inspector que los asesinatos, aparentemente, habían sido cometidos por la misma persona. También le informó que un suboficial de la Repartición había sido informado por el homicida, aunque de extraña manera.

—Averigüe todo sobre el cabo —le exigió el inspector.

—No creo que sea cómplice...

El inspector hizo un breve silencio:

—Eso es obvio, Bermúdez, un asesino no avisa a su cómplice desde el teléfono de la víctima. Quizás lo eligió por azar, pero quizás no, averigüe todo, hasta si se lava los dientes.

Y ahora que estaban frente a frente se disponía a averiguar todo. Rodeó su escritorio y se acercó al cabo primero Rodríguez.

—¿Sabe por qué se los mandan a usted?

Preguntó, su boca a veinte centímetros de la oreja del cabo. —Piénselo bien.

Lo tuvo tres cuartos de hora pensando, pero nada; Rodríguez no tenía ni la menor idea del porqué.

A las diez de la noche el comisario le advirtió que no dijera nada a nadie sobre los mensajes. Y que nadie era nadie, que le iba su futuro en eso.

—¿Entendió?

—Sí, señor, a nadie.

—Y desde mañana no reviste más en la 45, sino aquí.

"Aquí" era Homicidios. Para muchos un sueño, pero no para él, tan bien que estaba en la 45. Los detectives me van a tener para los mandados, son unos engreídos, pensó el cabo primero Rodríguez.

—Puede irse.

—Sí, señor.

—Preséntese mañana a las siete en Personal.

El cabo se paró, pero antes de darse vuelta dijo algo sobre los días franco que tenía por delante. Mala suerte, el comisario lo miró fijo y con cara de asco le contestó:

—Mañana a las siete, cabo. —Sí, señor.

* * *

Perdido a su suerte, López estimó llegado el momento de recurrir a viejos conocidos. "Imposible. El fiscal es Alvarado, con ese no se jode, López", proclamó el primer conocido. Hizo un par de llamados inútiles más: nada. Nada de nada. Confuso y sin norte, fue a la máquina de café.

Mientras escuchaba los ruidos intestinos del expendedor, pasó por su mente el rostro de Miriam. La vio con su sonrisa forzada y los ojos burlones, lo que no hizo otra cosa que aumentar su confusión. Recordó, siempre lo hacía frente al desasosiego, un frío húmedo y una sombra amenazante. Un fragmento, una pieza vergonzosa del rompecabezas de su memoria, un tramo olvidable, un país de alusiones ácidas, sutiles e impalpables. Y quizás ni siquiera eso. Una vez, cuando tenía cinco o seis años, estuvo perdido en un bosque de árboles inmensos, era un sitio sombrío y húmedo, el frío calaba sus huesos cuando vio por primera vez a la víbora de la soledad dentro de sí mismo. Gritó desesperado, atrapado por el torbellino del pánico. Cuando media hora después lo encontraron, ya no tenían lágrimas sus ojos, pero en su mirada era perceptible el horror que deja la visión del averno.

Estos asesinatos tienen que ser para mí —se juró, y sacó el vasito de la máquina—. Voy a llamar al hijo de puta de Tres Erres.

—¿Está Rutini?

Raúl Romario Rutini, Tres Erres, policía protector de las chicas de Barrio Norte y, eventualmente, extorsionador de clientes adinerados. No sabía nada. O decía que no sabía nada.

—Puedo averiguar. ¿Quién lo pide? O sea: quién paga.

—No... yo.

—Ah...

Léase: soy profesional; si hay tarasca, averiguo; si no, averigüo vos.

Cortó. Qué se podía esperar de ese delincuente con uniforme.

* * *

—Ambrosio, salimos en quince.

Ambrosio hizo un gesto afirmativo y escondió las manos debajo de la amplia tela que lo cubría.

—¿Está nervioso? —le preguntó la maquilladora.

—No, no. Sí, un poco. Bueno, tengo un cagazo bárbaro.

La mujer sonrió, cómplice.

—Tómese un traguito, aquí tiene, se entona un poco y listo.

A los quince minutos el viejo Ambrosio estaba sentado frente a las cámaras. No había sido ninguna de las tres alternativas, pero todas habían fallado y resolvieron llamarlo a él, que de cámaras, estudios y canales no sabía nada. Nunca había visto la escenografía desde allí, todo falso, todo berreta.

—Está con nosotros el periodista Nicolás Ambrosio. Nicolás, ¿qué se sabe de estas muertes que están en boca de todos? —gatilló la conductora.

—Sí, en boca de todos...

Se tomaba su tiempo el Ambrosio.

—Empecemos por la de Casandra, se han dicho muchas cosas — intervino la mujer, preocupada por los inesperados silencios que hacía el invitado.

—... Se han dicho muchas cosas, que era una mujer rápida —a la conductora le brillaron los ojos—, que la lista de sus amantes era del tamaño de la guía telefónica.

—Sí, se dice —indicó la mujer, las cejas levantadas como señalando que ellos no lo afirmaban, que solo se decía en algún lugar indefinido y ajeno.

—Hombres muy preparados han insinuado que fue un castigo divino.

La mujer miró hacia las alturas y abrió las manos (qué le vamos a hacer).

—Pero digamos la verdad.

La conductora asintió con un movimiento de cabeza y esperó, estaba ansiosa.

—Usemos el término correcto, duro pero castizo.

Vamos, vamos, decilo de una vez, deseó la mujer.

—Matar a una puta no es una venganza divina, es un asesinato. La sonrisa de la conductora se transformó en una terrible mueca de horror.

—¡Usted es un animal! —le dijo durante el corte.

Y después, dirigiéndose al director:

—Sacame a este grosero de aquí, no estoy dispuesta... —y rompió en llanto.

* * *

"Horror en el espectáculo —la voz sonaba dramática—. ¿Qué tienen en común las muertes de Casandra y Mora". Pero las cosas no salieron como el productor las había imaginado y, cuando terminó la emisión, él ya sabía que los números del minuto a minuto no eran nada halagüeños. Con un país pendiente de la televisión, ellos apenas habían arañado los quince puntos.

—Quince no está mal —le dijo con sonrisa suave la chupamedias de su asistente.

Ni la miró. No estaba mal si Tato Beraja no hubiera hecho veintidós y el Inglés —¡el Inglés!—, que jamás soñó llegar a los dos dígitos, no les soplara la nuca con un increíble catorce cinco.

Tato Beraja no lo merecía, si ni siquiera lo había pensado. Fue pura casualidad que la mina del escote, que nadie la conocía, dijese eso de que "cada una se gana la vida como puede". Y al día siguiente una corista invitada dijo "por algo la habrán matado" y los números de Beraja se fueron a las nubes, pero fue nada más que suerte, porque él ni se lo había imaginado.

—Es una inmundicia, no tiene vergüenza —le dijo la asistente chupamedias.

No tiene vergüenza, ¡claro que no tiene vergüenza, y yo tampoco!, ¡la puta madre!

Y el Inglés, ¡ese también la pegó!

Tenía dos móviles y no pasaba nada, ni siquiera se movía la aguja del minuto a minuto. Pero justo cuando estaba haciéndole un reportaje a la madre de Casandra (la mina estaba destruida) llegó la Gorda Mesa, toda vestida de

negro, el escote dejando ver media teta, el cabello hecho un nido y el rímel corrido. A los gritos entró. Que tenían los días contados, que la iban a matar a ella también. Y estalló en llanto. Eso no hubiese sido nada, segundos después profirió un alarido animal que saturó los micrófonos y cayó al piso presa de convulsiones. El Inglés se hizo el caballero y pidió al director volver al estudio mientras a la Gorda le daban un vaso con agua. Con esa suerte, cómo no iba a llegar a los catorce puntos.

Y nosotros ¿qué hacíamos después de haber prometido horror en el espectáculo?: un reportaje al plomo del comisario Bermúdez.

—No hay pruebas de que las muertes estén relacionadas —dijo el tipo.

—Comisario, se dice que ambas murieron en circunstancias parecidas.

—No puedo contestarle por el secreto de sumario.

Y no hubo caso. Bueno, caso había, pero para eso, en vez del nabo que preguntaba tenía que haber estado un periodista inteligente, audaz, con sangre en las venas. Un animal carnívoro y no ese papanatas. "Se dice que ambas murieron en circunstancias parecidas". ¡Desangradas!, estúpido; decí de—san—gra—das. Y secreto de sumario, las pelotas, yo te estoy diciendo lo que vos no podés decir. Pero no, el nabo tenía buenos modales, "se dice", "circunstancias parecidas". Un boludo.

4

El pibe se sentó a la barra y pidió un sándwich de salame y un fernet con Coca. Hacía una semana que no salía a la calle, en realidad solo había salido de su habitación para ir al baño y para abrir la heladera. El cabello lacio le caía hasta la línea del mentón, lucía bigote ralo de adolescente, pantalones raídos y un pulóver marrón que olía a cigarrillo.

Mientras masticaba, miró por el canal que solía ver su madre a una mina que estaba fuera de sí. La mujer —enorme, gordísima— se cayó al piso y el conductor dijo que le darían unos minutos para que se repusiera, tras lo cual empezó a hablar con un tipo que, muy serio, explicó cómo se desangraba un cuerpo.

Increíble. ¿Sería que la yerba le había pegado mal? ¡Cómo se desangra un cuerpo! Mejor bajar un poco, se dijo, y pidió otro de salame y otra Coca con fernet. Se enteró de que habían matado a otras dos mujeres y que por eso la mina pensaba que ahora iban por ella.

Hacía años, cuando apenas tenía once, mientras contemplaba la ciudad desde la terraza de un edificio de veinte pisos, observando esos cuerpitos que abajo se movían con febril empeño, se había dicho que no veía lo que veía. Es que hasta ese momento había percibido la vida con ojos de niño, pero ahora sabía que nada era lo que parecía.

Tenía once años y lo acababa de comprobar. Esa mañana había llegado de improviso, había abierto la puerta del departamento "A" del vigésimo y último piso, y había caminado por el pasillo para terminar viendo a su madre encima del hombre equivocado. El cabello revuelto, la piel blanca, pecosa y húmeda, las tetas al aire y la boca abierta gimiendo. Fue demasiado para sus once años,

salió disparado y, sin saber adónde ir, había subido a la terraza.

Mientras veía desde arriba a la gente, se dijo que la vida era un cubo perfecto. Perfectamente hueco, solo paredes de apariencia. ¿Quién, aunque no adolezca la ternura y la fragilidad de la pubertad, puede soportar semejante vacío?

Quizás igual hubiese sido un drogadicto, no es cuestión de encontrarle excusas a todo. El descontrol nunca fue lo suyo, lo que buscaba era esa sensación increíble que a veces tenía de que el mundo se ralentaba hasta pausarse. Entonces lograba penetrar la apariencia, el carozo escondido ya no lo asustaba. Había probado casi todo y todo le parecía bien, pero no fueron los alcaloides ni los narcóticos, los estimulantes ni los opiáceos, sino el buen cannabis lo que sabía acercarlo a esa buscada lentitud.

Pero ahora resultaba que no lo dejaban en paz. Que no podía fumarse un par de porros tranquilo sin que el canal que adoraba su madre quisiera instruirlo sobre cómo se desangra un cuerpo.

¡Esos sí que estaban locos!

Salió del bar y caminó hacia la avenida; su madre, la muy puta de su madre, adoraba ese canal de mierda. A diez metros de la esquina se le ocurrió la idea. No medió búsqueda ni premeditación.

Volvió sobre sus pasos y entró en un cyber, se sentó en una terminal, abrió el navegador y creó una casilla en Hotmail. Escribió un mensaje, el texto decía: "Son dos, pero es el mismo. Casandra Mora". Y lo envió, primero a seis direcciones, después a otras seis. Doce personas lo recibieron. "Posdata: no se dejen engañar".

El primer correo fue dirigido a un sacerdote evangelista, una periodista de tévé, un cura dedicado al exorcismo, un ex ministro, una psicóloga y un productor discográfico. El segundo, a un arquitecto, un periodista gráfico, un semiólogo, una vidente, un psiquiatra y un filósofo.

Al cura, al ex ministro, a la psicóloga, al sacerdote evangelista, a la periodista de tévé y al productor discográfico les llegó como spam y lo borraron sin leerlo. El filósofo había cambiado de correo y nunca se enteró. La vidente reprodujo el texto en un papel, que dobló cuidadosamente, para después borrar el mail. El semiólogo y el psiquiatra lo tiraron a la papelera sin abrirlo. El arquitecto lo leyó para luego borrarlo. El periodista gráfico,

después de examinarlo, pensó que encargaría una nota sobre la truculencia. Lo imprimió al tiempo que atendía el teléfono; cuando cortó, tomó conciencia de que se le había hecho tarde y salió apresuradamente para una reunión. La hoja quedó olvidada en la impresora de la redacción.

* * *

López abrió su correo. "De: miriamh, Para: llopez". ¡Otra de su nombre! Tenía lorenzolopez y lopezlorenzo, pero odiaba su nombre y hacía años usaba llopez. Claro que la ele de Lorenzo lo ensuciaba todo, ni siquiera dejaba en paz a un apellido común como el suyo, que solo aspiraba a pasar inadvertido. Durante un tiempo tuvo una dirección lolopez; peor, lo empezaron a cargar con que tartamudeaba por Internet. Pensó en lorlopez, lorlito, chorlito. No, mejor dejar llopez.

Leyó: Miriam se iba el fin de semana a Colonia. Sintió una puntada en el estómago, se debe ir con ese flaco, el abogado, secretario de juzgado, Symbol gris boreal y celular caro. Se paró para servirse un café. Tomaba mucho café, tenía que aflojar con eso, Miriam ya se lo había dicho: "No tomes tanto café, Lorenzo, lo que te falta no es cafeína". Sabía ser jodida la flaca cuando quería. De camino a la máquina pasó por la impresora y se fijó en los papeles olvidados. Un pedido de insumos: cinco biromes, cuatro resaltadores, dos resmas tamaño carta. Un aviso de cambio de horario de una reunión. Un memo de Personal. "Son dos, pero es el mismo. Casandra Mora. Posdata: no se dejen engañar". ¿Qué es esto? Leyó arriba: "De: ahoranemesis", "Para:" y seguían seis direcciones.

* * *

López buscó en Google. Zeus se había enamorado perdidamente de Némesis, la hija de Nix, la diosa de la noche. "Diosa de la noche", escribió en una hoja. La persiguió sin descanso y ella, para evitar su abrazo cambió de forma una y otra vez. Al final, transmutada en oca fue capturada por un cisne, que no era

otro que el mismo Zeus.

Encendió un cigarrillo, humo cálido en sus pulmones y ojos cerrados. Con Zeus no hay quien la pueda, se dijo. Fruto de esa unión, Némesis puso un huevo que fue recogido por unos pastores y entregado por ellos a Leda. Estos griegos estaban de la nuca, primero lo del abrazo, tanto lío por un abrazo, y después ¡hacerle poner un huevo! Claro, era una oca. Pero si Némesis era una oca, por qué tanto lío.

Buscó en otra página, sentía su corazón furioso, tenía el presentimiento de que estaba por descubrir algo. Alerta, tenés que estar alerta. "Némesis", leyó. "En la mitología griega, Némesis es la diosa de la justicia, la venganza y la fortuna". ¡Eso era!

Volvió atrás: "la diosa de la justicia, la venganza y la fortuna". Escribió en el papel: "justicia, venganza, fortuna".

Levantó la vista hacia la pantalla: "Castiga sobre todo la desmesura".

Agregó: "desmesura".

Siguió leyendo: "quiere dejar en claro que los hombres no pueden ser excesivamente afortunados ni deben trastocar con actos, buenos o malos, el equilibrio del universo".

¡Aquí estaba el motivo!

El asesino debía ser un hombre culto, dedujo, de edad madura, por lo menos cuarenta años, quién si no se interesaría en la mitología.

El mensaje había sido enviado a seis personas, dos días de trabajo y la interesada amistad de su confidente policial lo llevaron a saber quiénes eran. Todos conocidos. Pero ninguno trabajaba en el diario, o sea que alguno de ellos se había comunicado con el colega que había impreso y olvidado el mail.

La imaginación de López, si bien siguió probables y racionales senderos, estaba totalmente equivocada. El mensaje no había sido mandado por el asesino ni por un hombre culto de por lo menos cuarenta años, sino por un adolescente bajo los ansiosos efectos de un reciente cannabis. Mientras saciaba el apetito, el joven había observado en el televisor de un bar americano una escena que su entendimiento juzgó inverosímil.

* * *

El cuerpo de Mora llegó al velatorio la mañana de un viernes

lluvioso; en ese mismo momento los restos de Casandra, o María de las Nieves, eran dejados adonde ya nadie podía acompañarlos.

* * *

Los policías preguntaron por Javier. Primero les dijeron que estaba en Suministros, después en Contaduría y al final en Compras, rindiendo gastos. Lo encontraron en el bufet conversando con la empleada nueva y tomando café.

Cuando se lo llevaron se alteraron hasta las piedras, Javier no sabía para dónde mirar, la cara roja y las manos esposadas. El jefe llamó a un conocido y le preguntó si sabía algo.

—Está jodido, che.

—¿Jodido?

—Sí, lo investigan por asesinato.

—¿Cómo asesinato?

La oficina se transformó en un caos. Asesinato, había dicho asesinato.

—Lo denunciaron por los homicidios de Casandra y Mora.

* * *

"Las maté por putas", leyó el fiscal Alvarado.

—Fue anteanoche, estaba en un boliche y lo dijo tres veces — agregó el ayudante.

Y vos lo creíste, pensó el fiscal.

—Me pareció que había que investigar. ¿Lo va a ver?, señor.

El fiscal se paró y fue hacia la ventana.

Un cuarentón en pedo, un boludo que dice que las mató por putas y este gil a cuadros se lo cree. Alvarado, por supuesto, no tenía la más mínima intención

de verlo, así que le dijo al ayudante que él siguiera el hilo de la investigación. Cuando se fue, el fiscal tomó el teléfono y llamó al comisario Bermúdez para pedirle que se fijase que el ayudante de la Fiscalía —sobrino de un juez y carente de cualquier otro mérito— no hiciera ninguna estupidez.

—Despreocupesé —le contestó el comisario. Así que ahora tengo que cuidar a tus ayudantes, pensó.

Iban cincuenta minutos de interrogatorio, cuando le informaron al ayudante que tenía una llamada. Afuera, se encontró con el comisario que le sugirió que no insistiese, que había sido cosa de borracho y que el infeliz era la oveja negra de una familia de bien. Una hora después, el ayudante se retiraba del Departamento de Policía y el comisario Bermúdez recibía una llamada que cambiaría sus planes inmediatos.

—Comisario, ¿hay un detenido?

—Sí, señor, pero no tiene nada que ver. Un borracho que dijo que las mató para darse corte con un par de coperas.

—Téngalo un tiempito. Que la prensa sepa que hay un detenido pero desconozca su identidad. ¿Me entiende? Que crean que hay movimiento.

—Sí, inspector. Que tenemos algo.

* * *

El rito empezó a practicarse luego de la Edad Media debido a la pertinacia de algunos difuntos. Ausentes los signos vitales, yacían inmóviles y aparentemente muertos, en un vago estado contiguo a la conciencia; algunos, incluso, pudiendo oír lo que sucedía a su alrededor.

La Iglesia juzgó venturosa la nueva ceremonia: prolongaba el acto de la muerte, y nada como la muerte justifica a Dios. Así que instruyó a sus sacerdotes para que, en tales circunstancias, hablasen a los deudos sobre edificantes temas como la brevedad de la vida, el divino plan de la salvación, la rectitud y la ternura de la Providencia, el amor infinito de Cristo y el refugio que los afligidos encontrarían en la compasión del Señor.

En tiempos más modernos, comprobada indubitablemente la ausencia de vida en un cuerpo, el velatorio se transformó en una forma de compartir

socialmente la pérdida del ser amado. Amigos, vecinos y familiares expresaban, más con gestos que con palabras, la tristeza mutua y el respeto, porque la presencia de la muerte inspira respeto al más desatento.

El velatorio es un momento de pudor. Igual que los judíos, que no se permiten ver el rostro de los muertos, el cajón de Mora permaneció cerrado para los ojos de los que la amaban y para los que sabían aborrecerla. Nadie observó su último gesto. Ni el centenar de ignominiosos fanáticos, ni sus pasados cómplices de la Casa, ni los custodios impiadosos de la moral pública. Tampoco las decenas de cámaras y micrófonos que merodearon, como aves de rapiña, los alrededores de la funeraria.

—Comisario, ¿no le dijo el ayudante que lo dejase ir?

—No por escrito, señor.

—Suéltelo ahora mismo —dijo el fiscal Alvarado, sin levantar la voz, pero como quien da una orden que no admite demoras.

—Sabe lo que pasa, alguien creyó conveniente no apurarse. Alvarado sintió la alerta.

—Pero ya está saliendo —le aclaró el comisario.

—¿Quién fue?

La contestación del comisario lo desconcertó y, cuando cortó, el fiscal sabía que arriba estaban preocupados.

* * *

El celular sonó a las once de la noche, el cabo primero Jorge Rodríguez estaba en el baño evacuando sus intestinos, operación que dio inmediatamente por concluida al escucharlo.

"Gordo, no te olvides que jugamos el domingo".

El comisario había dicho que no le dijese nada a nadie, así que seguía recibiendo mensajes y llamados.

—Puede conocer su voz, solo usted puede atenderlo, entendió, cabo, solo usted.

Lo había entendido, claro que lo había entendido. Lo que no sabía era que el aparato estaría conectado a una computadora que grababa todo cada vez que

lo llamaban.

—Quédese tranquilo, lo vamos a apagar desde la cero hasta las seis de la mañana —le dijo el hijo de puta del comisario. Desde entonces, quince días atrás, estaba dieciocho horas en el Departamento de Policía.

—No podría ser desde las diez...

—Un policía está de servicio las veinticuatro horas.

No lo dejó terminar el comisario Bermúdez, que después de unos segundos continuó:

—Cabo, ¿espera alguna llamada comprometedora?

—No, señor.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

—Entonces, hágame un favor —le dijo acercando su rostro y bajando el volumen de la voz—: no se haga el estrecho conmigo.

Eso le había dicho, que no se hiciera el estrecho. Lo trataban como a un pelotudo, porque solo un pelotudo estaba en esa oficina dieciocho horas por día. Un cuartucho de dos por dos sin ventana, con las paredes color crema, vacías, únicamente un cuadro del coronel Falcón, que miraba, atento, el crucifijo colgado en la pared de enfrente. Dieciocho horas sentado en una silla. Más tres de viaje, durmiendo un poco en la casa, otro poco en el tren y una horita en esa oficina de mierda.

—Duerma aquí, pero con el aparato al lado.

Lamentablemente, el cabo no podía pegar un ojo en ese lugar desangelado; se sentía —y era su exacta situación— abandonado, culpable de antemano porque un desquiciado lo había elegido para anunciar sus asesinatos.

Ayúdame Virgencita, ayúdame por favor, rogó.

Cerró los ojos y la imagen de Tevere asaltó su memoria. Tevere era un compañero de escuela, allá en Gualeguaychú. Le había puesto un sapo en el bolsillo del guardapolvo y el animalito saltó justo cuando él le decía a la Mabel si quería que le llevase la mochila. La Mabel se rió, fue la risa más cruel que había escuchado; fue la primera vez que se sintió humillado, no tanto por ella como por su amigo. Se paró, el recuerdo removié el odio escondido, un resentimiento agazapado en los pliegues de su alma.

No, yo aquí no vaya estar. Quién se cree que soy.

Caminó hacia la puerta, la mano casi llegó al picaporte cuando escuchó otra vez el celular.

Corrió, era un mensaje de texto: "mucho tiempo fuera de casa te van a soplar la mina". Los de la 45. Los muy hijos de puta se burlaban de su desgracia. Con lo bien que la había pasado allá, no podía creer su mala suerte.

A las doce de la noche el cabo se retiraba del Departamento rumbo a su casa, iba a apagar el celular cuando el aparato sonó tres veces.

"1 mensaje recibido", leyó.

Apretó la tecla debajo de la palabra "mostrar". Había un 3 y una dirección.

Marcó un número:

—Cabo primero Rodríguez, comisario. Mandó otro mensaje, señor.

* * *

Si algo define la realidad es que el mundo es ajeno y televisado.

Mientras tomaba su tercer whisky, el Inglés, con avaricia de banquero y trucos de tahúr, pensó en el salto que había dado. ¡Qué espectáculo el de la Gorda Mesa! Estuvo fantástica gritando que la iban a matar y después cayendo al piso. Veinte años había esperado algo así, un golpe de suerte que lo sacara de los espacios marginales para conducirlo a los floridos jardines del éxito. Pero no era alegría ni satisfacción lo que sentía, sino una ansiedad opaca, un cosquilleo que le hacía perder el ritmo de la respiración, y una pregunta golpeando a la puerta de su mente. Y ahora ¿cómo sigo?

Nadie le creía a la Gorda. ¡Desde ya!, lo de ella era el exabrupto de una paranoica, pero el juego atraía más que un buen policial.

A los del 6 la situación los había sobrepasado, pensó el Inglés. Perdidos, con el rumbo extraviado. ¿Adónde querían llegar con un reportaje al comisario Bermúdez? No tenían nada... Lo que no dejaba de ser amenazador, pensó, porque inevitablemente algo harían y él ignoraba qué.

Sonrió, encendió un cigarrillo. ¿Cómo seguía?

Tato Beraja tenía el escándalo: el bien y el mal y su comercio, todo mezclado. Había enjuiciado a las víctimas frente a las cámaras, apostó todo y le salió bien, un juicio rápido, fast food, fast trial.

Un destello pasó por su mente. No maquinó ninguna intriga, fue solo instinto. Una intuición leve como una pluma: no podía competir aparato contra aparato, así que debía patear el tablero. Imaginó la antípoda del circo vacuo y se dijo que debía ir por los amantes del equilibrio.

* * *

Lo encontraron después de tres semanas, los escasos vecinos se habían alarmado por el hedor insoportable. Para ese entonces, los pocos transeúntes que pasaban por la calle Virrey Liniers, una olvidada callejuela de tierra que cuando llovía se ponía absolutamente intransitable, ya habían denunciado que algo raro pasaba. Es increíble lo que tres semanas de altas temperaturas pueden hacer a la carne cuando carece de vida.

Pero los efectivos policiales no llegaron gracias a una denuncia vecinal, sino a un mensaje de texto. Aunque prevenidos, no estaban preparados para lo que encontraron. Tuvieron que esperar las máscaras más de dos horas; incluso, cuando las consiguieron, la orden fue no permanecer más de cinco minutos.

Adolfo Rodríguez, Harold, había pasado por la Casa hacía tiempo, durante la tercera emisión del ciclo. Aquella fue una mala temporada y, según se decía, el productor general le había echado la culpa a la elección de los participantes. "Otra temporada con tipos como Harold y terminamos en un canal de cable", aseguraron que habría amenazado a los responsables del casting.

Para desgracia del productor general, Harold recién abandonó el programa cuando terminó el segundo mes; para ese entonces los números estaban lejos de cumplir las expectativas de los anunciantes. La primera semana fuera de la Casa, Harold estuvo en las pantallas de quince programas de tevé, lo llamaban a toda hora y le pagaban lo que él quería. Lástima, pensaría cuando ya habitaba la casona de la calle Virrey Liniers, que hubiese querido tan poco. La novedad iba dejando de serlo, la segunda semana fue a nueve programas, la

tercera a cinco y poco después, gracias a una inesperada devaluación de la moneda que acaparó el interés público, acabó completamente olvidado por todos.

A partir de allí no fue fácil su vida. El dinero que había juntado lo arriesgó en la compra de un gimnasio que pocos músculos había torneado en los últimos tiempos; creyó que el nuevo nombre, Harold's, atraería flacideces y hormonas inquietas, pero no fue así y dos años después de su ingreso a la Casa estaba en la más completa ruina.

Su debacle no fue solo económica. Se había acostumbrado al reconocimiento y ahora que nadie se acordaba de él, que no lo paraban en la calle, que no escuchaba ningún suspiro adolescente, ahora que no había miradas vivaces, ni insinuaciones coitales, ni gestos admirativos, ahora, no sabía qué hacer con la languidez de su alma. O, peor aún, no sabía quién era. Porque no podía fingir ser el chico anónimo que había sido antes de entrar en la Casa, ni tampoco aquel competidor tramposo, ni mucho menos la estrella fulgurante y efímera que recorrió estudios y que terminó sin gloria cuando una crisis financiera, una más en la historia del país, se había transformado en espectáculo. No podía simular que nada había pasado, pero tampoco era ninguno de los roles que un destino tan incomprensible como caprichoso le hizo jugar.

Terminó en aquella casona triste que había sido de su abuelo, cerca de las orillas del Reconquista y a la vera de una calle polvorienta por la que nadie transitaba. Una casa olvidada que supo tener glicinas y una parra, y a la que tomó como refugio o guarida. Allí estuvo ocultándose o buscándose, hasta que una noche calurosa alguien golpeó a la puerta.

* * *

Inquieto, López no perdió el tiempo, y poco después se presentaba en una iglesia evangelista del barrio de Villa Urquiza. —El pastor está ocupado—le dijo la mujer, cabello negro recogido y ascendencia aimara—. Si quiere puede esperarlo, no creo que se tarde mucho.

Creía mal la mujer, porque el pastor se tomó una hora y media en aparecer.

Tenía sesenta y cinco años, era corpulento y de cara aniñada, piel muy blanca con infinitas pecas y el cabello ondulado y corto de un rojo furioso carente de canas. López creyó necesario asestarle un fuerte golpe de entrada y le dijo que sabía que había recibido un correo del asesino.

—No puedo revelarle cómo lo sé —le aclaró.

—No es un secreto. Además, ya me lo preguntaron esta mañana —le contestó el pastor sin darle al asunto mayor importancia.

—¿Quién se lo preguntó?

—Un colega suyo, por radio.

López sintió que hacía el ridículo, puso cara de póquer y no dijo nada.

—Además, no solo me lo mandó a mí, también se lo mandó a otros cinco —terminó el pastor.

Lo sabe, y yo haciéndome el Philip Marlowe, pensó López, mientras se sonrojaba.

—Pero no solamente a nosotros.

—¿No solamente?

—Conozco por lo menos a una persona que lo recibió y no estaba en la lista. Dígame, ¿a usted también le llegó?

—Sí —mintió—. Dígame, pastor, ¿sabe o sospecha quién es? No tenía idea, por lo menos eso le dijo.

—¿Por qué cree que se lo mandó?, digo, ya que usted no lo conoce.

—¿Cómo puedo saber que no lo conozco si no sé quién es?

Eso también era cierto, se recriminó López.

—Mire, se lo mandó a personas que de vez en cuando aparecemos en algún medio. Yo que usted me fijaría en lo que hacemos más que en nuestras identidades.

Hizo silencio mientras lo miraba fijo a los ojos.

—¿Entiende? Dos religiosos, una periodista, una psicóloga, un político, un productor discográfico y, además, hasta donde sé, una vidente.

—Una vidente: ¿habló con ella?

—Sí.

—¿Y le dijo qué otras personas lo recibieron?

—Sí, un arquitecto, otro periodista, un semiólogo, un psiquiatra y un filósofo.

—¿Y a usted le llamó la atención esa visión?

—Joven, creo en muchas cosas pero no en los videntes. Sonrió antes de rematar:

—A ella se lo dijo la policía.

* * *

—Los forenses, inspector, afirman que lo mató hace tres semanas —dijo el comisario Bermúdez—. El muy enfermo esperó a que se pudriese para mandar el mensaje.

5

Un asesinato puede ser un hecho aislado; dos homicidios casi idénticos suponen, solamente suponen, una conexión; pero tres víctimas ultimadas de idéntica manera autorizan a deducir relación o afinidad.

* * *

Nadie encontró a la Gorda Mesa. No la ubicaron en la casa, ni en el celular; de ella nada sabían su madre ni su hermana, y desconocían su paradero el novio y el ex novio, además de su agente y su ex agente.

Pero hacia el mediodía, cuando las quejas lastimosas ya habían ganado las oficinas de producción, la vieron: la Gorda estaba en televisión. Parecía calmada, aunque con ella nunca se sabía.

Alguien dijo: "Traidora"; otro: "¡Mirala vos!".

—La Gorda Mesa está saliendo al aire —le informaron al Inglés que se encontraba en la Sala Oval, así llamaba a su oficina, aunque de oval no tenía nada.

Pensaban que iba a poner el grito en el cielo, si la conocen por nosotros que le dimos pantalla, creían que iba a decir. Pero no, muy tranquilo, el Inglés sólo preguntó:

—Está en el 6, ¿no?

—Sí, cómo lo sabe —se sorprendió la muchacha.

El Inglés sonrió. Tenían que hacer algo y lo hicieron.

Concentrado, exigió a su imaginación adelantarse a los hechos. Se figuró a

la Gorda Mesa diciendo algo terrible, que conmoviera a los de espanto fácil, a las almas rectas de la gente común. Un título se armó en la memoria del Inglés: *La buena gente del campo*.

Se puso de pie, caminó por la Sala Oval y salió al pequeño balcón, el sol tibio acarició su rostro pálido.

Flannery O'Connor, Georgia, el Sur, y la ferocidad escondida debajo de las buenas costumbres. En toda buena costumbre hay algo feroz, en toda buena gente subyace un asesino. No, un verdugo, un asesino con excusa. Debo tomar otro camino, se dijo.

Para los mediocres, la inspiración es un prodigio que se presenta de golpe, algo así como una iluminación azarosa, un milagro: la suspensión temporaria de las leyes de la naturaleza. Todo mediocre sabe que es un mediocre y paga el precio. Se reconoce deshabitado de aptitud y guarda la seguridad de que ni la más terca voluntad hará encender en su alma la llama de la inspiración.

No obstante, de tanto en tanto son regalados con el prodigio de una chispa. Forma parte del orden natural cierta suspensión de los rigores de sus leyes, para algunos son milagros, para otros la estrella de la suerte. El Inglés reconocía esta sonrisa del destino en las mentes opacas, pero pensaba que la única iluminación con valor ético era la que procedía de la búsqueda consciente y no la que obsequiaba el azar. Los males del mundo podían resumirse en que no era gobernado por los imaginativos sino por los poderosos.

El Inglés era un trabajador de la intuición, un buscador incansable de la inspiración. Un alquimista. Él y algunos otros pocos poseían la fórmula para que la maravilla acudiese, cual lámpara de Aladino, a sus reclamos.

Cerró los ojos. El sol traspasó sus párpados creando círculos rojizos que no dejaban de moverse.

El Inglés percibió algo.

Y tiró del hilo como el pescador del cordel. Era apenas una imagen diluida, un rostro sin color dibujado en su memoria. Se concentró, puso en eso todas sus fuerzas, hasta el dolor, hasta que un fino haz de luz iluminó, breve, su alma abierta.

¿Y si, en vez de la Gorda Mesa, fuese alguien inobjetable? Alguien de confianza, alguien que sabe.

Entonces tramó, urdió, tejió.

Abrió los ojos; volvió a su oficina. Él y la imagen frente a frente, siempre es necesario que la imaginería comercie con la conciencia.

Un hombre maduro, se dijo, anteojos, barba y bigote entrecanos, profesor o doctor lo llamarían: la conmoción sería mucho mayor. Se concentró aún más en la imagen y el rostro adquirió la claridad necesaria para que su memoria, por fin, lo reconociera.

—Llamen a Ambrosio —ordenó.

¿Ambrosio?, se preguntaron todos en silencio, ¿quién, como era Ambrosio?

—¿Ambrosio, señor?

—Nicolás Ambrosio, un viejo periodista —aclaró el Inglés, súbitamente de buen humor, la sonrisa instalada en sus labios—. Un buen periodista. Claro que ustedes no lo conocen —su voz tenía un raro dejo paternal—, es de gráfica.

Se sentó en su sillón y encendió un cigarro.

—Hace unos días, vaya a saberse a quién se le ocurrió, estuvo en el 33.

Increíble, pensó, en ese engendro de fracasados tuvieron una buena idea, ¡pero ni siquiera se dieron cuenta!

—El viejo Ambrosio, refiriéndose a la muerte de Casandra, dijo al aire, serio, doctoral como es, que matar a una puta no era una venganza divina, sino un asesinato.

Rió, y la muchacha y el productor y el cadete que le había llevado un café rieron también sin saber por qué.

—Cuando escuchó la palabra "puta", la boba de la conductora casi se muere de un infarto. No hay caso —sentenció súbitamente serio—, esa mina nunca entendió nada de nada. ¡Búsquenlo, lo quiero aquí en dos horas!

* * *

Hay veces que los hechos adquieren una extraña sincronicidad, o quizás siempre es así y ésta, de vez en cuando, se torna evidente.

Cinco minutos antes de las dos de la tarde, la Gorda Mesa estaba en uno

de los camarines del Canal 6 preparándose para la emisión vespertina de Colados.

En ese mismo momento, Nicolás Ambrosio llegaba a las instalaciones del canal del Inglés para ser inmediatamente conducido a la Sala Oval.

—Bienvenido, Ambrosio.

—¿Cómo andás, pibe?

"Pibe", resonó en la cabeza de los presentes. Miraron al Inglés, sorpresa y ojos abiertos.

—¿Un café, Nicolás? —le preguntó el Inglés, que exhibía un excelente humor.

También cinco minutos antes de las dos de la tarde, mientras Ambrosio saboreaba el café que le sirvió el Inglés, el cabo primero Jorge Rodríguez escuchaba el sonido de su celular. Dejaba, apresurado, la medialuna en la bandejita de cartón, se frotaba los dedos para sacarse los restos azucarados de la factura y daba los escasos pasos que lo separaban del aparato.

"1 mensaje recibido". Y después:

"4 austria 2507 10d".

Sin pérdida de tiempo, el cabo comunicó la novedad a su superior.

Cuarenta y cinco minutos pasadas las dos de la tarde, se hicieron presentes en un edificio de la calle Austria esquina Pagano el juez Ramos, el fiscal Alvarado, el comisario Bermúdez y una docena de efectivos policiales. Después de que el cerrajero abrió la puerta de la unidad "D" del décimo piso, encontraron el cuerpo sin vida de un joven que todos reconocieron al instante. Desnudo, pendiendo de una viga de hierro que sostenía un entrepiso, cortados los dedos más pequeños de los pies, heridas profundas por las que se le había escapado, gota a gota, la sangre del cuerpo, durante las horas agónicas que duró la inconsciencia provocada por un duro y profesional golpe en la zona occipital del cráneo.

El occiso, como gusta denominar la jerga judicial a los muertos con violencia, era, o había sido, Luis Méndez Ríos, argentino, nacido en la ciudad de Chascomús, de veintisiete años, un metro ochenta de altura y aproximadamente setenta y cinco kilos de peso, piel blanca, rasgos caucásicos, cabello negro y ojos verdes, que ahora permanecían horriblemente quietos en una infinita expresión de asombro. Méndez Ríos era conocido

popularmente como Lucho Méndez, deportista, playboy, modelo, últimamente actor y, naturalmente, ex integrante de la Casa.

* * *

Desde que Miriam se había ido el fin de semana a Colonia, López no sabía nada de ella. Seguro que se fue con el abogado, ese flaco baboso secretario de juzgado, con su Symbol cero kilómetro y su pilcha cara. Tenía que llamarla. Tomó el teléfono. ¿Y qué le voy a decir?

¡Otra vez la paradoja Lorenzo López!; nunca dirás lo que quieras, solo lo que puedas; y lo que podía no era, nunca, lo que quería. ¿Y si rompía con la paradoja? ¿Si le revelaba a Miriam lo que ambicionaba y se aguantaba la respuesta?

López solía recordar que una vez, hacía muchísimo tiempo, cuando tenía nueve años, su madre le había encargado dejarle un paquete a una señora del barrio. Él había caminado la módica distancia hasta la casa de la mujer, y ya había tocado el timbre, cuando se dio cuenta de que tenía puesto un short de baño gastado que, por alguna razón que hoy le resultaba inexplicable, le pareció que podía confundirse con ropa interior. ¡Estoy en calzoncillos!, se dijo, y sintió un calor ardiente que le subía desde las piernas y se instalaba en su rostro. La indecible vergüenza no lo abandonó mientras le entregaba el recado a la señora, que, para colmo, era una dama joven y bellísima, y lo acompañó, la vergüenza, durante las interminables dos cuerdas que lo separaban de su casa. La madre le dijo que el short no se confundía nada y que estaba más loco que una cabra.

Debía tener razón en las dos cosas, pensaba ahora. Seguro que no se parecía a un calzoncillo y que ya entonces estaba bastante de la nuca.

Tantas décadas después, López aún tenía presente la historia.

Había olvidado cómo era el supuesto calzoncillo, también se le había desdibujado el rostro de la mujer, que por años admiraría junto a los muchachitos de la barra, pero lo que no había podido olvidar, cincelado como estaba en las capas más profundas de su corazón, grabado indeleble en su piel

interna, era aquella brutal vergüenza.

A partir de casi todo es posible construir algo, se aprende del dolor y de la tristeza, la pobreza puede endurecer y hasta la fealdad logra, en algunas circunstancias y en ciertas personas, despertar un ansia insaciable de belleza. Pero la vergüenza no es precio de nada bueno, la vergüenza pudre algo adentro, es ácida necrofilia que condena a las células del alma.

Así que no le diría a Miriam nada de lo que quería decirle. Nada, ¡absolutamente nada!

Su mano derecha —los dedos amarillos por la nicotina, las uñas largas y sucias— se alejó del teléfono. Tuvo, por un instante, ganas de llorar. Si solo pudiera deshacerse de la vergüenza. Entonces sonó su celular:

—Hola.

—¿López?

—Sí —la palma de su mano secó uno de sus ojos. —Mató a Lucho Méndez.

* * *

—¡Ya no se puede estar segura! —dijo, los ojos abiertos y la voz exaltada—. Yo me siento intranquila.

Y después, al borde de la desesperación, agregó:

—No sé cuándo me van a matar.

—¿Usted estuvo en la Casa? —le preguntó el joven periodista a la mujer, y en ese mismo instante se dio cuenta de lo absurdo de la indagación.

Media hora después de que el juez, el fiscal y los efectivos policiales franquearan la puerta de la escena del crimen, el país ya sabía del infortunado destino de Lucho Méndez. Las cámaras salieron presurosas de los canales, las radios despacharon a todos sus movileros celular en mano, aumentó el trajinar en las redacciones de los diarios y las agencias de noticias aguardaban inminentes novedades en los despachos oficiales.

La tarde porteña se estremeció. Una corriente eléctrica transmitida por infinitas alarmas a través del Messenger, las pequeñas pantallas de los teléfonos recibiendo mensajes urgentes, voces alteradas en la radio y rostros

desencajados en los televisores.

"¿Usted estuvo en la Casa?", le había preguntado el periodista, por un momento olvidado de lo pedido en la sala de reuniones noches atrás, cuando la ciudad dormía, pesada, del otro lado del ventanal. Había que mostrar el miedo de la gente común. ¡No ponerlos en ridículo! Por Dios, ¡cómo había podido confundirse!

—¿Usted estuvo en la Casa?

La señora lo miró extrañada. ¿Cómo podía haber estado si era una persona común, una más entre millones de seres anónimos?

—No, claro que no —le contestó, los hombros levantados y expresión de pedir disculpas.

Entonces se dio cuenta. Con la mirada fija en la lente de la cámara, con la íntima presencia del ridículo corroyéndole las tripas, el joven periodista dijo con tono sentencioso:

—La gente está intranquila. Por ahora el asesino persigue solo a los que pasaron por la Casa...

Bajó el micrófono y creyó que se desmayaba, caminó hacia el móvil con la antena parabólica en el techo y le dijo a la productora que se comunicara con el director y le explicara que se sentía mal del estómago y que no podía seguir.

—¿Te sentís mal?

Y efectivamente se veía horrible, le recorrían el cuerpo escalofríos seguidos de olas de calor, tenía la frente mojada por la transpiración, el rostro empalidecido, las manos húmedas y las piernas pronto no lograrían sostenerlo.

—Decile al director que se siente mal —informó la productora por el handy.

Había que ser pelotudo, preguntarle si pasó por la Casa. La mina era perfecta, una señora de su hogar, cuarenta y tantos años, esposa y madre, una flaca a quien le faltaba un par de dientes, que veía las novelas y los programas de chimentos, una consumidora de nivel medio bajo y una ciudadana común, que votaba a la centroderecha y tenía aspiraciones medianas y normales. ¡Y él le iba preguntar si había pasado por la Casa! O sea: ¿por qué te preocupás, boluda, si ese loco solo mata a los elegidos y no a minas como vos? ¡Claro que era una boluda! Claro que no corría ningún riesgo, pero aún así tenía miedo y de eso se trataba. No, si el boludo soy yo, un reboludo que acaba de

cavarse su propia tumba.

—El director insiste, quiere hablar con vos.

Le voy a decir que no me di cuenta. Le voy a pedir perdón. Perdón, señor. De rodillas, le pediré clemencia arrodillado, ¡compasión, señor!, de rodillas se lo pido. Ni se te ocurra, tarado, decir de rodillas, es un animal carnívoro y la palabra rodillas lo va a excitar como la sangre de la presa a un tiburón. No va a volver a ocurrir, le voy a decir, nunca jamás, es que estoy enfermo, quise no fallarle al canal, creí que podía hacerlo, pero tengo fiebre y no sé qué me pasó.

—Hola.

Pero no va a volver a pasar, le juro que no va a volver a pasar. Estuve años esperando esta oportunidad, y siempre le estaré agradecido porque usted me la haya dado y no quiero desilusionarlo y no va a volver a pasar perdón, señor, perdón perdón.

—Sos un genio. Era lo que estábamos buscando y no nos habíamos dado cuenta.

—...

—Ese *ahora* era lo que necesitábamos.

—...

—Por ahora solo a los que pasaron por la Casa. ¿Lo tenías escondido o se te ocurrió en el momento? A propósito, ¿te sentís mal? ¿Podés seguir o mandamos a otro?

Pero ya no sentía escalofríos en el cuerpo, ni oleadas de calor. La frente ya no estaba transpirada ni el rostro pálido, ni las manos húmedas, ni sus piernas temblorosas.

* * *

Se sentó a la barra y pidió un sándwich de salame y fernet con Coca. El cabello lacio le caía a la derecha de su rostro hasta la línea del mentón; como la primera vez que había estado en ese bar vestía el pulóver marrón con olor a cigarrillo. Mientras masticaba, vio por la televisión a una mina, una flaca a la que le faltaban unos dientes. Decía que ya no se podía estar segura, que se

sentía intranquila y que no sabía cuándo la iban a matar.

Ese bar tenía algo, algo rarísimo. Cada vez que estaba allí la televisión mostraba a una mina que creía que la iban a matar. Tengo que parar un poco con el porro, se dijo, receloso. No seas ridículo, si fumás todos los días y solo cuando venís acá ves a una mina gritando que la van a matar, se tranquilizó. Había veces, como esa tarde, en que le daba por perseguirse. Debe tener algo el salame, o el fernet, bromeó consigo mismo.

Miró al mozo, un morocho grandote de abdomen abultado como el de los buenos chupadores. Estaba, el morocho, mirando la televisión con los ojos desorbitados y la boca abierta; de repente se puso el trapo de rejilla encima del hombro y avanzó hacia donde estaba él. No entendió lo que le decía, lo vio gesticular y levantar los brazos. Escuchó, o creyó escuchar: "antes" y "respeto".

Estaba en el momento más alto, pronto bajaría porque siempre que se come baja. Él, pese a eso, comía igual, el salame y el fernet, en estado, sabían divinos.

Las palabras "antes" y "respeto" le causaron temor, no sería cosa que el morocho lo cagase a trompadas. Ya le había pasado con otro tipo que dijo que era "chapado a la antigua". Él estaba fumado y se había quedado pensando en qué quería decir "chapado a la antigua", cuando el energúmeno le dio una trompada en la boca, seguida de una patada dirigida allá, a los bajos, que por suerte no llegó a destino.

Pero no, el gordo éste no parecía querer pegarle. Estaba delante de él y le hablaba. Sonrió y le dijo que sí mientras seguía masticando, sintiendo el pan francés mezclarse en su boca con el salame picante. Estaba bueno, realmente bueno, lástima el morocho.

—Antes no pasaba, pibe.

Ahora que lo veía bien, el gordo era bastante jovato, debía tener unos cuarenta años. Observó sus manos enormes, con los dedos más gruesos que jamás hubiera visto.

El gordo se dio vuelta y agarró una botella de vino blanco. —¡Qué iba a pasar! —dijo—. ¡Jamás! Había respeto, pibe; más respeto y menos locura. Lo que hay que hacer es cortarle los huevos al muy hijo de puta y dejarlo que se desangre. ¡Nada de juicio! Así no más, con un cuchillo —dijo, exaltado,

mientras levantaba uno que debía tener como treinta centímetros de largo.

Tragó el último bocado, estaba bueno; lástima que en ese bar nunca lo podía saborear tranquilo.

—Antes, yo no voy a defender a los milicos, pero antes no pasaba — afirmó el morocho.

Pagó y se fue. La palabra "respeto" le daba vueltas por la cabeza.

Caminó una cuadra y entró al mismo cyber que la primera vez, abrió la cuenta ahoranemesis@hotmail.com y escribió:

"Prepárense, esto recién empieza".

* * *

Durante la comida en el Rotary, el ministro le confió al grupo de legisladores que hacía falta más actividad. Después, girando la cabeza, le había preguntado:

—Está bueno el vitel toné, ¿no, Carlitos?

El diputado Carlos Pavón Rufino asintió, aunque a él ese vitel toné no le gustaba ni medio.

* * *

No toda la televisión hizo de las muertes una kermés. Los horarios nocturnos del cable también propiciaron rostros serios ampliamente doctorados y medidas voces no carentes de licenciaturas.

Un psicoanalista expuso ante las cámaras una hipótesis acerca de la personalidad del asesino, hizo hincapié en que las víctimas eran tanto mujeres como varones. A su turno, un psiquiatra forense subrayó el mensaje de la sangre. El galeno afirmó que para algunas mentes la sangre guardaba las virtudes de los hombres.

—Pero él no bebe la sangre de las víctimas como algunas tribus salvajes, no busca nutrirse de sus valores. Lejos de eso, la desprecia como un desecho.

La mesa se completaba con un abogado que, ante la ira de los televidentes,

afirmó que el asesino debía ser, con total seguridad, inimputable; y un comisario retirado que puso la mira en la carencia de signos de violencia, aseguró también que la policía ya debía tener un perfil perfecto del homicida y auguró su próxima detención.

Pero lo más notable del programa ocurrió después.

Los periodistas políticos actúan de muy diferente manera en la gráfica que en la televisión. El conductor del programa, un avezado analista de más de tres décadas de trayectoria, hombre culto que no daba puntada sin hilo, entendía perfectamente esa diferencia.

En los diarios, el analista expone y por ende queda al descubierto, en evidencia; pero ante las cámaras usa otros recursos. En televisión, el analista se transforma en moderador y otras personas, sus invitados, pueden expresar lo que él con astucia calla. Tal ardid tiene la ventaja de fingir una serena y lejana objetividad.

Además, a los ojos del espectador, todos son iguales, el científico, el diputado, el puntero y el "ciudadano de a pie", el "hombre común", como suelen llamar los comunicadores al individuo anónimo.

Al volver del corte, el conductor estaba rodeado de tres diputados, dos de la oposición y uno oficialista, el doctor Carlos Pavón Rufino, que debatirían con ardor el tema de la inseguridad. El ojo entrenado pudo observar una pelea desigual. Y no solamente porque la defensa del gobierno estaba en inferioridad numérica, sino porque la percepción de seguridad es siempre esquiva a la mirada común.

Se discutió aritméticamente. ¿En qué momento la balanza comenzaba a acusar inseguridad? ¿Cuántos muertos eran necesarios? Era o no imprescindible el aumento inmediato del control policial, y las leyes: ¿cambiarlas por otras más duras o hacer que se cumplieran las que había? Además, estaba la logística: ¿tenían nafta los móviles policiales en el conurbano?, y de allí se saltó al presupuesto y de este a los impuestos. Y por último, habida cuenta de la incompetencia oficial y la desinteligencia argentina, era bueno preguntarse qué hacían en los países serios.

Nadie, ni el anfitrión, ni los invitados, ni el incógnito público, se preguntaron el porqué.

Alguien estaba matando a quienes habían pasado por la Casa, pero,

acostumbrados a interpelarse solo lo que ya tiene respuesta, ninguno formuló la pregunta obvia: ¿por qué los mata?

A las siete de la mañana el diputado Pavón Rufino fue despertado por el teléfono. Aturdido, desalojado de un sueño profundo, preguntó quién era. Incluso en el desorden de su turbación, Pavón escuchó la voz del ministro:

—¿Cómo se te ocurrió, Carlitos?

Y, parodiando a un lejano presidente:

—Vos sí que sos más Pavón que Rufino.

* * *

López supo a través del pelirrojo pastor de Villa Urquiza del nuevo mensaje. "Prepárense, esto recién empieza", prometía. Lo leyó una docena de veces y lo repitió mentalmente con devota obsesión, incansable, como un mantra. Cuando su alma estuvo suspendida, levantó la vista y leyó una nueva revelación: "Las apariencias esconden la verdad".

Como la primera revelación —"En el negocio de las noticias no se piensa, se actúa"—, ahora el cosmos, porque el alma de López no albergaba más Dios que el insondable cosmos, se abrió para confiarle un nuevo descubrimiento:

LAS APARIENCIAS ESCONDEN LA VERDAD.

Debía hurgar en los datos hasta desentrañar lo oculto, se dijo, lo febrilmente escondido.

López era un hombre de fe, todos los ateos poseen una fe asombrosa, es necesaria, ya que es infinitamente más difícil creer en la eternidad de la materia que en un Dios imperecedero. Embriagado por la revelación cósmica, salió de la redacción exultante y fue a ver a un antiguo profesor, un criminalista de nota, para mostrarle los dos correos. "Son dos, pero es el mismo. Casandra Mora. Posdata: no se dejen engañar". Y el segundo:

"Esto recién empieza".

—Dígame, ¿cómo es?

—¿Quién? —preguntó el profesor.

—El asesino.

El profesor se echó hacia atrás, miró brevemente hacia el cielorraso y le dijo algo sorprendente:

—¿Qué le hace pensar que estos mensajes fueron enviados por el asesino?

—El homicida, López, jamás escribiría esos mensajes. Más aún, me inclino a suponer que estos correos fueron enviados por alguien frustrado que ansía notoriedad.

López lo escuchaba completamente anonadado.

—Espere, y dentro de poco se entregará a la policía. A propósito, hay algo que no sé... ¿Cuántos loquitos se presentaron diciendo que fueron ellos?

El profesor acertaba en que Némesis no era el asesino, pero fallaba al otorgarle frustración y hambre de notoriedad. Además, y pese a que su razonamiento se basaba en fehacientes experiencias científicas, todavía nadie se había inculcado como el homicida serial que conmovía al país.

López salió confuso de su encuentro con el profesor; si los mensajes no eran enviados por el asesino, no tenía nada.

Sintió un vacío en el estómago.

Y el mensaje cósmico ¿tampoco significaba nada? "Las apariencias esconden la verdad", se repitió. Y entonces se dio cuenta, sin fatigar razonamientos ni sopesar evidencias. Tan de improviso como la llegada de la consigna desde las profundidades de la creación, comprendió el error que su premura, esa ansia devoradora que lo consumía, había malamente adjudicado a la palabra "esconder".

Había entendido esconder como encerrar, contener algo no manifiesto para las miradas rápidas; pero el cosmos no le había dicho eso, "las apariencias esconden la verdad" no quería decir que encerraban, sino que ocultaban la verdad, que la velaban.

Cuando llegó nuevamente a la redacción sabía que no tenía nada, se sirvió un capuchino doble, le agregó un sobre de azúcar y dos cucharaditas del café instantáneo, y se desplomó en su sillón giratorio. Es ahora o nunca, se dijo.

Este asesino tiene que ser mío, este tren pasa una sola vez en la vida, si no me subo seré definitivamente un fracasado.

Si ese era el tren, entonces ese asesino serial era el salvoconducto a la felicidad, a una vida que valiera la pena y no ese perdurar con el aliento contenido. El rostro de Miriam en su mente. No podía dejar pasar el tren, moriría por eso si fuera necesario. Abrió los ojos. La redacción era una cagada, su vida era una mierda. Y el flaco del Symbol, un hijo de puta.

6

Cuando ya el rumor del amanecer se instalaba en las calles, el diputado — todavía preso del desgobierno que prologa los despertares violentos— acertó a reconocer la voz en la línea:

—¿Cómo se te ocurrió, Carlitos?

Rumbo a sus labores cotidianas, su mente escuchó, una y otra vez, la hiriente mofa: "Vos sí que sos más Pavón que Rufino". El ministro le recriminó que hubiese dejado que la oposición preguntara, tan desmemoriada y cínica, cuántos muertos eran necesarios. Pavón iba a contestarle que ellos habían hecho lo mismo tres años atrás, pero la prudencia le aconsejó mantener la boca cerrada.

"Claro que hay que aumentar el control policial, y cambiar leyes y hacer cumplir las que hay y todo lo que quieran. Hay miles de cosas para hacer, Carlitos. Pero eso lo tenemos que decir nosotros y no ellos —le había recriminado—. Además, ¿qué era esa estupidez de si en el conurbano los móviles policiales tienen nafta? Y vos nada, te callaste bien la boca".

Se había escuchado contestar "lo voy a aclarar", y algo sobre una conferencia de prensa, pero el ministro lo interrumpió a los gritos:

—No hagas nada, ¡no seas pelotudo y tomate vacaciones! ¡Largas, Carlitos, bien largas!

Y cortó, el muy turro cortó.

* * *

La Victoria lo esperó con su peor cara.

—¿Vos creés que yo me trago que estás todo el día en el Departamento? ¿Vos creés que yo soy una boba? Una boba que te plancha la pilcha y te tiene la comida lista, y vos... —trató de tragarse el llanto y continuó—. No me das nada...

Al cabo primero Jorge Rodríguez nunca le sobraban las palabras, tampoco le sobrarían en ese momento. El comisario le había dicho que nadie debía enterarse, y lo había amenazado con que nadie era nadie. Y él, efectivamente, se había tragado lo de los mensajes del loco. Y se había comido el sapo de estar mil horas en el Departamento, y las cargadas de los de la 45. Había aguantado porque al fin de cuentas existía una cadena de mandos. Pero además, porque era un boludo. Sí, el boludo más boludo de la Federal. Y ahora tenía que decirle algo a la Victoria y no sabía qué.

Entonces le lanzó la estupidez más grande, la que nunca jamás había imaginado soltarle.

—Victoria, te voy a decir algo, pero después vos tenés que olvidarte.

No, si iba a apretar un botón y se iba a olvidar la Victoria. Pero tenía que decirle algo para que no se enojara con él y no sabía qué. Así que le contó sobre los mensajes, y que tenía que estar él por si un día el loco resolvía hablar, porque podía conocer su voz.

Victoria lo miraba fijo. Debía ser verdad, pensó, porque el Jorge no tenía imaginación para inventar algo así.

—No tenía que decírtelo, pero no quiero...

Al cabo, treinta y cinco años, un metro setenta de altura y noventa y cinco kilos de peso, veinticinco de los cuales estaban de más según el médico de la Repartición, se le humedecieron los ojos.

—Yo siempre te voy a querer —le juró por la Virgencita.

La Victoria le dio un beso tierno, los labios calentitos como a él le gustaban, mientras la manaza del cabo hacía círculos en su vientre. Daría cualquier cosa por tener un hijo con él, deseó ella, a la que un mal aborto hacía años, cuando era algo más que una chiquilina, la había dejado incapaz.

* * *

En los años cuarenta se formó el Partido Obrero de la Revolución Socialista, organización trotskista que, apenas tuvo los miembros suficientes, comenzó laboriosamente a dividirse, produciendo sucesivas e incontrolables rupturas entre sus miembros. Uno de ellos era un joven futbolista llamado Homero Cristali, que, al tiempo que trabajaba en la industria del calzado, supo llegar hasta la tercera división del porteño Argentinos Juniors. Homero eligió el apelativo de combate J. Posadas, con el que sería después ampliamente conocido. Posadas también rompió con el Partido, constituyéndose en la cabeza del grupo Cuarta Internacional, que en 1945 comenzó a editar el periódico Voz Proletaria.

Diecisiete años después, mientras el mundo seguía gobernado por la burguesía reaccionaria y el aborrecido estanilismo, Posadas resolvió, émulo tardío de Tales de Mileto, mirar hacia la altura de los cielos.

Deslumbrado, enceguecido tal vez, él también dejó de ver lo que existía debajo de sus pies. Postuló, sin hesitación ni pavor, que si algún venturado día futuro, la Tierra fuese visitada por seres inteligentes oriundos de los remotos confines del cosmos, estos, sin duda, serían poseedores de un desarrollo tecnológico superior e incomparable al de la raza humana. Llevando el materialismo dialéctico hasta sus últimas y astronómicas consecuencias, Posadas infirió que esas criaturas de tan avanzado desarrollo de las fuerzas productivas ya tendrían desarrollado un extenso camino civilizatorio. Camino que los habría dejado en el único lugar posible que admitía su imaginación: el comunismo, la sociedad sin clases. Por lo que solo cabía esperarlos con emocionado júbilo.

Fue a partir de esta revelación que su periódico, Voz Proletaria, comenzó a ser conocido entre los militantes de la izquierda vernácula como Voz Planetaria.

Posadas murió olvidado en 1981. No había llegado ningún alienígena, sí una feroz dictadura, despiadada como ninguna en la violenta historia del país, aunque nada extraterrestre.

Seguidores lejanos en el tiempo, la Séptima Brigada abrevó en las mismas aguas recelosas e imaginativas que J. Posadas.

* * *

"Grupo de ultraizquierda alerta sobre los asesinatos", llevaba por título una pequeña columna aparecida en El País. El Mundo, mientras tanto, informaba en las páginas de policiales sobre una supuesta Séptima Brigada que había acercado a diferentes medios un manifiesto neotrotskyista. Aclaraba que, consultadas las autoridades, estas dudaban acerca de si tal organización existía.

Nadie creyó que la Séptima Brigada fuera real. Publicaron la información, pero perdida entre las páginas de policiales. No iba a tener repercusión alguna, pero Sevilla¹ recogió el tema. "El gobierno teme el avance de la Séptima Brigada", informaba el título. "La Revolución ha llegado de la mano de un nuevo combatiente, dice Sixto Sanmartino, mientras observa el cielo en busca de novedades".

Francisco Pujol no tenía el humor de Sevilla, lo suyo era otra cosa. Famoso por insistir con una idea hasta más allá de lo aconsejable, en la redacción del prestigioso Consejero Diplomático donde trabajaba lo conocían por el Vasco. Es que en el injusto e indiscutible imaginario popular los vascos son cabezaduras, como los judíos agarrados en cuestiones de dinero y los andaluces exagerados hasta la mentira. Contra la opinión mayoritaria, Pujol afirmaba que Sanmartino y la Séptima Brigada no eran el chasco de un bromista.

Que sí, que no, para probar su existencia, Pujol se dio a la búsqueda. Y tuvo suerte, apenas en dos días dio con el tal Sanmartino.

Hablaron una tarde de lluvia cerrada en una confitería del centro porteño; allí el brigadista desarrolló una interesante teoría que desembocaba en una no menos sorprendente conclusión.

—El sistema capitalista ha dejado de regenerarse operando sobre la realidad —explicó Sanmartino, tono de suspenso, manos inquietas—. Antes usaba el derecho, las armas, la escuela y, por supuesto, la Iglesia. Una alianza reaccionaria ejerciendo presión sobre el proletariado. Pero ahora los avances tecnológicos, Pujol, permiten al sistema regenerarse de otra manera... ya no interviene sobre la realidad sino que manipula la virtualidad...

Dejó la palabra suelta en el aire para que lentamente se disolviera;

después, por lo bajo, como si temiese que lo estuvieran escuchando, sentenció:

—Una operación masiva de símbolos.

Por un momento el catalán vasco pensó que perdía el tiempo, que el tal Sanmartino era un perturbado.

—El capitalismo no se sostendría si los medios de comunicación no inventaran una realidad paralela. ¡Sin la virtualidad de la televisión! El capital les debe más de lo que se piensa a personajes como Marcelo Vales y a programas como El show de Gloria Ramírez. Pero Lucha en la Casa es su arma mejor lograda. Millones de trabajadores observando la vida de otros, incidiendo en ella como no pueden hacerla con las suyas. Actúan sobre el individuo anónimo, Pujol —se acercó sobre la mesa, la voz sugerente, los ojos abiertos—, sobre el hombre común, ese que nada controla, al que le fijan lo que vale su fuerza de trabajo y deciden en qué va a gastar su miserable salario. Y le hacen creer que incide, como un dios, en la vida de quienes están encerrados en la Casa. Es, como diría Marx, un fenómeno de falsa conciencia y la expresión más acabada, más perfecta, de la alienación.

Pujol guardó el bolígrafo, no estaba para escuchar esas cosas. Llamó al mozo para pagar.

—Hasta hace unos días, esto no era más que un análisis, ideas de cenáculo. Pero ahora alguien ha pasado a la acción.

Un llamado en la mente de Pujol: "Hasta hace unos días...".

—Lo que está pasando es mucho más que unos cuantos asesinatos.

Una duda pequeña, ambigua, asaltó la conciencia del periodista.

—Estamos en presencia de actos revolucionarios que afectan la virtualidad ilusoria creada por el sistema.

Hizo silencio y sentenció:

—Pujol, un combatiente nos está marcando el camino. Esperaba de la Séptima Brigada un odio absoluto y visceral al capitalismo, descontaba una mirada fantasiosa, incluso pueril, pero nunca había imaginado que el desquiciado asesino que asolaba la ciudad pudiera ser visto como un combatiente, que sus homicidios valieran como actos políticos, que la sangre derramada, literalmente derramada, fueran revolucionarios golpes contra el sistema opresor.

—¿Atentados terroristas? —quiso saber Pujol, interesado por el giro

imprevisto de la entrevista.

—Exactamente.

Pausa.

—Ha reinventado el terrorismo, ahora en el campo de la virtualidad.

Debe estar loco, pensó, pero aun así, o justamente por eso, le resultaba verosímil que la Séptima Brigada existiese y estuviera detrás de los asesinatos. Bien podría ser una secta apocalíptica de nuevo tipo, el resultado de la alquimia entre la locura y la fe científica, algo así como un marxismo esotérico.

—O sea, Sanmartino, que usted cree que el asesino no es un psicópata, sino un insurgente que usa el terror en contra del sistema.

—Un combatiente contra las nuevas fuerzas represivas. Entonces hizo la pregunta crucial:

—¿Lo conoce?

—No.

Qué maravilloso hubiese sido que dijera que sí.

—Por desgracia... Aunque le debo decir —Sanmartino cambió drásticamente el tono de su discurso— que pesa sobre él una concepción individualista de la lucha. Su soledad contiene el matiz romántico de los viejos anarquistas, ese individualismo que tanto gusta a los pequeñoburgueses. La concepción obrera de la lucha revolucionaria, Pujol, es la unidad en un partido proletario que actúe como vanguardia de clase.

—O sea que eventualmente ustedes...

—¡O sea que invitamos al compañero a sumarse orgánicamente a nuestra organización! —lo interrumpió exultante Sanmartino—. A colaborar en la formación de una nueva vanguardia, una vanguardia que multiplique las luchas populares y recorra el camino hacia el poder.

Después, como quien lee una frase escrita en el aire, una frase célebre, una genialidad que no admite discusión:

—Recuerde ese párrafo del Manifiesto surrealista: "Tanta fe se tiene en la vida, en la vida en su aspecto más precario, en la vida real, que acaba por desaparecer". Las muertes no son solo un acto de justicia, Pujol, sino el catalizador necesario para la inevitable pérdida de fe.

Pujol no lo podía creer.

Ya afuera de la confitería, el periodista se repitió la frase de André Breton. "Tanta fe en la vida real... que acaba por desaparecer".

Sanmartino invitaba a pensar en un nuevo comercio, para él lo que se percibía como real no era más que un espejismo, una astucia, un ardid traicionero que ocultaba la verdad. De manera que el aserto surrealista podría traducirse como "tanta fe en la virtualidad que acaba por desaparecer".

Está tan loco como J. Posadas, pensó Pujol, la duda era si ese loco conocía al asesino. Pese a su íntima convicción, Francisco Pujol no sugirió la demencia de Sixto Sanmartino en su nota, odiaba las adjetivaciones y le pareció —equivocadamente— que la desmesura de su demencia se desprendería de las propias palabras del entrevistado.

Pero el país no estaba para sutilezas.

Durante semanas Francisco Pujol tuvo una reiterada pesadilla. Sucio, bañado en sudor, permanecía preso en una celda gris de ínfimas medidas. Todos los días alguien desde afuera abría un agujero y él observaba los nuevos tributos, cuerpos colgados desangrándose y un río rojo que bajaba por la pendiente hacia la ciudad. El guardián, antes de tapar el agujero nuevamente, le decía que Sanmartino le mandaba saludos, le guiñaba un ojo y con una sonrisa de dientes podridos agregaba que jamás lo habrían logrado sin su entrevista.

* * *

Se ha dicho que la aparición de la entrevista de Pujol fue el desencadenante de una paranoia generalizada, pero eso es exagerado. Mientras el ministro se reunía de urgencia con los principales medios, tratando de que colaborasen con el gobierno en su esfuerzo por detener al asesino, pidiendo, en definitiva, que ocultaran esta nueva hipótesis de trabajo que había lanzado el irresponsable de Pujol, la Iglesia llamó a lo que consideraba las fuerzas vivas a hacer algo para detener esta increíble ola de irracional violencia.

—¿Qué son las fuerzas vivas? —gritó el ministro—. ¡Qué carajo...! ¡Por qué no cierran la boca estos curas de mierda!

A los gritos pidió que lo comunicaran con el cardenal Bonifacini. Por

suerte, una mano oportuna impidió que la llamada se hiciera efectiva, no era un buen momento para aclarar los tantos con los hombres de Dios.

La intempestiva reacción del ministro no carecía de justificativo. El llamado de los prelados imaginaba un desgobierno que en nada colaboraba a calmar la turbación colectiva. Tras obispos y arzobispos, la derecha reunió a sus emblemas. En un hotel céntrico se vieron las caras los dirigentes del PNP, el NFR y el AEN (correspondiendo la letra ene al vocablo nuevo).² También se hizo presente la fracción disidente del oficialismo, encabezada por el caudillo sanjuanino Edelmiro Baunes.

El cónclave no perdió la oportunidad de reclamar airadamente al gobierno por la ola de inseguridad, pedían leyes que cortaran de cuajo la delincuencia y se preguntaban dónde habían quedado los derechos humanos de las víctimas.

Por su parte, las huestes de la centroderecha, encabezada por la Coalición Democrática, expresaron que ya habían advertido sobre las consecuencias de la baja del presupuesto para la capacitación de las fuerzas de seguridad. ¿A quién conviene una policía inhábil?, se preguntaron y dejaron en suspenso la respuesta.

La centroizquierda también se reunió. Se dio cita en la sede socialista, y alzó su voz para condenar la patética inoperancia del gobierno, aunque dejó en claro la característica excepcional de los asesinatos. Porque, como era menester discernir, lo que más debía preocupar eran otros delitos —dijo el vocero—, los que sufren a diario los más pobres.

La izquierda expresó en un comunicado su rechazo a la inmoral y lucrativa utilización de los crímenes por parte del gobierno, la oposición y los medios, pero, para evitar toda confusión, aclaraba que las organizaciones firmantes nada tenían que ver con la Séptima Brigada.

La izquierda a la izquierda de la izquierda también expresó su desprecio. La inflamaba la ceguera de quienes prefieren no ver lo evidente: un sistema que se cae a pedazos. Mínimos actores en el teatro de la historia, nada dijo sobre la Séptima Brigada ni sobre el asesino.

En el otro extremo del arco ideológico, los nostálgicos vernáculos del Amado coincidieron con el próximo y apocalíptico final del sistema pergeñado por la sinarquía judaizante.

7

En apariencia, la reunión había sido convocada por el director del canal, pero fue a pedido de uno de los productores. El productor — cuarenta y tantos años, incipiente fortuna y buenos contactos— obvió anoticiado de que horas antes había recibido una sugerencia proveniente de la Rosada, porque, como supieron aclararle sin sonrojo, dicha insinuación, aviso o consejo, debía permanecer en el más absoluto secreto.

Hacía una década que el director había dejado de ser el zar que había sido. Aquellos años gloriosos en que su palabra era respetada y temida, cuando tuvo el tupé de decirle a un presidente, nada menos que a un presidente, lo que tenía que hacer. ¡Y lo había hecho en público!, en una poblada comilona del mundo editorial. Porque, eso sí, al director le gustaban los libros.

Y no solo los libros. Amaba la cultura, le encantaba avecinar un vulgar programa sabatina de entretenimiento y una velada de gala dedicada a Shakespeare. ¡O la danza! ¡Y nada de moderno!, meta tutús y pas de deux. Incluso cierta vez armó un programa con los más famosos dúos, dos horas y media de promenades, pirouettes y levantadas, explicados por un crítico de insospechada erudición.

—Un toque de cultura no le hace mal a nadie —le decía entre cínico y humorista a su gente íntima.

Su teoría era que la clase media, sus clientes, situaba la cultura por encima de todo, ¡lástima que diese tanto trabajo ser culto! Así que él salía a salvarla cual Superman latinoamericano. ¡Dos horas por semana de cultura!, eso es lo que ofrecía. Cualquiera podía estar dos horas por semana frente al televisor y

calmar la sed artística sin mayor esfuerzo.

Pero ahora no era el mismo que en aquellos tiempos gloriosos. Tenía solo un quince por ciento de las acciones; era, apenas, el quince por ciento. Claro que cobraba un sueldo millonario y también una fracción —importante pero indecorosa justamente por fracción— de las utilidades.

Los tres productores entraron en la oficina del director a las nueve de la noche. Enorme, la oficina estaba iluminada teatralmente, con zonas de claridad y otras de penumbra. En el centro, una gran pecera de casi dos metros de largo, con peces multicolores, burbujas y pequeñas plantas que la luz cenital destacaba del fondo oscuro de la ciudad.

El mozo sirvió los cafés.

—¿Vale la pena? —preguntó—. El juego parece ser extremadamente peligroso, el patrimonio del canal es su público.

Y abrió los brazos esperando la intervención de alguno de los hombres, pero nadie habló.

—Un público que hoy sigue con ardor lo que sucede, pero que mañana podría acusarnos vaya a saberse de qué... ¿Vale la pena? —volvió a preguntar.

—¿Tan serio es? —quiso saber, interesado, el que le había pedido que llamara a la reunión.

El director iba a decir que parecía que sí, cuando el más corpulento de los otros dos hombres se adelantó:

—Nunca hemos tenido tanta publicidad, levantar el programa ahora sería, desde un punto de vista comercial, imperdonable.

Después, en tono de confianza, mientras abría una carpeta sobre la mesa, aclaró:

—El costo del segundo se ha duplicado.

El director tomó las hojas y dio una rápida lectura a las columnas. Mientras tanto, el último de los hombres permanecía en silencio.

—Entiendo que desde el punto de vista comercial... —siguió, o trató de seguir con voz cansina el primer hombre, pero se vio interrumpido por el director:

—No sabía que estábamos tan bien —un destello en sus ojos marrones.

—Ese es solo el aspecto comercial—insistió, terco, el primero de los hombres—... claro que si ponemos en peligro al canal...

—Además, creo que aún podemos subir el segundo un treinta por ciento más —intervino el corpulento.

—¿Treinta? —se sorprendió el director.

—... Cuarenta años en el negocio no se pueden tirar por la borda así como así —insistió el primero de los hombres.

Siguieron unos instantes de tensión hasta que el director confesó qué lo atraía del negocio:

—El riesgo, la adrenalina.

En su boca la adrenalina no era una hormona constrictora de los vasos sanguíneos, sino una diosa. No era un medio, sino el fin de su existencia. Tomó la botella de whisky y se sirvió.

—Correr los límites, soportar la tensión, traspasar el miedo.

—Sí, pero... —el primero de los hombres no dejaba de transpirar.

—¡Adelante, señores! Mi voto es que sigamos —decidió el director.

—No se va a arrepentir —dijo el corpulento.

—Si usted lo dice, que así sea —intervino, por fin, el último de los hombres.

El primero no volvió a abrir la boca.

* * *

Antes que nada debe decirse que Alberto Garay se llamaba, efectivamente, Alberto Garay. Nada común en el ambiente, no arregló seudónimo alguno y era conocido por la misma identidad que rezaba su partida de nacimiento extendida en la ciudad de Villa María.

Terminada la secundaria, Alberto viajó a Buenos Aires para seguir estudios de Agronomía. Pero, como dice la canción popular: la vida te da sorpresas. Alberto conoció en la gran ciudad el póquer y el billar, y esas fueron sus grandes pasiones. Lo atrajo en especial el juego de las bolas. Ya en su ciudad natal había practicado, aunque malamente, el casín, hermosa variante billarística que requiere por igual de precisión y sagacidad.

Además, los estudios de Agronomía abundan en química y biología, en fórmulas irracionales y en tejidos anatómicos imposibles de recordar.

Fue en una sala de la turística calle Florida donde Alberto Garay penetró en el juego de tres bandas, allí aprendió la especulación y el discernimiento, y la rara agudeza que sus feroces luchas requieren.

Allí, un sujeto de palabra fácil y heroicas proezas, a veces ciertas, inventadas en otras ocasiones, le reveló los mandamientos de las tres bandas. Había que elegir la jugada teniendo en cuenta tres elementos. Uno: se debía hacer la carambola. Dos: que la posición que resultara después de la ejecución permitiera una segunda carambola. Y tres: que en caso de errar, el rival tuviese que resolver un galimatías.

—Esas son las tres cosas a tener en cuenta, Alberto: carambola, preparación y quedo... ¡Pero en el orden inverso!

La escasa geografía de la mesa encerraba un universo. Para Alberto Garay, en el verde paño se desplegaba un mundo de ataque y defensa, conocimientos y astucia, tan amiga esta de la maledicencia.

Claro que el consumado conocimiento de las infinitas pero agrupables topografías billarísticas, más las interminables horas de entrenamiento y toda la concentración del espíritu y el músculo, eran inútiles si fallaba el pulso. Un pulso firme no es algo gratuito, natural o dado, sino la consecuencia de nervios dominados. Pero no en cualquier situación: qué podía importar abatir el miedo en la vulgaridad de una partida donde el derrotado pagara la miseria de una económica cena. El reto era dominarse a sí mismo en una competencia, con la gente mirando y la imaginación ardiendo en las mentes de los jugadores. Esa era la cuestión. Y allí Alberto Garay descubrió, en los dulces albores de la juventud, todo su potencial.

Siendo ya una joven promesa del billar nacional, quiso el azar que un incidente lo alejara de las lides deportivas y lo alojara en otro país. Todo empezó con un viejo campeón que necesitaba demostrar que aún era el mejor.

—Yo te doy los cincuenta. Si ganás, son para vos; si perdés, salís hecho — le propuso, celoso hasta la felonía, un amigo del campeón.

Aceptó, un estudiante siempre necesita dinero, un billarista también. Y un estudiante aficionado al billar suele estar peligrosamente cerca de la indigencia.

El rival era un campeón entrado en años que ocultaba, como el más misterioso de los arcanos, su fecha de nacimiento y su calvicie, esta última

gracias a un patético bisoñé peligrosamente castaño. El enfrentamiento se difundió en los salones dedicados al billar como dos generaciones en pugna. Ganó Alberto, pero su victoria tuvo, para él, el sabor metálico y culposo de la trampa.

Porque en ese combate él no se jugaba la vida y nada tenía para perder, mientras que su rival arriesgaba prestigio y cincuenta lucas. Él jugaba menos que una cena y el otro, su vida. Tenía que ganar, y ganó.

De tal manera conseguida, la victoria fue una mancha. Lo fue para sí mismo ya que nadie se percató, y las palmadas afables y las felicitaciones complacientes no hicieron otra cosa que alejarlo del billar.

Pero quiso el destino, ya que la vida da sorpresas, que esa noche estuviera presente observando la desigual lucha, aunque ignorante de sus verdaderos abismos, el zar de la televisión, o sea el director general y dueño del Canal 6. Aún faltaban años para que perdiera el unívoco control, aquellos eran tiempos de gloria, en los que se permitía decirle a un malversado presidente lo que debía hacer.

El director sabía observar el billar, tanto como odiaba su propia inhabilidad; era un delicado gourmet, pero un torpe chef. Lo felicitó a Alberto y le propuso que interviniera en un programa de sábado a la tarde; quería una cara joven explicando los secretos del juego.

—Hay que sacar al billar de la noche y los tugurios —dijo en voz alta, para que todos escuchasen su porteño sentir de genuino dandy.

Como en Europa, donde, como se sabía, era un juego bien visto, de gente decente. El zar miró a todos los que estaban sentados a su mesa, que se incluyera el que gustara.

La incursión billarística de Alberto Garay en la televisión nunca se produjo. El día que iba a debutar, la internación en una clínica de un cantante popular trastrocó los planes de la producción; la semana siguiente fue una boda de la farándula y la otra, un agendado concurso de belleza. Pero tanto ir, Alberto consiguió conchabo en el canal.

Durante un tiempo trabajó en producción, después dio el salto. Para el tiempo que nos ocupa ya llevaba treinta años delante de las cámaras. Alberto Garay condujo en ese lapso decenas de programas de entretenimiento, juveniles, de preguntas y respuestas, para las amas de casa, para la familia,

incluso relató veladas de boxeo. Casado en primeras y únicas nupcias, tenía tres hijos, dos mujeres y un varón, que en ese momento iban de los diecinueve a los veinticinco años.

Sus mejores tiempos habían pasado, él lo sabía, todos lo sabían. Era consciente de que había comenzado el ocaso de su carrera y esperaba transitarlo con serena dignidad. Con clase, como un pura sangre. Nunca lo había dicho, pero aún recordaba a aquel viejo campeón, tan triste en su ridículo esmero por permanecer joven.

Esa noche llegaba a su casa después de una cena de negocios, le habían dicho que no, amablemente, con respeto, casi con cariño, pero le habían dicho que no. "Lo vamos a pensar", le dijeron, e hicieron silencio en el momento clave. Alberto descontaba la negativa que, como se estila en el país, nunca sería explícita.

A pocas cuadras de su casa pensó que, dado que ahora tenía tanto tiempo libre, se dedicaría al billar. Quizás, incluso, podría competir. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea que el legendario zar había tenido treinta años antes. Se vio explicando los secretos del juego a la cámara... ya no era una cara joven, pero sí incalculablemente conocida.

Dejó el auto en la cochera y entró por la puerta de servicio. Abrió, caminó por la amplia sala tratando de no hacer ruido; su esposa dormía y nadie más estaba. Fue a la cocina, abrió la heladera, la luz blanca bañó su rostro. Sintió un chasquido, apenas un ruido sordo, nada más.

Su mujer se despertó a las ocho de la mañana. La sorpresa fue infinita cuando no encontró a su marido al lado. La cama estaba intacta, ¡anoche no había venido! Temerosa, se levantó en un segundo, el corazón le palpitaba angustiado cuando recorrió la casa. Su mente albergaba los peores presagios, tomó el teléfono, marcó el celular de Alberto. Nadie respondió. Llamó otra vez y una tercera, mientras caminaba de aquí para allá en un estado de excitación que le hacía temblar las piernas.

Fue cuando volvía a llamar por cuarta vez que escuchó que tocaban el timbre. La voz, afuera, contestó a su pregunta con un lacónico "Policía Federal, señora".

—Pero ¿qué pasó? ¿Le ocurrió algo? ¿Cómo que vienen a verlo!, si no vino, acabo de descubrir que no vino a dormir. ¿De qué me habla?

Se dejó caer en el sillón. Era tal su nerviosismo que le costaba respirar.

—¿De qué se trata esto? ¡Oh, Dios!, me está asustando. —Señora, necesitamos revisar la casa.

Pero Carmen ya no escuchaba, acababa de levantar la vista, la cortina entreabierta le dejó ver en el jardín a un Jesús, un pobre Jesús amarrado.

* * *

López estaba en su departamento cuando la voz le reveló que había una nueva víctima. —Ahora fue distinto.

—¿No la durmió y desangró?

—Sí, eso como siempre. Lo encontraron con los brazos atados a un árbol de su jardín, crucificado estaba el pobre cristiano. Tenía las mismas mutilaciones que las otras víctimas, le puso una palangana de porcelana que encontró en el living, allí fue a parar la sangre. Prolijo el hijo de puta.

—Entonces sigue con el mismo modus operandi. —No exactamente.

—¿Qué cambió?

—Que no pasó por la Casa.

Entonces la voz pronunció el nombre de la víctima.

—Alberto Garay —repitió López—. Un buen tipo, yo lo conocí. Hace años parábamos en la misma confitería, más de una vez lo vi jugar al billar. Nunca jugué con él, éramos de categorías diferentes, jugaba bien Garay, pintaba para campeón... pero un día desapareció y años después lo vi en la televisión. Quizás fue por eso que dejó el billar, no lo sé. Yo seguí, al pedo pero seguí; siempre fui un desastre.

Y ahora Garay estaba muerto, pensó o dijo, o ambas cosas.

Pero ya era tarde, del otro lado de la línea habían cortado. Recordó que antes de despedirse la voz había dicho que el avispero andaba revuelto.

—Arriba están muy nerviosos. No esperaban que se saliera del círculo, los que estuvieron en la Casa eran una cantidad grande pero controlable, pero ahora el universo de posibles víctimas nos incluye a todos. El avispero anda revuelto, López.

* * *

—Investigue a su gente —le dijo el inspector al comisario Bermúdez.

Había que descartar una posibilidad, apenas una probabilidad entre otras tantas.

Hubo un cambio, y la pregunta se salía sola de los labios: ¿por qué? ¿A qué obedecía la variación? La primera respuesta, no la única, no la más segura, no la mejor, la primera, la que venía a la cabeza, la que acudía a la conciencia aún sin ser llamada —¡por Dios que nadie la convocase!—, se podía enunciar así: no era el mismo asesino.

Así de fácil: era otro.

O sea, el temido contagio se había producido.

En ese caso surgía una segunda pregunta. Incómoda, lacerante, molesta y peligrosa: ¿cómo lo supo?

Se había filtrado por la prensa que desangraba a sus víctimas, pero ¿cómo supo lo de los dedos de los pies? Además, ¿cómo supo que tenía que mandar un mensaje desde el celular de la víctima al cabo Rodríguez? ¿Cómo conoció los dos secretos mejor guardados de la policía? Ni siquiera el ministro estaba al tanto, nadie por encima del inspector.

—Nombre dos personas, solo dos de su absoluta confianza. Que averigüen todo sobre todos. En silencio, sin que nadie se entere. Si hay una filtración, y no digo que la haya, por Dios, esta nos llevará al asesino. Comisario: mañana me informa los dos nombres que eligió, tiene que poner las manos sobre el fuego por ellos.

El comisario tragó saliva, tuvo que reconocer que él, Alcides Bonifacio Bermúdez, comisario de la Federal, hombre curtido, que había participado con suerte en una docena de enfrentamientos a balazo limpio, que supo jugarse el pellejo cuando todavía estaba muy lejos de ser comisario, no como esos policías que hacen carrera administrativa, él, Bermúdez, tuvo que reconocer que le tenía miedo al inspector. Sabía por buena fuente que el inspector jamás había disparado un arma a no ser por entrenamiento. Pero había —pensó Bermúdez sentado a un metro escaso de su superior— armas más letales que una nueve milímetros.

8

El peligro de narrar un hecho histórico consiste en la extrema complejidad que suele hospedar la realidad. Solamente en los textos escolares, con su simpleza adocenada, la historia es una sumatoria perfecta de hechos que admiten una única contradicción y solamente dos antagonistas. Pero la entidad verdadera de los hechos es muy otra e implica contexto. Porque lo sucedido no significa nada cuando está extranjero de sus circunstancias, ajeno a condiciones y escenarios. La realidad es un laberinto, un aleph que, por gigantesco, no puede dejar de parecernos confuso. De tal manera, cualquier explicación orgullosa de su simpleza, cualquier razonamiento que no amerite arduo trabajo, no puede ser más que otra cara de la mentira.

Es necesario entonces un breve paréntesis en el relato. Parecerá inoportuno dado el dramático giro que han tomado los acontecimientos, pero forzoso por dos razones: para honrar la riqueza de la trama y para no violentar la cronología, ya que el evento que se ha de narrar sucede en este mismo momento, cuando la mente de los que conducían la investigación recelaban del imaginado contagio.

* * *

Desde ahoranemesis@hotmail.com las manos del joven escribieron: "El cigoto ha comenzado su destino". El mensaje llegaría minutos después a los mismos destinatarios anteriores. Hoy, ya concluida la historia, muertos lo que tenían que morir y salvos los que debían salvarse, es imposible acertar sobre

ese mensaje. Sabrá el lector que el "cigoto" o "cigota" o simplemente "huevo" es la célula resultante de la unión de los gametos masculino y femenino en la reproducción sexual de animales y plantas. El cigoto existe apenas un instante. Cargado de futuro, su febril destino será desaparecer de inmediato al dividirse en dos nuevas células, que a su vez replicarán la parcelación en otras cuatro que no tendrán diferente albur. En eso consiste la vida en sus primeros tiempos.

Ahora bien, las fuentes oficiales de la investigación adjudicaron a la casualidad la escritura de la palabra "cigoto", mientras que la versión popular de la historia se ha negado tercamente a admitir esa inverosímil posibilidad. Con el tiempo, cobró existencia en el léxico vulgar un nuevo significado para el término "cigoto": mentira evidente emanada del poder.³

Pero más allá de estas consideraciones lingüísticas, lo cierto es que ese mensaje —"el cigoto ha comenzado su destino"— nunca ha sido bien explicado ni por las fuentes oficiales, ni por las officiosas, ni por los ardientes historiadores de café.

* * *

El cabo primero Jorge Rodríguez se estaba cambiando mientras trataba de instruir con sus opiniones futboleras al cabo Russo, Diego Armando Russo, un joven que, pese a las explícitas intenciones de su padre, terminó totalmente desinteresado por el más popular de los deportes nacionales y siendo un fanático hincha de las carreras de autos.

No sabía Rodríguez que el joven Russo era cuñado del comisario Bermúdez, alternativa familiar que ambos habían convenido mantener oculta bajo siete llaves. Tampoco estaba al tanto de que el cuñado del comisario era uno de sus dos hombres de confianza. Ignoraba el porqué de su súbito interés en la ley del orsay y en las ventajas de jugar con enganche. "Si hay enganche... porque si no, para poner a un perro, mejor jugar con un carrilero", lo adoctrinaba el gordo Rodríguez al joven Russo.

El cabo primero Rodríguez estaba lejos de sospechar que Russo trataba de ganar su confianza para cumplir con el encargo del comisario Bermúdez:

investigar si había un infidente en la Fuerza.

—Hace tiempo que lo tenemos agarrado de las bolas. Apenas si lo dejamos ir unas horas a su casa y ni siquiera cobra extras. Fijate si quiso hacerse unos manguitos vendiendo información.

Así que ahí estaba Russo, muy fingiendo interés en el cuatro— cuatro— dos y en el cuatro—tres—uno—dos.

* * *

Los dos operativos se hicieron en forma simultánea, a escasa cuadra y media de distancia, en la zona de Recoleta. Pocos días después del segundo mensaje —aquel que decía: "Prepárense, esto recién empieza"— ya sabían de dónde lo habían mandado.

Por suerte —uno de los pocos favores que el destino quiso ofrecer a las fuerzas del orden en esta historia— en el cyber había una cámara conectada a un equipo de seguridad. Lastimosamente, el destino no tuvo intención de ser demasiado amable con las huestes del comisario Bermúdez y, cuando sus hombres se presentaron en el negocio, comprobaron la inexistencia de un casete que guardase las imágenes captadas por la cámara.

Se convino que todos los días un agente dejaría un casete nuevo y recogería el grabado el día anterior. Tal precaución logró sus frutos. El mensaje con la enigmática e inusual palabra "cigoto", mandado un martes entre las nueve y las nueve y media de la noche, tenía ahora dos sospechosos, dos caras para su autor.

Uno era un sujeto de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, llamado Elvis y apellidado Zabala, de nacionalidad uruguaya y de profesión chofer de remís. Elvis, que no superaba el metro sesenta, al ser interceptado por los policías se llevó un susto de novela. Vestido con un sobretodo que le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas, camisa oscura y corbata —Elvis lucía invariablemente una corbata azul, estuviese de jeans o trajeado—, empezó a chillar, la voz aguda le temblaba de miedo, que se había olvidado, que juraba que mañana, no, que hoy mismo iba a hacerlo.

—Ya es tarde —le gritaron a medio palmo de su oreja derecha—, ahora lo

único que podés hacer es batir la justa.

A lo que Elvis solo respondía que no le pegaran, que no era para tanto, que lo iba a hacer. Preguntado por otro oficial, morocho de anteojos oscuros y campera de helicopista de la guerra de Vietnam, qué poronga era lo que iba a hacer, Elvis contestó, los ojos enrojecidos y la cara apretada contra el techo del auto, que "renovar el registro profesional". Preguntado y repreguntado en las siguientes ocho horas, no se sacó otra cosa del petiso Elvis Zabala.

A pocos metros de la remisería y del cyber desde donde se habían mandado los mensajes, fue detenido un joven de diecinueve años llamado Lucas Amadeo Tercio documento nacional de identidad 33.552.105, de veintiún años de edad, estudiante.

La detención se produjo en la plaza que homenajeaba a Emilio Mitre —hermano menor de Bartolomé y él mismo general de la Nación de botas nunca embarradas—, al 2000 de la avenida Pueyrredón —no por Prilidiano, el pintor, sino por su padre, Juan Martín, hombre que supo hacerle la vida difícil a San Martín, que después fuera canonizado por el Mitre Bartolomé.

Rodeado por una decena de hombres, siete de los cuales lo apuntaban con armas automáticas, Lucas Tercio levantó las manos sin que se lo pidieran, al tiempo que pensaba el lío que armaban esos desquiciados por un inocente porro.

Retenido en el piso de grava, esposado por la espalda y ya habiendo soportado un par de patadas, una en su muslo izquierdo y otra en el estómago, Lucas preguntó por los motivos de semejante desvelo policial.

Nadie le respondió.

Pasó así largos minutos en el piso, llegó un auto del que se bajó alguien al que todos llamaron comisario, y después vino otro del que descendió un tipo al que todos llamaron fiscal.

Entonces, alguien lo levantó amablemente y lo sostuvo unos segundos en vilo mientras le escupía al oído:

—Por asesino, te detenemos por asesino. Estás hasta las manos, hijo de puta.

Cuando lo subían al móvil, Lucas Tercio pensó que todo aquello era una locura. Y eso que ahora no había comido un sándwich de salame ni tomado un fernet con Coca. Antes de que el auto arrancase, como llevado por el diablo,

Lucas vio entre los curiosos al morocho del bar. Sin pensarlo levantó la mano a modo de saludo, no se imaginaba que a ese hombre, que ahora mismo lo miraba con ira apenas contenida, le debía su detención.

Después de verlo en la cinta de seguridad, los agentes habían impreso su imagen y recorrido las inmediaciones del cyber preguntando si alguien lo conocía. Fue el morocho el que les informó que solía frecuentar su bar, acodarse en la barra y pedir un especial de salame y un fernet con Coca. Que lo había visto un par de veces caminando en la otra cuadra y que creía que vivía en "esta y Laprida". Pese a que la imagen estaba algo difusa, el portero de su edificio lo reconoció de inmediato. Juró que los mantendría al tanto de sus movimientos, lo que cumplió, ya que la misma mañana del operativo anotició que estaba haraganeando por la plaza.

—Tengo derecho a una llamada —le dijo Lucas Tercio al oficial justo antes de entrar al Departamento de Policía.

—¡No tenés derecho a nada!

Y después de un pesado segundo: —Ya no existís, pibe, perdiste.

* * *

—¿Permiso para qué? —preguntó, aunque sabía de sobra lo que quería decir "a solas".

—Breve, pero a solas, comisario. Alvarado está de licencia y el que lo reemplaza es de los nuestros. Hay que terminar con el loco antes de que él termine con nosotros —argumentó la voz en el teléfono.

El comisario podía adivinar los hombros levantados, las cejas arqueadas y las manos con las palmas hacia arriba. "Hay que terminar con el loco", no había obviedad más clara.

El comisario se dio vuelta hacia la ventana, como buscando afuera la respuesta que en su interior ya tenía.

—Está bien, pero breve y sin marcas —le contestó el comisario, la voz con sordina y la mirada en un edificio de la calle Virrey Cevallos.

La voz le contestó con un "como usted diga" al que se le notaba la sonrisa.

El comisario Bermúdez pensó, fue apenas un instante de escozor, que al

aprobar ese interrogatorio "a solas" se hacía ... Desde el instante en que había aceptado, con dudas pero aceptado, pasaba a ser el responsable. Así funcionaba la cosa, en las organizaciones piramidales el superior es el superior, para las buenas y para las malas. Y existía un momento en el que el superior se quedaba solo, sintió una puntada en el vientre, quizás estaría mejor en algún oscuro departamento burocrático, pensó.

Y rápidamente alejó el malsano pensamiento de su mente.

* * *

Al caer la tarde apareció el inspector, y le informaron las novedades.

—No tiene antecedentes —reseñó Russo, cuñado y hombre de confianza de Bermúdez—, su nombre es Lucas Tercio, hijo de Marcos Tercio, comerciante, y de Dorotea Silvera, uruguaya, psicóloga. Terminó la secundaria el año pasado en una nocturna; desde entonces no se le conocen nuevos estudios ni trabajos.

—Bien —el inspector no parecía participar del entusiasmo general acerca de la detención—, que lo vean los psiquiatras forenses, a ver cómo está de la terraza —dijo, mientras con el índice trazaba dos círculos cerca de la sien.

—Otra cosa, inspector. La madre, Dorotea Silvera —dijo Russo, como quien agrega una miscelánea, una nota de color—, es prima del comisario inspector Ludueña.

¿Prima del comisario inspector Ludueña había dicho? Súbitamente pálido, el comisario Bermúdez permaneció mudo los restantes minutos que duró la reunión.

—Escuchame, ¿cómo es que no me dijeron nada de que era familiar de Ludueña? —le preguntó a su cuñado cuando el inspector ya se había ido—. Quiero saber, digo, una pregunta: ustedes ¿son siempre tan pelotudos?

—Lo acabo de saber. No creí que fuera ...

Pero el comisario ya no lo escuchaba, estaba hablando por teléfono, ordenaba que un tal Negro Juárez se comunicara de inmediato.

* * *

—¡Pero si todavía no empecé! Está bien, está bien. Sí, señor, como usted diga. No se preocupe, no tiene nada... Solo un rasguño. No, qué va, nada, no se preocupe por eso... además, hace un año que digo que salta la térmica, si ni siquiera podemos poner la estufa... Sí, como usted diga. Sí, hasta pronto.

¡Será de Dios!, pensó el Negro Juárez.

—Prepárenlo que lo vienen a buscar. Sí, ya mismo. Parece que el pendejo es familiar de alguien.

Mientras caminaba por el pasillo, el Negro Juárez tuvo ganas de hablarle por teléfono y decirle lo que pensaba. ¡Se habrá visto! Después

lo llaman a uno. Ya me lo van a pedir. Boludazo. La próxima me hago el estrecho. Ya ni laburar se puede.

* * *

A las diez de la noche la esquina de Moreno y Sáenz Peña era un hervidero de periodistas. A decir verdad, desde las primeras horas de la tarde varios canales de televisión ya anunciaban la detención de un sospechoso ocurrida en Barrio Norte.

—La detención habría sido —aseveró el movilero del canal del Inglés— fruto de un operativo dirigido por el comisario Alcides Bermúdez.

En una entrada posterior, también usando el modo condicional, dijo que el aprehendido sería familiar de un encumbrado hombre público.

Ya en su participación en el noticiero nocturno informó que el individuo detenido, de apellido Tercero o Tedesco, permanecía alojado en el Departamento de Policía en "un estado compatible con las drogas". Después agregó, volviendo a usar el condicional, que el rumor de que sería sobrino de "alguien importante" cobraba solidez minuto a minuto.

En ese momento apareció por la puerta de la calle Moreno el comisario Bermúdez. El movilero y decenas de otros cronistas, camarógrafos y tiracables emprendieron la más febril de las carreras.

Sorprendido y asaltado, el comisario dijo que no había ningún sospechoso

de los crímenes seriales. Pese al apuro y a los deseos de que esa multitud de forajidos armados de micrófonos y celulares desapareciera, el comisario se percató de que había cometido un grave error: hasta ese momento ningún funcionario se había referido a los asesinatos como "seriales".

Los periodistas huelen el miedo como las fieras, solo una fiera puede ser un buen cronista. "¿Qué tenía que decir del trascendido de que estaba demorado un sobrino de...?", preguntaron.

—¡Eso es una mentira! —aseguró el comisario—. No existe sospecha alguna sobre ningún familiar de un jefe de la Repartición.

Apenas lo dijo se dio cuenta de que había cometido otro grave error. Trató de abrirse paso, explicó que no tenía nada nuevo para informar y que debía retirarse para seguir trabajando.

—Comisario —preguntó el movilero del Inglés—, ¿cree usted que el asesino es solo uno?

El comisario Bermúdez sintió la presencia del terror; aquella, más que una pregunta, era una puerta entreabierta hacia el abismo. Debía controlar su miedo. Cada vez que se había tiroteado lo hizo bien cagado en las patas, pero nadie, ninguno de sus subordinados se había dado cuenta. Así que supo ocultar su pavora tras una mueca rígida y algo monstruosa, de la que asomaba una violencia apenas contenida. Al borde del estallido, afirmó:

—¡Claro que es solo uno!

Pero la mirada asesina y los dientes apretados del comisario no lograron ocultar el golpe, ese gancho de izquierda justo en el hígado que le hizo dar, sin pensar ni querer, un paso atrás.

Y el movilero del Inglés se dio cuenta.

—Podría asegurarle a la opinión pública que solo...

Pero el comisario Bermúdez no le contestó, se abrió paso y subió a un auto. Había estado al borde del vacío.

* * *

Lucas Tercio estuvo detenido veintiún escasos días. El periodismo desconoció su identidad y después los hechos no fueron más que un pasado perdido en la

placidez de la desmemoria. No pesó sobre él ningún juicio, tal buenaventura no se debió a su lejano pariente policial, sino a la pericia leguleya de su abogado. No había damnificados y no podía argüirse una improbable obstrucción del accionar judicial.

Un año después de la muerte de Alberto Garay, expertos y funcionarios, curiosos y periodistas divergían en adjudicar a uno o a más de uno los homicidios.

Puesto el cabo primero Jorge Rodríguez y los otros subordinados del comisario Bermúdez bajo la lupa, nada señaló una supuesta fuga de información. En el caso de que hubiese un segundo asesino, la mutilación de los pies de las víctimas debía explicarse de otra manera.

Tiempo después de la muerte de Alberto Garay, quien, por no pertenecer a la Casa, abrió ese universo de conjeturas, la tragedia ascendió otro peldaño.

* * *

"Disculpe, cabo, me había olvidado" y seguía una dirección en Lomas del Mirador.

Minutos después, un mediodía solitario de domingo, a escasas diez cuadras de las vías del ferrocarril, un oficial de civil, camisa blanca y corbata azul, pantalón negro, zapatos lustrosos y la Biblia en su mano izquierda, tocó el timbre. La casa de dos plantas era prologada por un amplio jardín, una bicicleta dormía olvidada en el camino irregular de piedras que desembocaba en una puerta cancel de espejos biselados. No siendo atendido, el oficial tocó nuevamente con idéntico e infructuoso resultado. No se habían cumplido los tres minutos cuando el comando derrumbaba con violencia y decisión la puerta de entrada.

Por dentro, la casa parecía estar en orden, el sargento que caminaba adelante guardó el arma y por el handy comunicó que, hallaran lo que hallasen, no parecía haber peligro de ninguna naturaleza. Con veinte años en la Repartición y retinas acostumbradas a ver más allá del asombro, al sargento esta vez le falló la experiencia; acababa de decir que no había peligro cuando una enorme figura se abalanzó sobre él.

El compañero que lo cubría disparó cinco veces, dos impactos dieron en el atacante, uno de ellos en pleno cráneo. El sargento fue llevado de urgencia, pero, pese a todas las diligencias, no arribó con vida al hospital. La profunda herida en su garganta había comprometido la carótida izquierda y la pérdida de sangre fue imposible de controlar.

En el piso de la sala, al inicio de la escalera que ganaba la planta de las habitaciones, quedó el cuerpo exánime de un doberman. El enorme animal no había sido el único habitante de la casa, en los fondos se encontraron los restos de un hombre de unos treinta años. Los médicos forenses aseguraron que había perdido la vida cinco días antes, a causa de un certero golpe en la zona occipital.

Lorenzo López se despertó con un dolor punzante en la garganta y la angustia hecha temblor en su cuerpo. Había tenido un sueño muy perturbador, una pesadilla caliente como agua hirviendo. Se preparó el desayuno, pero no pudo comer ni un bocado y el café quedó enfriándose en la mesada. La pesadilla lo perseguía: un cuerpo sin piernas, cortado a dentelladas y la sangre desparramada por donde quisiera mirar.

Debajo de la ducha, con el agua corriendo por la espalda, trató de reubicar su mente. Al principio ganó cierta calma, el pulso parecía desacelerarse y haber aflojado el dolor en la garganta, pero después sospechó un llamado. Cerró los ojos y se concentró, ¿lo habían llamado?, se preguntó.

Sintió sus piernas frágiles. No era la primera vez que sus sueños se teñían con el púrpura fantasmal de las alucinaciones. ¿Pero si no era un sueño?, si no lo imaginaba... Si en verdad lo habían llamado...

Por fin recordó. La voz le había dicho "medio cuerpo". No pudo seguir de pie, López se sentó en el piso de la bañera, con el agua corriéndole por la espalda se durmió, o desmayó.

Efectivamente, la noche anterior su confidente lo había anoticiado de que el occiso había permanecido largos días colgado a poca altura; también le informó el resultado del análisis de la materia alimenticia encontrada en el estómago del can. El asesino lo había previsto todo: abandonado y hambriento, el animal se había hecho con los restos del infortunado.

Ante aquel cuerpo sin piernas, los músculos desgarrados y las vísceras esparcidas en el piso teñido de sangre, alguien recordó el mensaje que había

recibido Rodríguez: "Disculpe, cabo, me había olvidado".

LA CIMA

1

En los países ordenados, en ese primer y único mundo, el hombre cree. Al norte del río Grande, en la tierra de promisión donde todo es posible, el ciudadano medio confía en ser gobernado por los mejores. Y lo hace contra toda evidencia, a pesar de cualquier desasosiego, al extremo de desembarcar heroico en Normandía, yacer ajeno en Vietnam, calcinarse solitario en un desierto sin Dios entre el Tigris y el Éufrates.

Pero este país meridional es un país desordenado, donde es imposible creer en gobierno alguno. Parido y devorado sin mérito por la gran ciudad, ha pergeñado dos clases de ciudadanos, el escéptico, un nihilista empírico, y el malentretenido, un desafortunado tahúr amante del fracaso.

Sin embargo, a veces cree. Cree, por ejemplo, que todo habitante de la Rosada es un delincuente, un usurpador de ilusiones, un ladrón de fortunas. Por lo menos hasta que se pruebe lo contrario. Y si no lo es, da igual, nadie, jamás, le creerá, porque, al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio aceptaría los dichos de quien supo llegar al poder?

En estas tierras sureñas los nativos actúan con la misma aprensión y el mismo recelo que los extranjeros en los países ordenados. Como un dominicano en Texas, un turco en Berlín o un marroquí en Barcelona, el ciudadano, aquí, es un indocumentado.

Un año después de que a la bella Casandra se le cruzara el destino, nadie sabía cuántos habían seguido el mismo infortunio. El gobierno reconocía oficialmente seis homicidios, pero nadie ponía las manos sobre el fuego por esa cifra, ni siquiera sus funcionarios, que aceptaban en conversaciones de pasillo, en voz baja y con promesa de reserva, que el número podría llegar a

nueve. Nueve, o diez, pero no más: que no tiene tiempo de matar a todos los que se dice que mató. No es el único asesino en este país, observaban los funcionarios en voz baja.

Ni fidedignos ni comprobables, los informantes de los medios sugerían, sin demasiada convicción, que los asesinatos de seguro ascendían a quince, quizás hasta a dieciséis.

En un país pordiosero de certezas, a carencia de mínimas pruebas, las cámaras acercaban a doctorados que hasta ayer nadie conocía y que, con inobjetable tono académico, doctor de acá doctor de allá, amasaban pronósticos y aseguraban que los asesinatos probablemente duplicaban los confirmados por las autoridades.

A falta de verdad está el rumor. El rumor es un ardor que despeja las dudas de la incerteza. Y aquel rumor, anónimo y beligerante, advertía que las muertes ya superaban las treinta, las cincuenta, acaso las cien. El rumor no cree en nada ni en nadie, es un dios omnipresente, el rumor no cree ni siquiera en sí mismo.

Para colmo de males, un año después de la muerte de la bella Casandra tampoco había pistas del asesino. Aunque las autoridades no dejaban de afirmar que le estaban pisando los talones, pero que, como todos debían comprender, no podían divulgar lo que tenían entre manos, ya que tal imprudencia daría por tierra con la investigación.

Un año después de la muerte de Casandra, también se desconocía si en verdad era solamente uno el homicida. Porque podían ser dos, como sugirió cierto experto criminalista. O una secta apocalíptica, como insistía el rumor, lo que a su vez, de ser cierto, multiplicaba las muertes hasta más allá de los límites de la imaginación.

* * *

Lo había logrado sin saber cómo. Pasó todo ese largo año intentando diferentes e inútiles sobornos hasta que al final había encontrado un nuevo contacto.

López entró en el departamento casi en puntas de pie. Para colmo, la noche

anterior le había bajado del cosmos una nueva revelación: "Arrójate", decía. Así, "arrójate", con el acento en la o, porque sus revelaciones no usaban el vulgar "vos", sino el sonoro y extranjero "tú".

Su contacto le había dicho que ni se le ocurriese sacar fotos; le había dado un guardapolvo dos talles más grande y advertido que los de la morgue eran gente callada. "Sin preguntas, López, la boca bien cerrada". y ahí estaba ahora, caminando por el pasillo alfombrado. En la última de las tres habitaciones estaba el cuerpo de una mujer; a López le pareció que tendría unos cuarenta años, la vio de espaldas, el cabello ondulado teñido de rojo le caía, sensual, por los hombros desnudos. Solo tenía puesta una bombacha negra, y llevaba una pulsera acerada en una de las muñecas. Apenas pudo estar unos segundos. El cuerpo, ligero sobrepeso y piel blanquísima, había esperado colgado de una viga a dos metros de altura. Debajo de sus pies mutilados, un embudo enorme había recogido la sangre para dejarla en una damajuana de vidrio verdoso.

—Todavía estamos trabajando —escuchó, detrás, la voz perentoria del sargento.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

—Estos de la morgue lo que quieren es irse rápido —dijo Russo, el joven cuñado del comisario Bermúdez.

—Que espere —contestó el sargento con ánimo irritado. López se fue, recorrió las otras habitaciones fingiendo el desánimo de quien aguarda. Observó con mirada bovina bibliotecas, adornos y ositos de peluche, un par de computadoras portátiles y un gimnasio de techo transparente. Aún estaba en el lugar de los hechos cuando llegó el fotógrafo de la Policía y percibió el resplandor diurno del flash. También cuando entraron los de Científica, los vio colocarse los guantes y abrir una a una sus cajas. Y estaba cuando arribó el comisario, el rostro contraído en una mueca de disgusto.

Fue entonces cuando se le acercó su reciente contacto y en voz baja le dijo:

—Váyase, López, está por llegar el fiscal.

Y López, con su guardapolvo blanco enorme y sus ojos cansados, fingiendo el aburrimiento que no tenía, encaró para la puerta de entrada. Cuando estaba por llegar al living, se le dio por silbar una melodía de Gardel.

Un uniforme de la Federal con tiras de cabo le echó una mirada de reprobación. ¡Habrase visto, ponerse a silbar! Era el cabo Rodríguez, el contacto se lo había presentado, y después, por lo bajo, le había dicho que no había problemas, que Rodríguez era un boludo. Ya se iba, estaba a menos de dos pasos de la puerta cuando lo vio: debajo de una silla había un celular. Pudo no verlo, y de verlo como era el caso, pudo no intuir. Pero quiso Dios que López viera e intuyera.

Hizo un movimiento tan extraño como fingido, tiró unos papeles solo para agacharse a recogerlos. Allá, abajo, en un rincón olvidado, su mano izquierda tomó el celular y lo depositó en el bolsillo del guardapolvo.

—¿Hay un baño? Necesito pasar al baño —le dijo al gordo con tiras de cabo, que se le quedó mirando sin entender—. Un baño —repitió él—, me estoy meando... —Abrió los brazos, dale, gordo, decime dónde está el baño o te meo aquí mismo.

—Allá —dijo el cabo—. No tarde mucho, viene el fiscal y a ese no le gusta que se contamine el...

Pero él ya había entrado al baño. Sacó el pañuelo que tenía en el bolsillo de atrás del pantalón y con la mano envuelta operó el teléfono. Mensajes. Buzón de salida.

Temblaba.

"19".

¡Diecinueve! Los ojos abiertos, la mente paralizada, no eran seis, sino diecinueve. Anotó el número del destinatario y salió del baño. —¿Tocaron algo? —preguntó el hijo de puta del fiscal.

—No, señor —contestó el sargento—. Está en la última habitación, señor.

Y se fueron, el fiscal adelante, ansioso, muy dueño de la situación, y detrás el sargento, preocupado hasta el miedo de que aquel tuviera de qué quejarse.

López dejó el aparato en el lugar de donde lo había tomado y salió a la calle con la excitación recorriéndole el cuerpo. Entró en la ambulancia, puso las llaves, encendió el motor y arrancó. A unas diez cuadras hizo sonar la sirena, desde chico que soñaba con hacer eso, prendió un cigarrillo, dio un alarido que arrancó de las profundidades de sus vísceras y aceleró.

* * *

Se prometió que hablaría al otro día a la noche, no antes. Pero a media mañana su inquietud ya era insoportable, no podía con la ansiedad, esa gota de agua cayendo reiterada y rítmica sobre su memoria. Aun así esperó, iba a hablar a la tarde, no antes. Pero al mediodía no aguantó más y con mal pulso marcó el número en un aparato del locutorio.

—Hola.

—Sí... —las palabras no le salieron.

—¿Comisario?... ¿Quién es?

Cortó. No lo podía creer, era la voz del gordo, la del cabo Rodríguez.

No puede ser, se dijo, no puede ser, ¡si es un...!

Ya en la redacción pensó que tenía que confirmarlo, de manera que apretó "grabar" y llamó otra vez, ahora desde la computadora. Escuchó el "hola" y el "¿quién es?" y el "¿quién habla?" cinco docenas de veces. ¡Era el nabo!, no tenía ninguna duda.

Esa noche fue a comer a un restarón, pidió un tinto caro para sus bolsillos siempre flacos y costillas de cerdo a la riojana, una buena comida lo haría pensar mejor. Pero nada. Ni el postre, flan casero con crema chantillí y dulce de leche, permitió que su mente pergeñara un plan razonable. Además, la crema estaba rancia.

El celular del cabo primero Jorge Rodríguez estaba intervenido. De sus mensajes y conversaciones eran anoticiados sus superiores, el juez, el fiscal y un par de servicios de inteligencia. El primer ser humano que conocía la información era el nuevo informante de López, quien se encargaba de transcribir en sus informes letra por letra lo dicho o escrito, de distribuir las copias a las personas indicadas y de guardar otras dos, una para el archivo y otra para su eventual uso privado.

El informante no era otro que Russo, el joven cuñado y hombre de confianza del comisario. Días antes había aceptado llevar a López al operativo porque su imaginación, a diferencia de la del periodista, sí albergaba un plan.

Atardecía cuando se vieron en un viejo bar de Lavalle y Callao.

—Russo, disculpe que lo cité acá, pero a mí me gustan más los bares

viejos que los antiguos —se excusó López, iba a decir que ese era viejo y que antiguo era el Tortoni, pero a último momento se arrepintió:

—Antiguo es el Café de la Paix —dijo—. París —aclaró.

Russo, que jamás había ido a París, no conocía ni de nombre al Café de la Paix; ni siquiera había entrado en el Tortoni, tan cerca como estaba del Departamento de Policía.

—Son diecinueve, pero no tengo pruebas —empezó López—. ¿Quién me creería? Puedo decirlo, Russo, pero no lo puedo cobrar.

Tomó un sorbo de café y, con la mirada fija en los ojos del policía, siguió:

—Si tuviera imágenes de un cuerpo valdrían una fortuna.

Pero Russo no dijo nada, largos, imposibles segundos en silencio. —Es peligroso, somos pocos los que tenemos acceso a la información. Mi cabeza sería una de las primeras en rodar.

Y se levantó, el pendejo se levantó para ir al baño. López, pensó algo, López. Necesito fotos, este asesino es mío, lo estuve esperando un año, haciéndole el coco a este pendejo de mierda para que me diese data.

Russo volvió y se sentó sin abrir la boca.

—¿No habrá alguna manera? —preguntó López, las manos debajo de la mesa restregándoselas de nervios.

Pero no había. Que es muy peligroso, que tengo una carrera por delante, que somos pocos. Eso le dijo Russo, que no tardarían nada en pensar en él.

A los tres días seguía siendo peligroso aunque había una posibilidad, que lo dejase pensar, claro que tenía que valer la pena. Y una semana después confirmaba que sí, que era posible, que se podía hacer, claro que era muy caro.

—Muy caro, López.

—Una o dos fotos, no necesito mucho tiempo y pueden valer bastante.

Russo, sin el más mínimo gesto, le contestó:

—*Fifty fifty*. —El periodista ni abrió la boca—. Cincuenta y cincuenta, López.

Claro que las cosas había que hacerlas bien. No iban a tener otra oportunidad, así que el policía quería una demostración de las posibilidades de venta.

—¿Posibilidades de venta? No puedo vender una posibilidad, no me van a

dar nada a cambio de nada.

—Haga el contacto, diga que tendrá imágenes de afuera pero antes que nadie. Lo suficientemente antes para que se vean llegar los móviles policiales. Como muestra, vale. Pida mil.

—Mil pesos.

—Dólares, López, mil dólares. ¡Es una primicia!

—¿Mil dólares?

—Para cada uno.

Y porque eran de afuera, que las de adentro iban a valer mucho más. Que si no podía buscaba a otro, que por menos ni soñase. Pero a esa altura López ya había abierto la mente a una fortuna inmensa. Que sí, que lo lograría. Hacerse rico era dulce, ahora solamente tenía que esperar la próxima víctima.

* * *

No hay edad ni época buena para la deshonra. Cuándo, qué día, en qué lugar y condición es aceptable el abuso, la vergüenza irremediable. La mano acaricia la mano, la mano oprime el hombro, palpa una rodilla y el muslo prieto. Palmea, distraída, como si no quisiera. La mano baja por la espalda, los dedos entre la cabellera, las uñas adulando las mejillas. La mano roza, apenas un instante, el nacimiento de los pechos que aún no han nacido, la yema de los dedos en la boca y los labios en los labios, abriéndolos, y la lengua y el aliento caliente y etílico. No hay época ni día ni noche para ser sojuzgada, para bajar al infierno, para la marca indeleble. Si desvirgar es quitar la virginidad a una doncella, cómo se llama el acto, la intrusión engañosa y violenta del pene adulto en la vagina niña. Herida la vulva, la mano aprieta la boca, sofoca el grito. No hay momento oportuno para ser así desflorada.

Después, la amenaza. "Porque vos los querés, son tus hermanitos. Te voy a demostrar con Súperman lo que puedo hacer". Y el pobre perro no amaneció vivo, y no había sido el vecino, ella sabía que no había sido. Así que calló, por los hermanitos.

Por suerte él se olvidó de ella, Dios existe, aunque sea en el olvido. Incluso, en los dos años siguientes tuvo momentos cariñosos, no de ese cariño

sino de padre, aunque él decía que no era el padre de ninguno de los tres. Algún regalo, un vestido azul con florcitas blancas, una muñeca comprada de ocasión. Pero una tarde de fin de semana se apareció con la cara transformada, ella se dio cuenta enseguida. Sacó la yerba y le dijo que fumara, que sos grande, que ya tenés doce, que ya pesás más de no recordaba cuánto y que además era una putita, que a mí no me vas a engañar, si ya andás vendiéndote, puta como tu madre. A mí no pensás cobrar me no. Reía encima de ella.

Era verdad que ya frecuentaba muchachos en la playita pero, aunque recibía pequeños favores, no podía decirse que se había vendido. No más que una salida o un poco de merca. No era venderse porque ella elegía el que le gustaba, y si le gustaba no era venderse. Como había dicho la vieja por la tele, esa actriz que todos trataban con respeto, esa que había tenido no sé cuántos tipos en su vida. Bueno, había dicho que de todos había estado enamorada. Que el amor no se medía por el tiempo, podía durar años, la vida entera o una noche. Qué más daba, igual era amor. Y yo los quise, a cada uno, en ese momento. Pero al roñoso ese, no. Que se coja a la vieja. Si a ella no le da asco, problema de ella. Así que le dijo a un pibe que tenía que sacárselo de encima. Quiero que se vaya, no quiero verlo más. Un mes solo para él, arregló, el pobre estaba enamorado. Voy a ser solo para vos.

Años después lo recordaba como la primera buena transacción, su primer gran negocio. El roñoso apareció entre las cañas, el cráneo aplastado y bichos inmundos en la boca y las orejas.

Dolores Novoa, en sus documentos Dorotea Emilia Ruiz, se había abierto camino a los golpes. Y lo hizo con la herramienta que Dios había sabido darle, que no era solo la bagatela de un cuerpo bendecido, sino el oído para escuchar las tormentas varoniles. Y saber saciadas. A ese talento Dolores supo avecinar su mejor disposición. Diez años después de la muerte de quien mal supo desbaratar su himen, hacía su entrada en la primera temporada de Lucha en la Casa.

No llegó a las últimas instancias, pero tampoco se deshicieron de ella tan rápido. Ya fuera de programa eligió otro camino que el productivo pero efímero ardid de vender notas; tampoco intentó hacer su entrada en el mundo de la revista, ya que comprendió que ese no era su arte. Dolores Novoa, en sus documentos Dorotea Emilia Ruiz, labró con dedicación e inteligencia su

carrera; fue, hasta su muerte, la más buscada y costosa de las putas del país.

Lo hizo con inteligencia; Dolores poseía una aguda comprensión de las situaciones, supo que no podía transitar el camino de la sofisticación, porque reemplazar las referencias estéticas de las que careció en sus primeros años le hubiese llevado décadas, y ella sabía que no tenía tanto tiempo.

No buscó su clientela, como hubiese hecho una persona de sagacidad vulgar e instinto prosaico, entre productores y ejecutivos del mundillo del espectáculo, sino en el ancho mundo de los negocios, de los ejecutivos extranjeros y de altos funcionarios de las embajadas.

* * *

—Lo busca un tal López.

López había llamado al Inglés, le había indicado —en voz baja y tono sugerente, como quien reconoce sobreentendidos — que tenía la manera de enterarse antes que nadie de la próxima muerte. Que podía obtener fotos, por ahora solo de afuera, pero antes que ninguno.

El Inglés le dijo a la recepcionista que le sirviese un café al tal López y le informara que estaba en una reunión.

—Y dentro de una hora lo hace pasar —terminó el Inglés, que pensaba que una buena espera amansa los ánimos lucrativos.

En efecto, una hora después López entraba en la Sala Oval: —¿Qué tal, López?, tanto tiempo.

—¿Cómo anda, Inglés?

Siempre el mismo, este López no cambia más: piloto manchado, uñas sucias, los dedos y el bigote amarillentos por el cigarrillo, el pelo graso, desesperado por un poco de champú. Pero esta vez parecía que tenía algo, será sucio y alcohólico, un pobre tipo sin un mango partido por la mitad, un argentino perdedor, pero no era un chanta; si decía que podía, podía, si decía que tenía algo, tenía algo.

—Interesante, y ¿cuánto querés?

El Inglés se echó para atrás después de escuchar la cifra.

—La vida está cara; además, una oportunidad así aparece una sola vez en

la vida —argumentó López después de explicitar el precio. Era cierto, a este la fortuna no se le iba a asomar otra vez, todo el mundo pendiente y él primero, pensó el Inglés. Hizo un gesto de aceptación y con la mirada clavada en los ojos vidriosos del periodista, le aclaró:

—Antes, ni un mango. ¿Entendés, López?

¡Aceptaba! ¡El Inglés estaba aceptando!

¡Sucedió lo que nunca, jamás, creyó que le iba a suceder! Porque en el fondo de su conciencia le rumiaba la convicción de que ese engrupido ni lo iba a escuchar.

—Pero hay una condición.

Dos, cuatro, seis segundos de silencio, se escuchaba el tictac del reloj de pared.

—Después, cuando tengas imágenes de adentro, con el cadáver a cuerpo presente, seguís conmigo.

López le extendió la mano. El Inglés observó con repugnancia los dedos percutidos de nicotina pero se la estrechó igual, hubiera sido demasiado rudo dejársela tendida.

López ya se había parado y enfilado hacia la puerta cuando se dio vuelta:

—Me olvidaba, a modo de adelanto gratuito: el próximo asesinato será el veinte.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Lorenzo López —dijo, y se fue por el pasillo alfombrado sabiendo que su vida había dado un vuelco.

Con la mirada aún en la puerta cerrada, el Inglés pensó que López no había cambiado, siempre el mismo rata, traía algo que valía una fortuna y pedía un vuelto.

En la calle, López apenas pudo contener un aullido visceral. ¡Se le había dado! Después de toda una vida iba a pasar al bando de los ganadores. Y comenzó a reír a carcajadas mientras caminaba. "Después seguís conmigo", le había dicho el Inglés, por fin tenía algo grande. Mientras cruzaba la plaza se dio cuenta de otra cosa: era la primera vez que había pronunciado su nombre sin obligación. "Como que me llamo Lorenzo López", le había contestado. Ahora no le parecía tan horrible. Lorenzo, el coronado de laureles. Y rió aún con más ganas.

* * *

"20 agüero 2492 10b".

A las siete de la mañana el cabo primero Rodríguez escuchó sonar su teléfono. El cabo estaba sentado en el trono evacuando sus intestinos, tomó el aparato y leyó: 1 mensaje nuevo.

Poco después, Russo fue al vestuario, abrió su casillero, y desde un celular a nombre de un desdichado que pasaría todavía una larga temporada a la sombra, mandó un mensaje de texto. Minutos después difundía la información: posible homicidio en Agüero 2492 10° B.

López despertó de su frágil sueño al escuchar los cortos y nerviosos bramidos del aparato, todavía preso de la confusión, tomó el celular y leyó la dirección. Salió sin desayunar, tropezándose con cuanta cosa o humano estuviera delante de él. Paró un taxi, indicó el destino, se aseguró de que llevaba todo lo necesario, exigió premura al conductor e hizo una llamada. Sin mediar saludo, dijo:

—Habla López. Llámelo al Inglés, dígame que sucedió.

Llegó antes de las ocho de la mañana. La dirección correspondía a un edificio antiguo, amplia puerta de dos hojas de lustrosa madera clara, balcones con plantas y algún ficus, sin una sola bicicleta ni ropa colgada. Estaba en el centro neurálgico del país agropecuario; una cuadra hacia el sur, la avenida Las Heras, una cuadra hacia el norte, Libertador, y a sus espaldas el majestuoso edificio de la Biblioteca Nacional.

Creyó conveniente no ser visto, así que esperó agazapado debajo de la rampa de acceso a la Biblioteca. Fue una larga media hora, el frío y la humedad calándole los huesos, tenía las piernas adormecidas, las rodillas lastimadas y la cintura presa de agudas puntadas. Habían pasado tres amantes de la vida sana trotando y cinco mañaneros paseando a sus perros —uno de los cuales casi lo había meado—, cuando llegó un auto gris que frenó bruscamente frente a la puerta de madera de dos hojas, a escasos diez metros de donde estaba. Segundos después arribaron otros tres autos que cerraron la calle y por último, dos móviles policiales.

A las diez de la mañana el canal del Inglés interrumpió la programación habitual, un locutor de mirada fervorosa y tono de catástrofe dijo que había ocurrido nuevamente.

—Estamos en condiciones de informar que en este mismo momento se desarrolla un importante operativo policial en Barrio Norte. Iba a decir en Agüero y Las Heras cuando escuchó por su audífono el grito del Inglés.

—En breve seguiremos informando.

El director no lo esperaba pero, hábil para administrar sobresaltos, hizo correr la tanda de avisos. El Inglés le palmeó el hombro y le dijo que volviese después del tercero, se acercó al talkback y preguntó:

—¿Dónde está Ambrosio?

Y sin esperar la respuesta ordenó que el locutor presentara el video. Cinco segundos antes de que terminara el anuncio del mágico jabón para lavarropas automáticos, el viejo Ambrosio llegaba al canal. Medio minuto después de terminada la publicidad, el locutor redondeaba su esquemático introito y el director de cámaras hacía correr el casete. Era una única y larga toma de calidad casera, que daba cuenta de un edificio de departamentos. Se veía un automóvil gris y la llegada de otros autos. La toma seguía hasta que un móvil policial estacionó de manera que ocupaba toda la pantalla. Entonces López había salido de su escondite sin apretar "stop", se veían sus pies y el césped, después unos escalones y unas baldosas que no eran otras que las de la rampa de la Biblioteca. Mientras López subía, aparecían sucesivamente sobreimpresas las leyendas:

NUEVO ASESINATO

HACE INSTANTES: HORROR EN BARRIO NORTE

En el margen superior derecho podía leerse "imágenes sin editar".

Cuando López llegó al final de la rampa, volvió a dirigir la lente hacia el edificio. "Es perfecto —exclamó el Inglés—. No sabía que López podía hacer

algo así". Era un plano abierto, se veían todos los vehículos y una decena de personas que se movían afiebradamente. También se advertía que un individuo miraba a cámara, que se acercaba a alguien y que una tercera persona cruzaba la calle y subía por la rampa en dirección al camarógrafo. Cuando estaba a mitad de camino, la imagen se cortó.

Recién llegado, el cabo primero Jorge Rodríguez vio a un tipo parado en la vereda; la actitud le pareció rara, pero Russo le dijo que se apurara, que tenían que entrar y, efectivamente, se aprestó a sacar los elementos del baúl del auto.

Mientras le preguntaban al portero quién vivía en el 10° B y si el edificio tenía alguna salida por la calle trasera, el cabo Rodríguez volvió a observar al individuo, que ahora subía por la rampa de enfrente, y se dio cuenta de que entre sus ropas ocultaba algo.

Rodríguez se acercó al comisario Bermúdez:

—Señor, creo que alguien...

Pero no consiguió llamar la atención de su superior. Volvió a mirar al individuo que ya estaba donde terminaba la rampa. Ahora podía ver claramente que tenía una pequeña filmadora. Confirmado el dato, volvió su mirada al comisario mientras este ultimaba los detalles del procedimiento.

Cuatro hombres irían por la escalera y avisarían cuando estuviesen en posición —organizaba el comisario Bermúdez—, entonces él y el fiscal subirían por uno de los ascensores.

El primer impulso de Rodríguez fue insistir: había una persona filmando, pero justo entonces intervino Russo, le dijo que iba a ver qué estaba haciendo ese tipo y que por las dudas no levantase la perdiz delante del fiscal. Rodríguez se quedó de una pieza, no había que darle a ese fiscal de mierda el mínimo motivo de queja, menos a segundos de realizarse el operativo.

Pero en ese momento se le pasó por la cabeza que podía ser el mismo homicida. Había leído que a algunos de estos asesinos seriales les gustaba filmar sus crímenes, incluidos los procedimientos policiales. Así que quizás fuera mejor interrumpir la conversación que en ese momento sostenía el comisario con el fiscal. Levantó su mano derecha, el dedo índice estirado y la respiración contenida; una fracción de segundo después su boca diría que había una persona enfrente que estaba con una filmadora, cuando se apersonó

en el lugar el mismísimo juez.

—Doctor, estamos listos para el procedimiento —le informó a usía el comisario Bermúdez, que por un instante distrajo su mirada en el cabo Rodríguez, con su dedo índice de la mano derecha levantado, a punto de decir algo.

El cabo interpretó esa breve mirada del comisario de la única manera que podía interpretarla, como una recriminación: ¿Qué anda haciendo Rodríguez?, este no es lugar para un cabo. Así que dio un paso para atrás y casi en cámara lenta giró sobre sí mismo. Justo para observar que Russo bajaba por la rampa y que el tipo había desaparecido.

* * *

Cuando terminaron las imágenes con el gran plano general desde el final de la rampa, la cámara volvió al locutor que, mientras hablaba, observó con el rabillo del ojo que a su derecha era sentado de urgencia el viejo Ambrosio. Mientras el microfonista aprontaba el corbatero inalámbrico en la solapa de Ambrosio, el locutor habló sobre lo terrible de la situación, de que había un loco suelto, de las autoridades y del hombre común, ese pobre ciudadano que no sabía qué hacer ni cómo defenderse. Pero no hay mal que dure cien años y su suplicio llegó a su fin; un minuto después de reproducidas las imágenes, el locutor pudo por fin respirar tranquilo.

Ambrosio se tomó unos segundos. Demasiados segundos para el locutor, que creyó necesario intervenir con una pregunta:

—¿A usted qué le parece?

Ambrosio sonrió.

—Hablá, por Dios —soltó a nadie el director de cámaras, al borde de un ataque de nervios.

—¡Vamos! —exclamó, atacada, una de las productoras. El Inglés permanecía sin abrir la boca.

—El gobierno no sabe o no quiere decir la verdad —dijo por fin Ambrosio—, no eran seis y este no es el séptimo asesinato. Los funcionarios que off the record opinaban que podían ser algunos más, nueve, a lo sumo diez,

tampoco sabían, o quizás prefirieron callar la verdad. Algunos informantes de los medios especularon que podrían llegar a catorce, a quince, a dieciséis.

Ambrosio miró al locutor e hizo silencio.

—¡Dios! —gritó el director de cámaras.

—No lo puedo creer —creyó desvanecerse la productora.

—Es un genio —dijo con admiración y una sonrisa ladina en sus labios el Inglés.

—Este asesinato, colega, es el vigésimo —afirmó por fin, contundente, el viejo Ambrosio.

2

Esta vez el asesino se tomó su tiempo, fueron tres largos meses durante los cuales López no pudo con su inquietud. La primera semana era de esperar, la segunda normal, al terminar la tercera le echó la culpa a la ansiedad, pero al mes creció su preocupación y, cuando se cumplieron los dos meses, estalló en desesperación.

Lorenzo, el coronado de laureles las pelotas, se escupió frente al espejo. ¡No vas a salir de perdedor!

Cerró los ojos preso de la ira y al volver a abrirlos observó el reflejo de su mirada. Un pobre diablo sin suerte, pensó, y la cruel censura devino piedad: ¡lo único que necesito es un asesinato! Ya se cargó a veinte, ¿va a parar justo ahora?

Sí, soy un hijo de puta, ¿y qué?, se preguntó.

A los setenta y cinco días del homicidio de la calle Agüero, su humor se volvió tan taciturno como agresivo. ¡Y qué!

Quiero que mate a otro. ¡Quiero que lo mate ya!

Cuando la espera ya llevaba tres meses, López vio bajar otra dorada revelación de las alturas.

LO OCULTO TE INDICARÁ EL CAMINO.

Rezaba la consigna. López no entendió, si hasta sus revelaciones se habían

vuelto herméticas.

Quiso la casualidad, sumada a su conciencia atenta, que ese mismo día viese en una librería de viejo un libro de tapas amarillas. El librero se deshizo en elogios, que la traducción era de Helen Jacoby de Hoffmann, quien a su vez había trabajado con la versión alemana de Wilhelm.

—Bien —le contestó López, por decir algo, mientras leía en la portada que, en efecto, figuraba tanto la Helen como el tal Wilhelm.

Cuando salió de la librería decidió tomar un café. Tenía el libro en su mano izquierda al atravesar la puerta del bar de Callao y Lavalle, caminó hacia una mesa cuadrada del fondo, le pidió un cargado al mozo y lo abrió.

Hay quienes inician la lectura de un libro por su tapa y se demoran en la solapa; hay quienes buscan la página donde se refugia el título sin que esta nada nuevo les informe; están los que, afanosos, examinan con inquietud el índice. Existen quienes comienzan a leer un libro desde su contratapa y aquellos que, como López, los abren en cualquier parte. López abrió el *I Ching* por completo azar en la página 181.

El *I Ching* es el Libro de las Mutaciones; durante siglos, en los confines orientales del mundo, los hombres le preguntaron sobre el futuro, el suyo, el de su progenie, el de su nación. Pero también durante ese tiempo hubo almas nobles que lo usaron sin que mediara demanda alguna con lo incógnito, para ellas encerraba el elixir imponderable de la sabiduría. No era el caso de López, que lo había adquirido tan solo por sus dotes oraculares, para que el vulgar y arbitrario azar de las monedas lo salvara de su presente confusión. Él todo ignoraba de sus enigmáticos hexagramas.

El libro permaneció abierto en la página que la fatalidad quiso, la 181, sin que López leyera ninguna de sus palabras, ni reparara en las seis líneas del hexagrama 23, ya que, después de abrirlo, permaneció por largos minutos con la vista y la mente perdidas, la primera en el paisaje urbano que dejaba ver la ventana, la segunda en devaneos neblinosos.

"Lo oculto te indicará el camino".

Miraba la nada por la ventana cuando razonó que abrir el *I Ching* al azar, en una página cualquiera, bien podría valer como tirar las tres monedas. Era igualmente azar si de azar se trataba. Y si no era azar, si arrojar las monedas servía como ceremonia, un rito que reclama los favores de la sacerdotisa del

oráculo (una pitonisa de ojos orientales y boca intensamente roja, imaginó), si así fuese, quizás al Apolo chino le gustara esta nueva ceremonia de café y mirada perdida, y ese abrir el libro sin ver y pedirle su ayuda, como ahora mismo lo estaba haciendo.

Bajó la vista. A un palmo de sus ojos leyó:

"23. Bo, La Disgregación (Hacerse Astillas).



"Arriba: Guen, Permanecer Quieto. La Montaña.

"Abajo: Kun, Lo Receptivo. La Tierra

"Las líneas oscuras están a punto de subir aún más hasta llegar a derribar la última fuerte y luminosa, sobre la cual las débiles ejercen una influencia desintegradora. Las fuerzas interiores, oscuras, luchan contra las superiores, fuertes, no en forma directa, sino socavándolas gradual e imperceptiblemente hasta producir por último su colapso.

"Las líneas del hexagrama representan la Imagen de una casa. La línea superior es el techo. Al romperse el techo, también se rompe, se desploma, la casa. El hexagrama pertenece al noveno mes (octubre— noviembre). La fuerza Yin se aproxima de manera cada vez más poderosa y está a punto de desplazar totalmente a la fuerza Yang".

Y más abajo:

"Es un tiempo en que los seres inferiores empujan hacia adelante, desplazando a los últimos hombres fuertes y superiores. En estas circunstancias debidas al tiempo, no es favorable que el Hombre Superior emprenda algo. El trigramas inferior alude a la Tierra, cuyo atributo es la docilidad y la entrega. El trigramas superior simboliza la Montaña, cuyo

atributo es la quietud. Esto nos sugiere que debemos acomodarnos a los tiempos adversos y mantenemos quietos. El hombre se somete y evita la acción. No debe ser considerado cobarde, sino más bien sabio".

Siguió leyendo, apurado.

"Seis al principio significa: La pata del catre está destrozada. Los perseverantes son destruidos. ¡Mala fortuna! (Seres inferiores se están acercando. Empiezan clandestinamente con su destructor trabajo de zapa, para minar así el lugar donde descansa el Hombre Superior. Los partidarios que le permanecían fieles al soberano son destruidos con toda clase de difamaciones e intrigas. La situación es funesta, no hay más que esperar).

"Seis en el segundo lugar significa: El borde del catre se astilla. Los perseverantes son destruidos. ¡Mala fortuna! (El poder de los hombres inferiores va en aumento... El peligro se acerca a la propia persona; hay indicios claros de esto. La paz se halla amenazada. En esta situación de peligro, el hombre además está sin ayuda y acogida, ni de arriba ni de abajo. En su aislamiento requiere ser sumamente cauteloso. Debe adaptarse al momento, tratando de evitar a su debido tiempo el peligro. Si insiste obstinadamente en sus propios puntos de vista, solo conseguirá desgracia).

"Seis en el tercer lugar significa ...".

López cerró el libro, ¿qué debía buscar?

(Hablar con el Inglés, pedirle un programa. Conductor, eso sería pasar al frente).

"Un tiempo en que los seres inferiores empujan hacia adelante...".

Buscó la página:

"... desplazando a los últimos hombres fuertes y superiores". Intuyó un mundo. ¿Él qué era, inferior o superior?

"En estas circunstancias debidas al tiempo, no es favorable que el Hombre Superior emprenda algo".

(Un programa, además de lo de Russo).

"No debe ser considerado cobarde, sino más bien sabio". "No es favorable que el Hombre Superior emprenda algo".

Tiempo de seres inferiores desplazando a los hombres superiores.

La mente de López trabajaba afiebrada. Debo actuar como un Hombre Superior y esperar, quieto, aletargado, casi sin respirar. Leyó nuevamente: "No

es favorable que el Hombre Superior emprenda algo". Que el tiempo fluya, sin incidir, sin cambiar el rumbo de los acontecimientos: solo espera y preparación de planes, como una tregua en la guerra, velar las armas antes de la batalla final. Los acontecimientos sucederán porque tienen que suceder, vendrán a mí. Solo queda esperar.

Entonces sonó su celular:

—López, no tiene más de unos minutos. Thames 2—3—9—0, llegamos a las tres.

* * *

Mientras anotaba el número, por la mente de López pasaba un cosmos. La sonrisa burlona de Miriam, que no era caféina lo que necesitaba, y la madre afirmando que el short no se confundía nada, y aquella mujer joven a quien le entregó el recado transformada en Marilyn Monroe.

—Inglés, está pasando.

La amaba. La amaba porque a él algo le fallaba. Porque Miriam, en el fondo, era una hija de puta. No por dejarlo; que si fuese mujer, si yo fuese mujer, también me dejaría. Es una hija de puta porque sabe cómo hacerme sangrar, porque conoce mi vergüenza y no me cura. También amaba a Marilyn, no la voluptuosa, la estrella, sino la de sus primeras fotos juveniles, la dulce, muy niña pequeña y muy mujer al mismo tiempo, no una mujer fatal, sino de las que paren hijos y son incondicionales de su hombre.

—Voy a entrar y voy a filmar, está arreglado, vamos a tener el cuerpo y la escena del crimen. Quería hablar de las condiciones.

Pero, aunque fuese ridículo, lo que más amaba de Marilyn era esa mirada de sus mejores años, hubiese dado todo por ser devorado por unos ojos así, llenos de vida, o ser besado por una boca como esa, con frescura de jazmines, tan joven que no podía mentir.

—Un programa, Inglés. Conducir un programa.

(Pasar al frente).

—No es momento, López, concéntrese en conseguir las mejores imágenes, de lo otro ya veremos. Y cortó.

El muy jodido cortó.

* * *

"El glamour de una estrella en tu vida cotidiana". Rubia, un metro setenta de altura, supo escandalizar cuando fue reconocida por un fotógrafo, salía de un edificio de lujo donde, aseguraron, había pasado una entretenida velada en compañía de cuatro jugadores de fútbol.

Cuando le preguntaron qué habían hecho, ella contestó que no estudiaron filosofía, y después miró a cámara, sonriente, haciendo un apenas perceptible guiño de su ojo izquierdo. El título de la nota fue: "De Aristóteles, nada".

Stella Maris Corsi, más conocida como Ángela Durán, comenzó su exitosa cadena de escándalos sexuales los primeros días de su intervención en un programa de entretenimientos. Después siguieron los conocidos encuentros con deportistas, incluida una joven tenista brasileña, hasta que se convirtió en conductora de un programa de horario marginal que combinaba horóscopos, chimentos de farándula y consejos para una vida sana.

La última batahola fue la única que no buscó. Había aparecido en un spot publicitario de una línea de ropa femenina, "el glamour de una estrella en tu vida cotidiana" se leía en un título sobrepreso, ni siquiera en ropa interior, sino enfundada en un tapado oscuro que le llegaba hasta la media pierna y rodeada de nieve. El creativo le había asegurado al dueño de la marca Altare que la combinación de la fama que arrastraba la Durán y el recato que exhibiría en el corto darían al producto un ventajoso aliento de pecado permitido.

—¿Pecado permitido? —había preguntado el dueño.

—Sí, el que se puede cometer y seguir yendo a misa.

El dueño estuvo de acuerdo. La que puso el grito en el cielo, la que dijo que esa yegua, a quien no hesitó en llamar puta de Riachuelo, no podía publicitar la empresa familiar fue su esposa y eterna prestamista. La señora apareció en varios medios asegurando que su padre,

hacedor de una inmensa fortuna gracias a la explotación de la caña de azúcar, por suerte ya no vivía para ver ese triste espectáculo.

—Él jamás lo hubiera permitido. Y yo tampoco —terminó furiosa.

* * *

Los pies estaban contraídos como en puntas de pie. La gota no se había percibido hasta que se desprendió, después hubo un brusco movimiento hacia abajo y la huida final.

El Inglés se sentó, sorprendido por esa fuerza inesperada, no sabía, ni siquiera había sospechado que López fuera capaz de tanto.

Lorenzo López conoció a Stella Maris Corsi, más conocida como Ángela Durán, al mes de la que debía ser su actuación menos provocativa. En esa oportunidad su cuerpo estaba colgando del cielorraso y sus pequeños pies mostraban el corte prolijo de sus dedos más pequeños.

El cabo Russo le había dicho que demoraba la información, pero no podía contar con eso. Cuando López llegó al edificio de la calle Thames a la altura del 2390, hacía escasos minutos que habían llegado los policías. Nadie, salvo Russo, se le acercó a preguntarle quién era ni qué hacía. Grabó imágenes mientras fingía una conversación telefónica, el Inglés lo había provisto de un aparato de última tecnología.

A López le sorprendió lo aséptico del lugar. La pobre chica colgaba de un techo alto, tenía en el rostro una mueca de espanto y los ojos abiertos, inmóviles y grises, como un cuadro de Modigliani. Los brazos colgando a los costados del tronco le daban un aspecto desvalido, como si en los últimos segundos de vida hubiese abandonado toda resistencia. Estaba vestida con un suéter negro y una cortísima pollera verde, la piel blanca, las piernas sin medias. A López le llamaron la atención sus pies pequeños, como los de Marilyn en una fotografía en la que aparecía desnuda sobre un telón rojo. O aquella otra en blanco y negro donde estaba acostada sobre una cama, el cuerpo de perfil y el rostro de frente, semioculto por la copa de vino. La había visto centenares de veces: uno de sus pies resolvía la línea perfecta de su pierna derecha.

Así que se sintió atraído por los pies de la chica. No fue un impulso sexual, indecoroso dadas las circunstancias, sino tan solo una curiosidad

visual. Él no lo sabía, pero la belleza es un comercio escaso entre la forma y el movimiento. Los pies de Stella Maris, contraídos como en puntas de pie, y los de Marilyn, posando desnuda ante la cámara, se parecían en esa síntesis apretada.

Lo impensado fue la gota de sangre. Lo había esperado por horas y él no la había visto hasta que cayó. Fue recién después de que su mente pudiera adjudicar sentido a lo que sus ojos informaban (acaba de caer una gota roja, una gota de la sangre de un cuerpo ya sin vida, de un cadáver) que logró reaccionar. Giró la lente hacia abajo: un balde amarillo con un líquido rojo.

López sintió el acceso repentino del asco y se retiró del lugar. Lo hizo sin apagar la cámara de su celular, los uniformados, el pasillo, la puerta, por fin la calle.

—¡Es extraordinario! La cámara huyendo del horror —exclamó el Inglés—. Este López había sido un genio.

* * *

El cuerpo colgado, los pequeños pies, la gota de sangre, el balde y el posterior abandono de la escena del crimen fueron vistos por primera vez a las cuatro y media de la tarde por la pantalla del canal del Inglés. La grabación, que duraba tres minutos y treinta y siete segundos, fue repetida una docena de veces hasta poco antes de la medianoche, cuando un funcionario judicial, acompañado de una numerosa comisión policial, secuestró el material e impuso al Inglés sobre la decisión del juez Doureaux.

A partir de entonces, el canal colocó en el aire tres placas. La primera informaba que, por orden del juez Wenceslao Doureaux, no podían mostrarse las imágenes sobre el asesinato de Ángela Durán. La segunda aclaraba que el juez Doureaux no protegía investigación alguna, ya que no era quien tenía a cargo el caso del asesino serial. La tercera placa revelaba que el juez había cercenado de esta manera la libertad de información. No lo decía el canal del Inglés, pero el rumor aseveraba que el magistrado de nombre checo y apellido francés había cedido a la presión del Ejecutivo.

Hacia el mediodía del día siguiente, un asesor del ministro del Interior

hizo su entrada en las oficinas del Inglés. Que debía decirle quién le había dado el material y que tenía que sacar esas placas del aire, que con un asesino serial en la calle no podía jugar al periodismo de investigación. Casi media hora hablándole de los trastornos psíquicos de esta clase de asesinos y de que el verdadero peligro era el contagio.

—Apelo a su responsabilidad —dijo en un ruego—, el país está en peligro.

El hombre parecía estar muy convencido de lo que decía:

—No me importa, créame que no me importa la suerte de este gobierno, ni de este ni de otro, lo que está en juego es la Nación y la salud moral de la población.

El Inglés le contestó que lo entendía, y que lo iba a pensar. —Pero ¿qué tiene que pensar?

—Si para cuidar la salud moral de la población es necesario suspender la libertad de prensa. —Después dijo algo sobre una consulta a la cámara, a un abogado y a su almohada.

Enterado de los detalles de la entrevista, al ministro se le pasó por un segundo la imagen del Inglés colgando de una horca.

—Es un hijo de puta —exclamó, y después le preguntó a su asesor qué pensaba que había que hacer.

—Me temo que solo una cosa.

—¿Qué?

—Encontrar al asesino.

Esa noche, mientras trataba inútilmente de conciliar el sueño, el ministro se dijo que con asesores así estaba perdido.

* * *

La voz es el gran hallazgo de la criatura humana, una de las pocas cosas de las que puede estar satisfecha. Nada fácil le fue lograr articular la boca y sus órganos, la posición de la lengua, el maxilar inferior, los labios, dominar las cuerdas hundidas en el fondo de su garganta, controlar la exhalación del aire, utilizar a conveniencia la fuerza del diafragma.

Sin embargo, el hombre ha olvidado este logro impar, ha dejado de reconocer que por él sus dominios son suyos. Por alguna razón olvidó su prodigio y le reclamó a Dios haberlo creado ya poseedor de voz; así, en un acto de generosidad rarísimo en él, ha entregado su mayor logro al Señor proclamando que lo primero fue el verbo. No la voluntad, el deseo ni el pensamiento, sino el verbo. La palabra, que no es sonido gutural. El Dios que su imaginación ha creado fue, desde entonces, el dueño del verbo.

Con el correr de las eras, llegó el momento en que deseó guardar la voz como había aprendido a hacerla con los granos, y concibió un código. Tal código es un genio de poderes extremos que, a diferencia de su inventor, no necesita gritar su imperio. La palabra escrita es la voz sin sonido. Sin boca, ni dientes, ni lengua, ni cuerdas, ni diafragma, sin aire. La palabra escrita solo necesita algo de grafito. La palabra escrita es solo espíritu.

Y lo único que reclama es tiempo.

La escritura y el tiempo pueden transformar una mentira en verdad, un mito en cosa real y una verdad en axioma. Jesús se habría hundido en el olvido sin los Evangelios. Más aún: jamás habría existido.

El dicho popular y el sentido común dicen que una imagen vale por mil palabras. Un verdadero desacierto; el sentido común está lleno de ellos. Una imagen es un artilugio interpretable por los sentidos, es decir, por lo más animal y frágil de nuestra condición. Para nuestros sentidos la Tierra es plana y el Sol y la Luna nunca han dejado de girar en torno de la Tierra, o acaso no es eso lo que ven nuestros ojos. Una imagen no dice nada, por eso los editores de periódicos la acompañan con un epígrafe.

La fuerza de la imagen proviene de su condición material. Pero, cuando es dominada, asida con fuerza, cuando el espíritu del hombre la crea tan perfecta que parece espontánea, cuando ese ardid sucede, se transforma en arte. Admitámoslo, en un arte maravilloso. Durante siglos hemos venerado a quienes así han logrado convocarla, y llamado a las artes que la tienen como designio Bellas Artes. Trascender con ella su condición animal hace al hombre digno de Dios.

Eso es en manos de los artistas. Y si bien todos los humanos, aun los más burdos, son artistas en algún momento, lo que abunda en la viña del Señor es la imagen desencantada. Por cada óleo y cada mármol que han posado su

mirada más allá de lo que muestran, por cada imagen que logra penetrar su apariencia, se extiende un ejército imperdonable de grosería y el fausto imperio de la repetición. (Fausto por exterior y descarozado. También por feliz).

* * *

Ultrajado, así se sentía. ¿A qué venía esa grosería? No lo ofendían las crónicas morbosas ni los títulos insultantes. Trastornado, demente, desquiciado, maniático, alienado, psicópata, perturbado, insano, delirante, neurótico y enajenado, eran palabras que no le molestaban en lo más mínimo. Tampoco la menos usada "orate" ni el vulgar "loco". No lo rozaban, no podían hacerlo, los epítetos agrios. Le satisfacía ser un perro rabioso o un sanguinario vampiro. Sabía dulce tanto odio. Además, estaba seguro de que con el tiempo las palabras, esas y las más aquietadas, los gritos y los discursos de los doctores, tan llenos de subordinadas y amaneramientos, todos, incluso las abjuraciones religiosas, las oficiales y las sectarias, todas las palabras, edificarían la historia para la que estaba predestinado.

Pero lo que durante horas se había permitido la televisión —el cuerpo gris, el rigor mortis instalado en esos pies, las uñas verdosas— resultaba soez. Insolente. Salvo la gota de sangre, salvo lo que pudieron capturar por azar.

Debía hacer algo.

* * *

Como el cabo Russo había previsto, se armó un revuelo de todos los diablos. Tal como había conjeturado, tuvo que presentarse ante su cuñado, el comisario Bermúdez, en presencia del inspector. "Señor, que no le dije nada a nadie, yo solo distribuí la información según lo que me ordenaron".

—¿Y cómo se enteró el canal?

Russo abrió los brazos.

—Cómo puedo saberlo, señor. Además de nosotros, están todos los

servicios.

El comisario le dijo que se fuera, Russo hizo la venia y se dio vuelta hacia la puerta de la oficina; fue entonces que escuchó la voz del inspector:

—Sabemos que fue usted.

Russo demoró un eterno segundo, después extendió su mano hacia el picaporte para abrir la puerta, como si la frase no hubiese sido pronunciada.

—Es inútil negarlo, cabo.

Russo quedó de una pieza frente a la puerta entreabierta.

—La próxima vez no demore la información.

El cabo se dio vuelta.

—Yo, señor...

—Deja huellas.

"Señor, yo... yo no, con todo respeto". Hasta que el inspector hizo un gesto, la boca fruncida y las comisuras de los labios hacia abajo, y Russo entendió que debía callarse, que estaba perdido.

—Puede irse —le dijo el inspector, con un gesto de su mano derecha y el cansancio colgado de los ojos.

¡Si fueron menos de cinco minutos! ¡Con qué necesidad! Un pelotudo, soy un pelotudo. Es cierto, dejé mis huellas. ¡Lo negaré!, que fui al baño y cuando llegué ya estaba el mensaje. Por eso la demora, porque fui a cagar. Ya sé, señor, que no debía ir al baño, lo siento, no pasará otra vez.

Mientras ensayaba disculpas, Russo esperó lo peor durante toda la tarde. Pero hacia la noche aún no había pasado nada, ni su cuñado el comisario, ni el inspector se habían comunicado. Como ese día tenía guardia especial, recién salió a las tres de la mañana; caminó hacia Personal rogando no encontrarse con nadie, con los pasillos vacíos era imposible mirar para otra parte. Cuatro minutos pasadas las tres salió del Departamento hacia su vehículo, pero antes de llegar escuchó que alguien lo llamaba.

—Cabo.

Si era alguien de los que trabajaban con el inspector estaba perdido. Se vio detenido y esposado. Quizás le propondrían que renunciara para que la filtración no se hiciera pública. Su actitud mancha la Repartición, le gritaría el inspector —sintió un vahído—. Negociaré, se dijo. Se habían dado cuenta demasiado rápido, mierda, para qué había...

—¡Cabo Russo!

Se dio vuelta, por suerte era el pibe de Personal, respiró aliviado. El muchacho, agente Bordón o algo así, venía corriendo; cuando llegó le entregó un sobre.

—Es del inspector para usted —le dijo.

* * *

También a las tres de la mañana, en el instante en que Russo recibía el sobre del inspector, el teléfono sonó en la casa del cabo primero Jorge Rodríguez. Como pudo se paró y caminó, tambaleante, los escasos pasos que lo separaban del aparato. Todavía apresado por un sueño extraño —del que recordaba un camino de cornisa y un grito estremecedor—, levantó el auricular con la mirada puesta en el redondo reloj que colgaba de la pared. Cuando cortó, después de haber afirmado ya no recordaba qué, una corriente eléctrica recorrió cada uno de los nervios de su cuerpo, y sus noventa y cinco kilos temblaban sin control alguno, ajenos por completo a su voluntad, incluso a su registro, mientras su mirada permanecía anclada en las manecillas del reloj.

Su mujer se despertó sobresaltada y lo vio con la boca abierta. Pese a su empeño, el cabo primero Rodríguez tardó aún varios minutos en reponerse y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que no tenía ninguna manera operativa de comunicarse con sus superiores. Marcó el número del conmutador del Departamento, pero cortó; era inútil, a esa hora no estaban los que debían enterarse.

Se vistió y le dijo a la Victoria que iba al Departamento. Sabía que no encontraría a nadie, pero algo tenía que hacer.

En el tren, mientras miraba por la ventana, se representó la conversación con el comisario Bermúdez: Yo no fui el que pasó información, le diría. El comisario tenía que creerle, cómo iba a pensar que era él. Se lo dijo una y otra vez: tiene que creerme, cómo no va a creer en mí. Y cada vez que se lo decía, menos convencido quedaba.

Cuando llegó a Constitución entró en un bar. Un café con leche con tres medialunas de manteca, caliente, que el café esté caliente, voy al baño,

Carlitos, dejámelo en esa mesa. Estaba parado frente al mingitorio cuando se representó al inspector. A los gritos le decía que era la vergüenza de la Repartición y le prometía un escarmiento sin igual. Cuando se sentó a la mesa, delante del café con leche humeante, de las tres medialunas de manteca y de un dudoso vasito de jugo con naranja, estaba completamente mojado por la transpiración.

Alguien había vendido información. El asesino pensaba que había sido él, tenía que informar a sus superiores de la llamada, quizás necesitaba protección, el problema era que sus superiores bien podían pensar igual que ese desquiciado.

Eran las cuatro y media de la mañana, dio un largo sorbo, el café con leche pasó caliente por su garganta. En cuatro minutos no quedó del servicio más que unas pocas migajas y el vasito con jugo de naranja. Con el estómago asentado su ánimo obtuvo una notable mejora. Le pareció que había convencido al asesino de que él no había sido. Había leído en alguna parte que ese tipo de chiflados saben muy bien cuándo les mienten y cuándo les dicen la verdad. Y yo le dije la verdad. Ayúdame Virgencita, ayúdame Virgencita, ayúdame Virgencita. Pero le pareció poco y repitió tres padrenuestros y se hizo la señal de la cruz tres veces en cada uno de ellos. Así que lo mejor era no decirle nada al comisario, así no dudaba el muy hijo de puta.

A las cinco de la mañana, ya convencido de lo que debía hacer, o mejor, de lo que no debía hacer, y faltándole todavía dos horas para entrar al Departamento, se pidió otro café con leche con otras tres medialunas.

* * *

—Es del inspector para usted —le había dicho el agente Bordón, o como se llamase.

Le dio las gracias y sin más entró al auto. Le temblaban las manos. Abrió el sobre, sacó la hoja y leyó: "Véame a las ocho en punto". El corazón parecía querer salirse del pecho.

Cinco minutos antes de las siete de la mañana, los cabos Rodríguez y Russo se encontraron en la Oficina de Personal en el momento de marcar sus

entradas. Se saludaron, se preguntaron cómo estaban y ambos, pese a la visible angustia que colgaba de sus rostros, se contestaron que bien.

Rodríguez no tuvo otras novedades del asesino ese día, tampoco durante las jornadas venideras, de manera que terminó convencido de que, en efecto, el loco sabía distinguir entre quienes le mentían y quienes no. Para mantener su precaria tranquilidad y ahuyentar imaginarios peligros, el cabo ofreció todos los días a la Virgen treinta y tres padrenuestros cada uno acompañado con tres señales de la cruz, lo que resultaba en noventa y nueve persignaciones diarias.

El cabo Russo fue a la oficina del inspector puntualmente a las ocho, allí esperó durante una hora y media su llegada. Ya dentro del despacho, el funcionario, sin ofrecerle asiento ni formularle saludo, le dijo que, sin comunicar nada a nadie, siguiese negociando con quien lo estaba haciendo.

Russo supuso que era una trampa para que confesara su delito y estuvo a punto de perder la vertical.

—Señor, yo no estoy ...

—No se haga el gil conmigo, Russo. Ya le dije que sé que fue usted.

Russo permaneció de una pieza.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre un joven suboficial y un inspector con experiencia? —No, señor.

—Que usted es demasiado evidente. Sé que fue usted por un simple cotejo de horarios. Dejó las huellas digitales, Russo. Está perdido.

Tiene cosas raras la mente humana; al escuchar de boca del inspector que estaba perdido, el cabo se tranquilizó, y la incertidumbre mutó en la certeza de que, finalmente, la suerte lo había abandonado, por lo que ya no tenía nada más que perder.

—Usted es un burro, Russo —el inspector hizo un prolongado silencio—, un verdadero asno ...

Dilató los segundos y ensayó una sonrisa apenas perceptible. —Pero con suerte, Russo, un burro con suerte.

El cabo levantó la vista.

—Puede ser que esto moleste al asesino, puede ser que se ponga nervioso, y si se pone nervioso es posible que cometa errores. Russo permaneció sin decir palabra.

—No le diga nada a nadie, ¿entendió?

—...

—¿Entendió, Russo?

—Sí, señor.

—Y siga vendiendo la información. ¿Entendió?

—Sí, señor.

—A propósito, ¿con quién negocia?

Russo tardó en contestar.

—Con un periodista, Lorenzo López. Lo hice entrar, grabó imágenes con su celular .. Él tiene el contacto con el canal.

—¿Lorenzo López?, no lo conozco. Que todo siga igual. A propósito, ¿cuánto le da?

* * *

Mientras esto sucedía, el asesino estaba convencido de que el suboficial a quien anoticiaba, y a quien había despertado a las tres de la mañana, era del todo inocente de lucrar con la información. La razón era tan simple como infalible: no es posible mentir acertadamente cuando se es arrebatado de las profundidades de un sueño. Así que tramó un plan para llegar a quien quería llegar; era simple, como todos los planes que ofrecen resultados.

3

Yamila Laura Lucía Etelvina Morán, más conocida como Lulu Morán, había nacido en las afueras sureñas de Buenos Aires un patrio 9 de Julio. Lulu fue considerada la reina del tropipop argentino, un género en el que se fusionaban, como en el caso de su mentor colombiano, los ritmos tropicales y el vallenato, pero aquí en sus módicas versiones meridionales.

Lulu Morán se inició en el mundo del espectáculo de extramuros apenas cumplidos sus quince años. Lo hizo como corista de una banda que abundaba en ropas coloridas y gastaba buena parte de los reducidos ingresos en enjuagues y baños de crema para las cabelleras de sus dos cantantes masculinos.

Siendo la única del grupo que podía sostener por más de dos segundos un do, y habiendo bien tasado el promotor de la banda, Félix La Blanca, su cuerpo pequeño pero proporcionado, pronto se le abrieron a Lulu las puertas del éxito. La Blanca resolvió sustraerla de su grupo original y armarle una banda de músicos más maduros, carentes de afeites y amaneramientos, y que, con indiscutible gusto pecuniario, no interferirían con su nueva estrella.

Al año de frecuentar los más variados escenarios, el promotor sacó el primer disco de su protegida. Lulu Morán, se llamaba, y lo decía con grandes letras desde las que parecían florecer estrellas. Más abajo aclaraba: "La nueva movida del tropipop" .

La facilidad angelical con la que Lulu practicaba su dulce sonrisa de dientes blancos, más sus gestos engañosamente alusivos, la punta de la lengua apenas insinuada entre sus labios finos y brillantes, sumados a un excelente trasero y a los oficios de un cirujano que reemplazó mentirosos corpiños por

un par de firmes senos —aunque algo exagerados para el metro cuarenta escaso que los enormes tacos aguja jamás lograron disimular—, hicieron de Lulu Morán lo que La Blanca consideró una estrella adolescente fulgurante y pasajera.

La consideración del promotor no era antojadiza y respondía con acierto al cuadro de situación. Lulu no tenía ni el cuerpo de una vedette, ni la sensualidad de una diva, ni la voz de una cantante. Lulu no era más que una estrella fugaz. O eso debió ser. Pero quiso el destino que La Blanca no reparase en la letra de un nuevo tema que cambiaría la vida de la joven cantante. "Dame ya", se llamaba y decía algo así como: "dame ya, dame ya, / dame ya lo que quiero / eso que tenés, eso que tenés / y por lo que yo muero / eso grande, eso duro/por lo que desespero / dame ya, dame ya, / dame ya lo que quiero".

Tal poética se repetía siete veces, al tiempo que Lulu se desprendía de algunas ropas. Si bien la pequeña cantante siempre quedaba, en lo que a cantidad de paño se refiere, aceptablemente vestida, el público comenzaba a delirar, yendo en grupos de aquí para allá, chicas y chicos arrojando sus vestiduras para quedar, ellos sí, de manera indecorosa. Incluso algunos en las inmediaciones llegaban más lejos, pasando a "los hechos", como diría honestamente escandalizado un comisario de la Bonaerense.

El siguiente disco de Lulu, Lágrimas calientes, incluía su segundo gran éxito, "Tomate la pastillita". Lágrimas pareció ascenderla por los escalones de una carrera promisoriosa. No obstante, y pese a que estaba a punto de comenzar el rodaje de su primer videoclip, la fama de Lulu no tenía otro destino que limitarse a los suburbios incultos, arañar de vez en cuando algún espacio marginal en radio y nada más. Solo la muerte inesperada logró hacer entrar su rostro de cejas depiladas y miradas equívocas al ancho mundo de la notoriedad nacional.

La muerte fue hábil y limpiamente provocada por el filo inobjetable del acero quirúrgico. El cuerpo, que había caído exánime al piso producto de un seco golpe en la zona occipital, fue colocado, inconsciente y aún con vida, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, para favorecer el lento fluir de la sangre. Según la Policía Científica, el ataque se produjo a primeras horas y el deceso entre las ocho y las nueve de la mañana; pero el mensaje de texto con

el número veintidós y una dirección en la localidad de Ramos Mejía recién fue enviado quince minutos antes de las diez de la noche.

Primero llegó un móvil de la Bonaerense que cortó el tránsito; a los minutos, casi al unísono, arribaron tres autos de la Federal. El juez a cargo se apersonó a eso de las doce de la noche; para ese entonces López hacía tres cuartos de hora que había dejado la escena del crimen, y con paso cansino se había dirigido hacia el bar que se hallaba en diagonal, cruzando la muda avenida.

López ingresó al bar, pidió una cerveza y un especial, entró y salió del baño, hizo un llamado telefónico y esperó la llegada del juez, del fiscal, del inspector y del comisario Bermúdez. Con un disimulo incapaz de confundir a una mirada atenta, captó con su nueva cámara la llegada de las autoridades.

López estuvo lejos de sospechar que, a no más de seis pasos de su mesa, se encontraba el autor de los veintidós homicidios. Y que este lo observaba, él sí con idónea astucia. Cuando López se fue, tomó un taxi hacia el canal, donde se quedó no más de media hora, para finalmente dirigirse hacia su domicilio. Segundos después de que hubiese abierto la puerta cancel, unas manos enguantadas lograron con profesionales movimientos seguir sus pasos. El perseguidor observó que el ascensor estaba en el octavo piso y subió hasta el noveno usando el otro aparato. Bajó un piso en el más cuidadoso de los silencios y esperó a que se apagase la luz del pasillo, tras lo que pudo observar claramente una línea de luz debajo de la puerta del departamento "C". El asesino había obtenido la dirección exacta; de ahí a develar la identidad del morador no era más que un juego de niños.

* * *

Ese domingo Dora salió temprano, antes de que volviese a llover.

Caminó por los pasillos lodosos bajo un cielo encapotado, cruzó las vías, franqueó las once cuadras solitarias, para finalmente ganar la parada.

Que Dios exista o no es una cuestión discutible, pero que es necesario está fuera de disputa. En cualquiera de las versiones habidas y por haber, Dios justifica el infinito y otorga sentido a la muerte. En sus interpretaciones más

populares, su admisión define lo pueril de la vida y ofrece a su término una existencia ideal por toda la eternidad. Dios, tanto el justo como el bondadoso, es un sueño hermoso de soñar.

Siendo como es, tan necesario para calmar la sinrazón, hay lugares en los que resulta aún más imperioso. En las villamiserias, por ejemplo, su función no solo es ofrecer un sentido a la muerte, sino también justificar la pedregosa existencia.

Dora subió al colectivo. Ella y su preñez se acomodaron en un asiento cerca de la puerta trasera.

Hay lugares duros en este mundo. Los turnos en los hospitales, las colas de los colectivos, las manos que manosean en el tren, el peso de la garrafa de gas después de una jornada de trabajo, los inodoros de las casas ajenas. Y las señoras. Y los señores, que un día vienen del trabajo y dicen que los negocios andan mal o que les sacaron las horas extras y entonces se pierde el conchabo. Ni qué hablar de los hijos arrebatados por la droga y del varón que ha encontrado en la bebida un olvido que no es dulce, pero que es olvido.

Hay lugares duros en este mundo. Los que no sufren las calles cenagosas, la escarcha y el polvo en los eneros tórridos, los que no tienen que soportar las moscas, las lamparitas colgadas del cable grasoso y las goteras del techo, no imaginan de qué se trata. Desde la comodidad del aire acondicionado la vida es distinta. Desde allí el mar de cabecitanegras es visto con inocultable desdén, o con frágil culpa, o, de tanto en tanto, con ácida pavura.

Dora era ajena a estas razones. Sentadita cerca de la puerta trasera se sacó los zapatos embarrados, los puso en una bolsita y se colocó los que llevaba en el bolsón negro y azul.

Dios, respecto de estos sinsabores, no ha dicho nada; las que han hablado fueron sus iglesias. Pese a las obcegadas minorías que han empeñado votos de pobreza, el buen católico sabe que el Señor, en su infinita bondad, nunca exige pruebas que su criatura no pueda cumplir. Mientras, los que supieron protestar contra la infalibilidad papal, saben que Él, con divina justicia, premia al buen cristiano con riquezas, no lo dicen en voz alta pero podría afirmarse con igual empeño que castiga al pecador con el oprobio de la pobreza.

Cuando llegó, Dora fue a sentarse en una de las filas del medio, pero en su camino se interpuso el hermano Alberto que le impuso su mano izquierda, los

dedos abiertos, las uñas prolijas en su vientre abultado, mientras que con la mano derecha le hizo la señal de la cruz en su frente.

—Dios te bendiga, hermanita.

"Dios te bendiga, hermanita". Por eso venía, porque estaban ellos, porque se confundían entre los fieles, porque no había reproche, porque no preguntaban, ni echaban sal en la herida. Y porque bendecían.

Era lindo. La primera vez que entró le dolía el alma, tenía miedo y la acidez se había adueñado de su panza. Uno de ellos, de unos treinta y pico, delgado y altísimo, le sonrió y con la mirada en su vientre le dijo: "Jesús bendice a esta criatura". Y después, levantando la vista hacia la suya: "Y a ti también, hermana". Tuvo ganas de llorar, allí era bienvenida. Y el dolor desapareció y la acidez nunca más había vuelto, salvo aquel domingo en que la tormenta mal aconsejó a su miedo.

Hay lugares duros en este mundo y gente que vive en ellos. Dora tenía dieciséis años y esperaba parir en escasos dos meses. Sentada en la quinta fila del teatro, esperó paciente hasta que subió al escenario el hermano Carlos.

Pedro fundó la Iglesia según los deseos de la divinidad, su creación dispone por tanto de la exclusividad en la interpretación de los designios de las alturas. Cualquiera que hable por Cristo Jesús sin estar ordenado por su Iglesia no será otra cosa que un sectario, un secuaz, un fanático o un peligroso lunático.

Ese día, el hermano Carlos habló de Lucifer, el príncipe de los ángeles rebelados. El hermano Carlos denunció que el Dañino atrae las almas débiles, las envuelve, las enceguece, las engulle y vomita. Habló también de los rituales oscuros, de la magia negra y de los ritos del Diablo. De repente, como una explosión, pronunció palabras terribles. Changó, candomblé, cabula, batuque y la peor, para él lo más execrable: umbanda, el rito de los oscuros gegê—nagó, paridas por las mismas tinieblas.

—Alguien —gritó, la Biblia en su mano derecha, los brazos extendidos y la mirada clavada en algún punto del alto techo abovedado— está matando hermanos en nombre de Satanás.

* * *

Coincidente con la alocución del hermano Carlos, ese mismo domingo por lo menos dos diarios reprodujeron la exposición de un criminalista conocido en los ambientes tribunalicios. Él no tenía la menor duda, los homicidios eran sacrificios humanos.

* * *

Dos semanas después de la muerte de Lalo Morán, Lorenzo López estaba en la redacción escribiendo acerca de los accidentes viales en la ruta 40. Los hechos denunciados no se producían en los tramos de cornisa en los que la angosta cinta asfáltica parecía caer sin prelude alguno a los precipicios andinos, sino en los anchos trechos, donde era posible empujar la aguja del velocímetro. López maldecía este tipo de notas, odiaba mostrarse sorprendido ante la obviedad. La módica concentración que prestaba al trabajo fue interrumpida por el sonido del teléfono.

—Lorenzo López, Tucumán 895, 3° D.

Recitó sin preguntar la voz. Era extraña, parecía distorsionada. — Documento dieciséis cuatro cuatro cinco trescientos uno — continuó.

—Él habla —contestó López desde la bruma del desconcierto. —Ha vendido lo que no es suyo.

López sintió como si le hubieran acertado una patada en el estómago y no pronunció palabra alguna.

Silencio. Dos, tres, cinco eternos segundos de espera.

—Es su trabajo —observó al fin la voz—, lo acepto.

López permaneció mudo.

—Pero quiero que no interfiera con el mío.

Se podía escuchar de fondo el ruido del tránsito.

—¿Entiende lo que le digo?

—Sí —contestó López.

—Yo le vaya avisar directamente a usted, pero antes tenemos que encontrarnos. Y cortó.

López extendió sus piernas, echó la cabeza hacia atrás, y levantando

bruscamente sus brazos profirió un alarido. Una semana después recibiría un mensaje de texto.

* * *

La había llamado para decirle que estuviera en su oficina a las cinco de la tarde. La mujer, cincuenta y dos años que aparentaban diez menos, un metro setenta de estatura que se convertían en varios más gracias a los tacos de los que nunca se bajaba, intuyó que algo indeseado pasaba.

Así que se maquilló. Un buen maquillaje conjura las malas artes o, por lo menos, bien acompaña a las malas noticias. Si la hubiese citado de noche podría pensar en una buena nueva, incluso con champán y sonrisas. Pero había sido un mensaje conciso, quizás premeditadamente lacónico. Si le hubiera prodigado alguna frase halagadora, especularía con que deseaba acostarse con ella. Pero dejarle dicho solamente "vení a las cinco, tengo que hablarte", auguraba malas noticias.

La mujer, en efecto, lucía atractiva cuando entró en la oficina. De hecho, el empresario tuvo inconvenientes para concentrarse durante los primeros instantes, pero hizo un esfuerzo, había en juego bastante más que una noche agradable. Así que habló sin rodeos: la temporada sería un fiasco, iba a levantar la obra.

Ella no esperaba que las malas fueran tan malas. Dijo que era imposible, que era ridículo, que la obra debía estrenarse como estaba planificado. Esperaba una reducción en su contrato, pero no esto.

El empresario, cincuenta y ocho años, un metro setenta y tres de estatura, ochenta kilos largos de peso, le dijo que ya lo había hecho, que la obra estaba levantada.

—Me estás corriendo —le contestó la mujer a los gritos.

El empresario esperó que la mujer se desahogara. Tuvo que reconocer que, con la respiración y el llanto fuera de control, estaba aún más tentadora. Es una buena potra, pensó, pero conservó una prudente distancia.

—¿Por quién pensás reemplazarme?

Iba a decirle hijo de puta, basura, degenerado, pero se frenó justo a

tiempo.

—Creo que no me estás escuchando —dijo él, comprensivo, desoyendo el cosquilleo carnal de su cuerpo.

—Tengo un nombre y una carrera que proteger —exclamó la mujer.

Odiaba cuando las viejas artistas gritaban que tenían una carrera y ahora lo decía ella misma, "carrera" sonaba mal, solo las viejas tenían carrera.

—Por eso mismo, querida.

Querida nada, turro. No me ponés nunca más un dedo encima. Voy a ir con el Gordo, a vos no te necesito, pero me vas a tener que pagar todo el contrato, qué te creés. Vos no vas a jugar conmigo, qué pensás, que soy una... y la palabra temida asomó en su conciencia. Aturdida, no la pronunció ni siquiera en su monólogo interior.

—No entendés, yo levanto todas las obras, no solo la tuya.

Ella dejó de llorar, más tranquila pero más horrorizada. —Declarás que estás muy dolida y que pensás que este no es momento para divertirse. Que me vas a proponer levantar. Cuando me pregunten, yo digo que es una locura, que voy a tratar de convencerte. Pero no hay caso, ¡no puedo convencerte!, y no solo eso, vos me hacés entrar en razón y termino levantando todas las obras.

La mujer no podía salir de su asombro.

—Los demás productores no van a tener otra solución que hacer lo mismo, no hay otra. La gente está aterrorizada y el miedo no se lleva bien con el espectáculo. Si hacés lo que te digo, cambiás fracaso por heroicidad.

El empresario se levantó.

—Tengo que ir a una reunión en la Cámara, allí van a decidir levantar la temporada, haceme caso, adelantate.

Esa noche el cónclave de empresarios resolvió hablar con los sindicatos, muchos teatros dejarían en suspenso los estrenos previstos, había que disminuir quebrantos, pagar una parte, que las pérdidas se repartieran entre todos.

La vedette hizo un par de llamados y esa misma noche apareció en el programa de Tato Beraja, donde se mostró más triste que asustada, más dolida por los que ya no estaban que por su futuro. "No podemos reírnos mientras estamos adentro de un charco de sangre", dijo. Uno de los panelistas, siempre hay alguno que destila maldad, le preguntó si eso tenía que ver con la segura

baja en los bordereaux. Ella contestó que "nada que ver" y el panelista sentenció: "Porque a la revista no va a ir ni el loro".

Uno de los empresarios de la Cámara, al día siguiente, declaró que estaba de acuerdo con el panelista y, después de aclarar que los verdes animalitos tenían prohibida la entrada a los teatros, alzó su voz para expresar con otras palabras lo mismo que el cineasta Eliseo Bieta había formulado hacía pocos días: "Si quienes nos deben cuidar no lo hacen, estamos muertos, la República está muerta."⁴

* * *

El joven levantó el teléfono:

—Inspector, cuento con usted —dijo, más como advertencia que como interrogación.

—Doctor, puede estar completamente seguro.

—Si todo sale como aspiro, esta noche lo vuelvo a llamar; pero si no fuera así, si mi plan fracasara, hágame el favor de olvidar lo que hemos hablado.

—Cuenta con eso, aunque no lo creo necesario.

Después de cortar, el joven se levantó del sillón, tomó una carpeta de su escritorio y se dirigió a la Casa de Gobierno. Tenía la entrevista más importante de su vida.

El joven tenía treinta y dos años, contaba con un máster en una universidad del norte y una incipiente reputación en el mundo real. Lucía cabello negro prolijamente desordenado, frente ancha y figura de deportista. Poseedor de una envidiable seguridad, ocultaba algo que, a poco de rasgar, se hubiera hecho evidente para quien quisiera o supiera verlo: su seguridad no era otra cosa que arrojo, una intrépida y demencial valentía.

Pero en el despacho presidencial no sabían arañar las apariencias. El presidente era un hombre serio a quien nadie le había regalado nada, que supo ser intendente de su ciudad y gobernador de su pequeña provincia por mérito propio. Relativamente hábil para los discursos y taimado para el toma y daca de las negociaciones, era un luchador nato, aunque no le sobraba sagacidad como estadista.

A punto de terminar el tercer año de su mandato, no estaba en condiciones de mostrar un mejoramiento de la economía, aunque tal circunstancia era defendible por aquello de los ciclos. A él le había tocado uno de contracción que, gracias a la prudencia de su gobierno, no desembocó en una oscura depresión. Internacionalmente nada, ni bueno ni malo, el país había dado otro pequeño paso en el retroceso de su influencia en Sudamérica. Los índices de corrupción no habían sufrido modificaciones, pero corruptos hubo siempre — comentaba a los cercanos el presidente— y si bien no los había barrido, nadie podía esgrimir que los hubiera amparado.

El joven fue recibido por el presidente, quien durante treinta minutos escuchó su análisis, que epilogó de manera que no llamaba a engaños:

—En definitiva, señor, nuestro partido no tiene posibilidades de éxito en las próximas elecciones.

El joven hizo silencio esperando que el presidente preguntara. Pero el presidente no dijo esta boca es mía, ese joven sería más inteligente, pero él todavía era el patrón.

—Como están dadas las cosas, por ahora el nuevo presidente será Juárez, señor.

Tuvo ganas de pararse y abofetearlo, nada ofende más que la verdad. Pendejo de mierda, te creés que no lo sé. Juárez juntó a buena parte de las empresas, algunos cuantos sindicatos, la necia esperanza de la clase media y el desencanto nervioso de los excluidos. Va a ganar, eso ya lo sé. No hace falta un máster en Harvard para darse cuenta de esa obviedad.

—O sea: estamos perdidos —dijo el presidente.

Estaba cansado, se sirvió un coñac y se echó en el berger verde. Este debe ser el emisario, pensó. ¿Cómo habrá sorteado las barreras hasta llegar a mi despacho?

—En absoluto, señor, todo lo contrario.

Hazaña inútil la de este jovencito. Lo que no entiendo es por qué no mandaron a cualquiera de los viejos amigos comunes. En absoluto, ¿dijo en absoluto?

—Le traigo un plan, señor; si usted está de acuerdo, puede aspirar a un segundo mandato.

Durante quince minutos el joven le dibujó un mapa de la situación y le

reveló la palanca y su punto de apoyo.

—Si lo atrapa, será el dueño de la eficacia. Las palabras y las promesas estarán con Juárez, pero los hechos serán suyos; el electorado lo verá a él como un orador hábil sediento de poder y a usted como un hombre que sabe cumplir. Un estadista. Si se juega y lo atrapa, presidente, el segundo mandato será suyo.

—¿Y si no lo atrapamos?

—Entonces Juárez estará en inmejorables condiciones para ser presidente.

—Como lo está ahora.

* * *

—Inspector, todo ha sido arreglado, prepárese. En horas se hará público —le dijo el joven, y cortó.

* * *

—Hoy, a las once y media de la noche, vaya al puente de la calle Bulnes.

Y sin esperar respuesta alguna la voz cortó.

Pese al tono seco, la voz no denotaba autoritarismo. Habló con ritmo pausado: está seguro, especuló López. Sabe que no voy a delatarlo, que la Policía no va a rastrear su llamada, que nadie sabrá de dónde la hace. No obstante, se dijo López, tomó sus recaudos: la voz había sonado más distorsionada que la primera vez, a tal punto que le era imposible discernir su edad. No era un niño, tampoco un anciano, pero podía tener tanto veinte como sesenta años.

A las once y media de la noche López avanzaba a paso inquieto por Bulnes desde Díaz Vélez hacia Rivadavia. A treinta metros del puente que salvaba las vías del ferrocarril se dio cuenta de que no había nadie y consultó su reloj: era la hora exacta. Con paso más lento subió la pendiente hasta que se encontró en el puente; siguió, el paso cada vez más lento, y pronto se halló del otro lado. Entonces dio media vuelta y desanduvo sus pasos; cuando estuvo en la mitad,

se paró, buscó en el bolsillo de su saco el paquete de cigarrillos y extrajo uno. Mientras lo encendía, López pensó que a él las cosas nunca le salían como en las películas. Mientras tragaba el humo de una pitada profunda y caliente, vio venir un patrullero con las luces encendidas y la sirena rugiendo, y le dio un escalofrío. ¿Qué les diría si...? Buscó alguna excusa en su mente, pero la idea no se presentó, no a tiempo, ya que el móvil siguió de largo, ajeno por completo a su disyuntiva.

Si supieran que en cualquier momento va a aparecer el hombre más buscado del país. Rió para adentro. Abajo pasó un tren, se acercó al alambre de contención y se lo quedó mirando. Observó el reloj: las once y treinta y tres. El rostro de Miriam pasó por su memoria. Lo acompañaban en extraña sucesión el de su madre, el de la hermosa señora de su barrio (el short debía parecerse mucho a un calzoncillo) y el de su hijo Manuel. Lo miraban: "A ver si ahora pasás al frente". Iba a dar otra pitada al cigarrillo cuando un chico literalmente se lo llevó por delante; López, sorprendido, perdió el equilibrio y fue a dar contra el suelo. Entonces el chico le arrojó un papel y siguió corriendo.

Se levantó entre puteadas y se agachó para limpiarse el pantalón. Pendejo de mierda. La luz de un auto iluminó brevemente las baldosas del piso, lo suficiente como para que observara que el papel estaba escrito. Lo levantó.

Era del asesino. Debía apurarse, en diez minutos tenía que estar en la esquina de Quintino Bocayuva y Belgrano. Empezó a correr rumbo a Rivadavia, pero a pocos metros de la esquina tuvo la fortuna de encontrar un taxi.

El auto dobló por Rivadavia, paró en el semáforo de Salguero, los segundos se estiraban hasta el sufrimiento, hasta que la luz verde permitió que el taxi doblara por Castro Barros.

"Déjeme en esta y Belgrano que camino la cuadra", le indicó al chofer, pero al llegar a Yrigoyen la calle estaba cortada. ¡Un e—le— fan—te! ¡Meado por un elefante estoy! No vas a llegar a tiempo, escuchó la voz de Miriam.

—Reíte, vos.

—¿Cómo señor?

—Nada, nada. No es con usted. Déjeme acá, voy caminando. —Pero mire que ahora agarramos...

—Pare que bajo.

Nada. El pelotudo siguió. Que "ahora agarramos Boedo, volvemos por Yrigoyen y llega en un periquete".

Pero un semáforo en rojo detuvo al taxista y al corazón de su pasajero. López se secó con la mano la transpiración que brotaba de su frente, mientras el taxista tarareaba la canción que se escuchaba por la radio. Sereno el tipo, y yo que me estoy muriendo. López abrió la puerta mientras le tiraba un billete de diez, salió del auto y corrió hacia el oeste, para el lado en que la numeración aumentaba, sin estar seguro por qué calle corría. A los cincuenta metros creyó que las palpitaciones se contaban por centenares; al llegar a la esquina se dijo que tenía que dejar de fumar y a mitad de la otra cuadra detuvo con esfuerzo una súbita náusea. A doscientos metros de haber dejado el taxi tuvo que detenerse, no lo decidió, simplemente las piernas dejaron primero de correr y luego de sostenerlo. Sentado en la vereda, tragando el aire a insuficientes bocanadas, con los latidos del corazón en sus sienes, se desajustó el nudo de la corbata. Sos un pelotudo, López, ¡coronado de laureles las pelotas!

Entonces sonó su celular.

—Hola.

—A las doce en punto en Formosa, metros antes de Alberdi. —Y cortó otra vez sin esperar respuesta.

A la hora convenida llegó al lugar. No había nadie, por supuesto.

Eso ya lo daba por descontado, esperaba otro incidente como el del chico o que sonase nuevamente su teléfono, que fue exactamente lo que sucedió. Que retrocediese hasta el segundo árbol.

—Escuche, escuche —pero fue inútil, ya había cortado. Retrocedió veinte metros, al lado del árbol parecía haber un paquete.

Se acercó. Sí, efectivamente, un paquete de unos treinta, treinta y cinco centímetros por otros tantos y una altura de cinco o seis. Una caja, como una caja de pizza. Se agachó y la tomó. No era de cartón, estaba forrada con papel madera pero no era cartón. Pesaba. Abrió el envoltorio, la caja era de metal y estaba cerrada con un candado, además había un sobre y dentro de este un pequeño papel celeste escrito con letras de sello. Decía, simplemente, "para L. L."

4

El ministro del Interior se enteró de que el presidente quería verlo apenas llegó a la Rosada. Es urgente, le informó su secretaria. Así que dejó sus papeles sobre el escritorio, tomó la pastilla blanca para la tiroides, la rosada para el estómago y la celeste para el colesterol, y fue al encuentro del primer mandatario.

Sus oficinas y las del presidente no distaban más de unos treinta metros; que pasara, le dijeron, que lo estaba esperando. Qué tal, señor, buen día doctor, quiere tomar algo, gracias no. El presidente, sonrisa de compromiso en sus labios, le dijo:

—Doctor, lo hice venir porque necesito hacer unos cambios. —¿Cambios, señor?

—Sí.

—¿Qué cambios?

—Los que hagan falta para atrapar a ese loco.

—Entiendo —contestó el ministro, por decir algo.

—Ese comisario Bermúdez no es el indicado para dirigir la investigación.

—Le puedo asegurar que es el oficial activo de mayor experiencia.

—Tendrá experiencia, pero está totalmente perdido.

El ministro caviló que quizás había llegado el momento de decirle lo que había estado tramando las últimas semanas: pedir la colaboración del FBI. No era fácil, no todos los días un ministro le solicita al presidente ayuda externa. Estaba evaluando si era o no el momento para sugerírselo cuando escuchó:

—Necesito jugar fuerte, doctor, ha llegado el momento de hacer cosas inhabituales...

(Por ejemplo pedir ayuda a otros países. Yo estaba pensando...).

—... Ciertas cosas que la ley no permite quizás.

(Bueno, bueno, traer expertos del FBI o solicitar colaboración del Scotland Yard no es ilegal.).

—Cosas que erizarían ciertas sensibilidades. —¿Sensibilidades, señor?

—Por ejemplo, la de un ministro apegado a la ley. (¿Me está echando?).

—No lo tome a mal, doctor, usted es un excelente ministro para momentos normales.

(Me está echando).

—Momentos en los que la ley manda, porque la ley está hecha para circunstancias normales. La ley no está preparada para un loco como con el que nos toca lidiar.

El presidente hizo unos segundos de silencio y se acercó al ministro que estaba sentado en el sillón de tres cuerpos. Le puso su mano en el muslo y le confesó:

—De atrapar a ese loco depende la reelección, ¿me entiende? —¿Quiere que me vaya?

—En absoluto, quiero ascenderlo a jefe de Gabinete.

* * *

Se escuchó de todo, que sufría el recrudecimiento de una afección cardíaca crónica, que su mujer agonizaba por un cáncer terminal de útero y que la menor de sus hijas padecía una seria afección psiquiátrica. El vocero del presidente afirmó que este le había aceptado la renuncia al jefe de Gabinete después de no lograr que la retirase. Informó, también, que sería reemplazado por el ministro del Interior.

—¿Y quién va a Interior? —le preguntaron.

"No está decidido", contestó. Pero para la media tarde ya circulaba un nombre; solo que ese nombre no significaba nada para nadie, era un absoluto desconocido: estaban estudiando nombrar a un joven abogado de meteórica carrera académica y nula trayectoria política que —esto nadie lo sabía— hacía días había tenido una inquietante reunión con el presidente.

A la noche de esa misma jornada, el renunciante jefe de Gabinete, en una improvisada conferencia de prensa, informaba que tanto él como su familia gozaban de una envidiable buena salud, pero no aclaró nada sobre los motivos de su alejamiento.

El comisario Bermúdez no fue movido de Homicidios; el nuevo ministro, en atención a la trascendencia del caso que conmovía al país, creó una nueva oficina altamente capacitada aunque temporal —así se dijo—, que tendría como única empresa dar caza al feroz asesino.

Como era de esperar, el inspector fue puesto al comando de la reciente unidad.

* * *

López abrió la puerta de su departamento a eso de las dos de la mañana. Le temblaban las manos y, pese a lo agradable de la temperatura, tenía la frente, las axilas y la espalda humedecidas por la transpiración.

Dejó la caja sobre la mesa y abrió la heladera, sacó una botella de agua, la empujó y tomó del pico. Después fue al baño, se bajó el cierre y descargó; se miró en el espejo, secó su frente y sus manos recién enjuagadas con la toalla bordó. Fue a la cocina, abrió otra vez la heladera y sacó la botella. El whisky le gustaba puro y frío. Por fin, sentado a la mesa, contempló por largos segundos la caja.

Después la emprendió con el martillo.

López solía defenderse de su inhabilidad manual diciendo que no era albañil ni carpintero; así que en su módico departamento no abundaban las herramientas. Su martillo no era gran cosa, no servía para mucho más que para clavar en una pared de yeso o en una madera. Tal escasez nunca lo había preocupado, durante los años en que estuvo con Miriam sí tenía herramientas, pero al separarse quedaron con ella, porque era la única que las frecuentaba. López, con su pequeño martillo al que se le desprendía la cabeza de metal del mango de madera, propinó un par de golpes al candado. El resultado fue del todo insatisfactorio.

López no sabía nada de martillos. Los hay pequeños y grandes, de

carpintero, con orejas para desclavar, martillos de bola y martillos de punta, incluso con cabeza de goma. El suyo era raro. Pequeño, delicado, que había venido ya no sabía de dónde, solo que él no lo había comprado. Si López hubiera sabido más de martillos o de ciencias, tendría noticias de que ese que tenía en sus manos era un martillo de geólogo, por completo desaconsejado para la indelicada tarea de romper un grueso candado.

López se dio cuenta de que era tarde para golpear. También es tarde para mí, se contestó, y volvió a apalear el candado. Una, dos, diez, treinta veces. Hasta que escuchó un chistido, o algo parecido, que supo adjudicar a algún vecino.

Sentado frente a la caja se dijo que esa miseria no se iba a interponer con su futuro. Iba a azotarla otra vez cuando escuchó que alguien gritaba que eran las tres, que no se podía dormir, que ya basta.

¡Pero en ese momento no estaba golpeando!

Apagó la luz, fue hacia la ventana y abrió una hoja. Primero no escuchó nada, pero después se percató de los gemidos amorosos de sus vecinos de piso. "¡Basta o los denuncio!", gritó la voz (era la gorda del noveno) y la emprendió con una cacerola.

Cerró la ventana y decidió acompañar el reclamo de la del noveno con renovados martillazos.

No tuvo fortuna, el candado no cedió ni un ápice a sus deseos.

Al que tuvo que conformar fue a su vecino de piso cuando zamarreó su puerta. Su vecino, él sí en calzoncillos, vino a preguntarle si era tan envidioso como la gorda nocogenunca del noveno. López le dijo que no, que había perdido la llave de esa caja que ve ahí y que la tenía que abrir. Cuando el vecino miró su martillo levantó los hombros, se dio vuelta y se fue.

López se sirvió otro whisky y se quedó observando la caja con la cabeza ladeada. Entonces pensó que quizás introduciendo algo puntiagudo en la cerradura... fue por un cuchillo, probó con una aguja, incluso con un diente de tenedor. Hasta que sonó el timbre.

Era el vecino, ahora con short y remera y un inmenso martillo en su mano derecha.

López golpeó con fuerza pero le erró al candado. El vecino, sin pronunciar palabra, le sacó el martillo, fue hacia la ventana, apoyó la caja en el borde,

levantó la herramienta por encima de su cabeza y, mientras gritaba "dormí ahora si podés", asestó tres golpes brutales al candado. El único que dio en el blanco fue el primero, los otros no supieron encontrarlo, ya que el fatídico adminículo que hubo amargado a López, había volado, deshecho, hacia la planta baja. El vecino se fue y la caja quedó, cerrada pero ya sin candado, sobre la mesa.

* * *

Ayudame Virgencita ayudame Virgencita ayudame Virgencita.

Tres veces repitió el mantra, en total nueve pedidos a la Virgencita. Nueve veces se santiguó antes de bajar el picaporte. Nueve veces se hizo la señal de la cruz desde la frente al pecho y desde el hombro izquierdo al derecho.

Su gesto repetido debió conmover a la Santísima Trinidad, porque el inspector le preguntó por su familia. "Tengo mujer, sí señor; hijos no, no todavía" —respondió el cabo primero Jorge Rodríguez.

—La próxima vez que el asesino mande un mensaje desde el celular de la víctima vamos a tratar de comunicarnos. Él puede conocer su voz, así que lo quiero en el Departamento las veinticuatro horas.

El cabo permanecía parado sin el más mínimo movimiento.

—Puede alojar a su mujer en alguno de los hoteles de la zona, la Institución correrá con los gastos, pero usted se queda las veinticuatro horas aquí.

El gordo Rodríguez no podía creer su mala suerte, si parecía que hasta la Virgencita se reía de él. ¡Tan bien que había estado en la comisaría, con horario normal y en un barrio tranquilo! Sobre las extras hablarían en otro momento, le dijo el inspector.

—Comenzamos una nueva etapa en la investigación —le indicó.

Después tomó el teléfono y le hizo una seña con la mano para que se fuera.

—Que pase Russo.

El inspector había logrado del presidente que los mensajes del asesino no se retransmitieran a ningún servicio. El inspector le preguntó al cabo Russo si le gustaba el aire libre. Escuchada la respuesta afirmativa, se congratuló de

que así fuese, porque las cosas habían cambiado: iba a revistar en la comisaría 45, así que pasaría buena parte del día tomando sol en las callecitas de Villa Devoto.

Le dijo también que podía darse por satisfecho de que no le abrieran un sumario por mercar con ese periodista López. Y que por dicho albur le diese las gracias a su cuñado, el comisario Bermúdez, a quien, según él, había traicionado.

El inspector puso en reemplazo de Russo a un hombre de su íntima confianza, los mensajes serían un secreto de Estado, solamente debía comunicárselos a él y al oficial de guardia. Fuera de quienes integraban la nueva unidad, solamente el ministro y el presidente estarían informados de la investigación. Aunque no podía decirse públicamente, el juez permanecería fuera de este pequeño círculo de no más de una docena de personas.

El inspector estaba seguro de que podía evitar hasta la más mínima fuga de información, pero desinformado de que —en el subsuelo de lo visible— López, el periodista a quien Russo anoticiaba de los operativos, había sido contactado por el homicida a quien tan afanosamente buscaba.

* * *

Restablecidos el silencio y la armonía en el vecindario, sentado a la mesa, López extendió sus manos hacia la caja. ¿Y si hubiera una bomba?

Se detuvo.

"Es su trabajo. Quisiera que no interfiera con el mío", recordó. Socios, de alguna forma somos socios. Además, él mata personalmente, así no tendría sentido.

Las manos en la tapa de la caja, cruzando el silencio de la noche podía percibir el sonido de su corazón.

La abrió.

López no supo, no pudo entender. En el meridiano de la noche, encontró y extrajo un libro de la caja de metal, en la tapa se leía Diario de la guerra del cerdo sobre un fondo marrón oscuro, y más abajo, en letras que habían sido doradas, Adolfo Bioy Casares.

Y nada más.

El libro no tenía marcas, ni escritura en los márgenes, ni signos ni señales ni grafía alguna que obrara como mensaje. De manera que el anuncio debía encontrarse en el texto. Después de quince años de no leer un cuento ni hojear una novela, López se enfrascó en la lectura. Una hora y treinta páginas después, agotadas sus fuerzas, se quedó dormido. Al despertar buscó y encontró en Internet una sinopsis de la novela de Bioy Casares. De viejos a famosos, el tránsito de la ficción a la realidad se había concretado.

* * *

Con lo único que contó Ambrosio fue con su intuición, no tenía ningún dato, salvo uno que había pasado desapercibido para el resto de sus colegas: la falta de uniformes, y ese tono nervioso de quien oculta algo.

Algo había cambiado. El viejo Nicolás Ambrosio sospechó, pero calló. No obstante lanzó la pregunta: ¿la víctima habría sido desangrada?

* * *

Hasta la tarde fatídica en la que resolvió cambiar de banco solo habían sido sueños, molestos y turbadores, pero sueños. Despierto, nada. Pero ese día se adelantó dos filas, nunca supo por qué, y se produjo el encuentro. Fue un roce casual, necesitaba la birrome y extendió el brazo y sin querer lo tocó, una insignificancia; de inmediato sintió que una electricidad recorría su cuerpo, de arriba abajo, de adentro hacia afuera.

Pasó una semana enfermo. Lo aterrorizaba volver a la escuela, pero tuvo que volver. Se dijo a sí mismo que debía ser algo fugaz e irrepetible. Pero no fue así, y antes de terminar ese tercer año ya no podía engañarse. Lo más difícil fue decírselo a los padres, trató de que se dieran cuenta de mil maneras, pero parecían ciegos. Así que se lo dijo con palabras.

El padre era de los que tienen un amigo judío y se conculen por los pobres. Claro que una cosa era condolerse y otra que un cabecitanegra

manosease a su hija. Soportar a un yerno que dijera "dotar", "sute" y omitiese con extraña precisión las eses finales estaba fuera del imaginario de ese hombre. Por suerte la hija no le dio ese dolor de cabeza, pero con su hijo fue distinto. Él era distinto.

A los seis meses de enterarse de los gustos nauseabundos de su primogénito, tuvo su primer infarto; nadie dudó de cuál era la causa y el culpable tuvo que dejar la casa familiar sin que se lo pidieran.

Se le notaba, pero nunca hizo ostentación. Hablaba poco, observaba con disimulo, pero tampoco ocultaba. Una vez por año visitaba la casa paterna, una vez por mes telefoneaba a su madre, una vez por semana hablaba con su hermana. Tuvo buenas parejas que duraron su tiempo, mucho o poco, el que les correspondía, porque todo tiene fecha de vencimiento en esta vida, también el amor y el deseo. Vivió en diferentes domicilios, el último en un barrio periférico de altos árboles y casas bajas, calles anchas, perros ladrones y dulce silencio otoñal.

* * *

El resumen del Diario de la guerra del cerdo a López no le dijo nada, o casi nada. El asesino reemplazaba viejos por famosos... cosa que a él le tenía sin cuidado.

Se sirvió un café doble. ¿A qué venía eso de darle el libro? Se miró al espejo y se dijo a sí mismo: me gustaría saber por qué mierda me lo dio. Si tiene algo que decirme, pues que me lo diga de una, sin vueltas. Se suponía que nos veríamos, que respondería preguntas.

No pretendía tener imágenes (el tipo en silueta o encapuchado sería extraordinario) pero sí registrar su voz.

Creí que tendría algo.

Y solo tenía un libro, y su palabra de que se lo había dado el asesino. O sea nada. ¡Laputamadre!

Que no tengo nada.

Después de haber imaginado el mundo a sus pies, sentía la misma vergüenza que cuando fue a ver a aquella mujer en calzoncillos. Se miró

nuevamente en el espejo y le dijo a su imagen y a su madre que había ido desnudo, y había ido desnudo porque se sentía desnudo, tan desnudo como estaba en ese momento. ¡Pero hay que ser nabo! ¡Laputamadre!

¡Qué le voy a ofrecer al Inglés!

Un libro: La guerra del diario del cerro, la... el diario, el diario del cerdo, de la guerra del cerdo. Cerdo es ese hijodeputa...

¡Me largó con un libro!

¡Pero qué se cree! ¡Si no fuese por nosotros (el cuarto poder) nadie se enteraría de sus hazañas! Me llama, y para qué, para darme un librito de mierda. Mire, Inglés, un libro. Se va a reír de lo lindo. Así López que querés un programa para vos, imaginó que le preguntaba el Inglés. Para vos solito o acompañado del dúo Pimpinela. ¡Pero hay que ser boludo!

Se miró en el espejo: López, sos un nabo, un nabo coronado de laureles.

* * *

"23 san blas 5163".

—¡Rodríguez!

—Sí, ¿qué pasa?

—¡Rodríguez! —volvió a gritar el joven oficial con la mirada presa en la pantalla—. Un mensaje... Agarre el auricular —el cabo primero se lo colocó—. ¿Recuerda lo que tiene que decir?

—Sí, señor.

—Tranquilo, hable tranquilo. ¿Está listo?

El cabo hizo un gesto afirmativo y el oficial, un muchachito que no llegaba a los treinta, marcó el número en el teclado de su computadora.

—Tranquilo, Rodríguez. Tranquilo. Sonó el llamado. Una, dos, tres veces.

El inspector abrió la puerta, se quedó detrás de Rodríguez sin abrir la boca.

El cabo sintió que le bajaban dos gotas de transpiración por la espalda. Cuatro, cinco, seis veces sonó el llamado. "Atendé", dijo por lo bajo el oficial. Ayúdame Virgencita ayúdame Virgencita ayúdame me Virgencita, rogó el cabo. Siete, ocho, nueve veces.

—Otra vez será —dijo el inspector mientras se iba y ya era evidente que nadie contestaría.

La calle San Blas recuerda a un médico eremita que se proclamó obispo. A su cueva en Sebaste acudían hombres y animales para ser curados, pero también por desgracia llegaron los cazadores de Agrícola, el infiel gobernador de Capadocia. Los cazadores sorprendieron a Blas en oración, vicio prohibido por la autoridad, y se lo llevaron engrillado.

El gobernador no pudo convencer a Blas de abjurar de su fe y ordenó que fuera arrojado al lago. La orden fue cumplida, pero el médico obispo, increíblemente, permaneció de pie sobre la superficie del agua, tal como lo había hecho el Crucificado. No conforme con su inusual proeza, desafió a los súbditos de Agrícola a proceder igual y demostrar el poder de sus dioses. Cuenta la historia jamás comprobada que quienes se atrevieron murieron ahogados.

Fue entonces que un ángel le ordenó a Blas volver a tierra, mala idea la del angelito, ya que los hombres de Agrícola que habían quedado en tierra firme cayeron sobre él, lo colgaron de un robusto poste, lo torturaron y le dieron con rastrillos de arar, para que conociese el poder sin igual de los dioses de Roma. Finalmente lo decapitaron.

El nombre Blas, lamentablemente, también significa el que balbucea, pero esa es otra historia.

Eremita o tartamudo, la calle San Blas transcurre durante cuarenta y dos cuadras, todas ellas alejadas de las zonas céntricas de la metrópolis. Arranca donde muere el porteño barrio de La Paternal y llega hasta los reinos del arroyo Maldonado. En San Blas, entre el madrileño Lope de Vega y el romano Virgilio, ellos sí poetas de palabra fácil, a la altura del número 5163, se encontraba una casa común, una más de aquel barrio bajo, ni más pobre ni más rica que cualquiera otra.

Los vecinos no pudieron dejar de asombrarse ante el operativo policial. Fue, justamente, la vulgaridad de la vivienda lo que subrayó el sobresalto que causó el inusual despliegue de las fuerzas del orden.

Esperaron en la calle una docena de móviles; solamente entraron al domicilio algunos pocos efectivos sin uniforme que, durante horas, se empeñaron en recoger huellas e indicios.

—Carlos Luis Sánchez—le informó un ayudante al inspector—. Trabajaba en una productora de televisión, tenía a su cargo el vestuario de algunos programas.

La situación era por demás extraña: el desgraciado había sido desangrado como los anteriores veintidós, pero no parecía haber tenido ninguna notoriedad. Esto tenía una importancia capital: ¿el asesino había cambiado el perfil de sus víctimas?

El inspector sospechó desde el primer momento.

—Debe tener alguna singularidad.

Deseaba con todas sus fuerzas que su intuición estuviera equivocada.

—Nada especial —le contestó el asistente—, treinta y ocho años, vestuarista y escenógrafo, adicto leve, homosexual, sin antecedentes.

—¿Usted qué piensa, doctor? —le preguntó a un criminalista que le había mandado el ministro.

—No es común, nada común que los asesinos seriales cambien su comportamiento, pero tampoco se puede excluir esa posibilidad.

Como el pronóstico del tiempo, pensó el inspector: puede que llueva, puede que no.

—¿Antes mataba famosos y ahora vestuaristas?

—Sí, es raro...

No, es absurdo, pensó el inspector.

—... pero no imposible —contestó el doctor.

Este infeliz no quiere quedar pegado, "raro pero no imposible".

Es totalmente absurdo. ¡Claro que es imposible! Los asesinos seriales tienen una lógica y no la pueden cambiar... O sea que solo queda una posibilidad: no es el mismo. No es el mismo... ¡Mierda, estamos hasta las manos!, el inspector se sobresaltó de su propio pensamiento. Se dio vuelta hacia la ventana.

—¿Cuántos conoce que hayan cambiado el perfil de sus víctimas? —preguntó el inspector, la voz urgente y el tono imperativo.

El doctor trató de recordar.

—Es raro...

—Ya sé que es raro, doctor. Dígame: ¿hubo alguno que lo haya hecho?

En ese momento sonó el celular del inspector:

—Hay una colilla de cigarrillo, puede ser suya —escuchó.

Minutos después le informaron que había unas huellas de zapatillas y que encontraron, a media cuadra escasa, el celular desde donde mandó el mensaje de texto. En ese momento lo estaban llevando al laboratorio. Al anochecer, ya disponía de un par de huellas digitales reconocidas, un número de documento, un nombre, Joaquín, y un apellido, Monti.

* * *

El primero en relevar el lugar —mientras se lograban los efectivos y se pergeñaba la logística necesaria— fue un joven que, justo frente a la puerta, detuvo la marcha de su bicicleta para componer la cadena que se había salido del piñón. Después, un tipo de unos cuarenta años, bombachas de campo negras y camisa labradora. Abrió el capó del auto, un Duna azul con llantas deportivas; nadie se percató pero su acompañante, una mujer de unos treinta años, pelirroja natural y mirada inquieta, sacó varias fotografías del frente con eficiente disimulo. Ninguno de los tres llamó la atención del vecindario y no hubo quien sospechara que eran oficiales de policía.

A las nueve de la noche, una guardia de la compañía de electricidad abrió la compuerta que daba al transformador subterráneo que estaba a escasos metros de la casa. Los operarios trabajaron durante unos diez minutos, fue imposible ver qué hacían. Cuando se fueron en su móvil, nadie reparó en que habían dejado, fijado a la compuerta, un pequeño artefacto conectado a otro más voluminoso en las entrañas de la bóveda; el primero era una cámara diminuta; el segundo, un transmisor.

Media hora después, el dueño del local de recepciones que estaba enfrente fue anoticiado de que el evento que debía tener lugar esa noche sufriría unos ligeros cambios. En ese mismo momento llegaban los invitados, su personal debía dejar las listas de lado y ponerlos rápidamente a buen resguardo en el salón; había que evitar cualquier aglomeración en la puerta. La quinceañera tendría una fiesta inolvidable.

El inspector llegó a las nueve y cuarenta y cinco en un auto negro de

vidrios polarizados, que permaneció estacionado justo enfrente del domicilio de Monti. A las nueve y cincuenta todo estaba preparado, más de cien policías habían cortado las calles a doscientos metros del lugar. Si bien desde la casa no podían ser vistos, en la atmósfera había algo extraño: nadie transitaba las calles, ni de a pie ni en vehículo, no se podía escuchar el más mínimo ruido, solamente algún esporádico ladrido.

A las nueve y cincuenta y uno el inspector preguntó a los tres puestos si estaban listos, miró a su asistente, giró su cabeza hacia donde harían el allanamiento y se disponía a dar la orden de proceder, cuando ocurrió la primera de las sorpresas. Desde el Departamento le informaron que había entrado un nuevo mensaje de texto: decía "24". Lo increíble era que a continuación había una dirección, la misma que en segundos sería allanada.

Abatieron la puerta y subieron la escalera. En el escenario del crimen todo lucía en orden, incluso parecía extraño que allí se hubiera cometido un crimen. Encontraron a Monti terminando su cena, también hallaron el celular desde donde había mandado el último mensaje. Fue el mismo Monti quien les entregó de su propia boca la segunda sorpresa, al dar la pista de la existencia de un cuerpo. Ya estaba esposado, ya lo estaban bajando para llevarlo, cuando les dijo "debe estar incómodo" y después rió con risa enajenada.

La tercera sorpresa fue cuando encontraron el cuerpo. Estaba en la parte superior de un ropero, era el de un niño que parecía no tener más de diez años. La sangre había pasado al compartimento de abajo del mueble a través de una perforación en el estante, y había sido prolijamente acopiada en una damajuana mediante un amplio embudo.

5

El individuo caminaba hacia él, paso firme, manos extendidas y sonrisa amplia.

—¡Señor presidente!

Ampliamente conocido en el ambiente de las finanzas, debía tener unos cincuenta años, cabello entrecano con raya a la izquierda y traje italiano oscuro. Lo saludó de manera campechana.

El presidente le debía un considerable apoyo a la anterior campaña, la que había acabado con él en la Casa de Gobierno. Recordaba todavía cuando fue a visitarlo a sus oficinas, metros y metros de paredes laqueadas que terminaban en un espacio ocupado por unos pocos muebles, un cuadrado de veinte metros de lado de esquinas truncadas. Los lados este y norte eran vidriados, por allí acechaba el río y podían verse las luces de la mejor parte de la ciudad; los otros dos estaban cubiertos por espejos.

Esa vez el presidente había llegado con paso decidido, pero al entrar en aquella oficina, si ese recinto podía llamarse así, sintió un hondo desasosiego. El vacío exterior inmovilizó por un instante su alma; si no fuese por el piso de falsos listones de madera y el techo gris herido de vez en cuando por las lámparas, el lugar simularía una burbuja suspendida en el aire. Había sentido vértigo. El afuera, multiplicado gracias al ardid del azogue, derogaba toda seguridad, todo amparo, suspendía lo humano, quizás sencillamente lo abolía. Por un momento su imaginación sospechó que el techo estaba bajando, por un segundo su angustia sintió o inventó o temió haber caído en una trampa.

Ahora, en uno de los amplios pasillos de la Rosada, se saludaron, sonrisas y apretón de manos, preguntas por las esposas, por los hijos y por los nietos, y

promesas, promesas de naderías que a ninguno importaba y que terminaron en un nuevo apretón de manos. Se despidieron y el presidente entró en su despacho, cruzó la recepción con la sonrisa todavía colgada de sus labios, pero sabiendo bien que esta vez no podría contar con él. Abrió la puerta del salón de reuniones, tres hombres lo estaban esperando.

Todo estaba pronto, sabía muy bien que lo que allí se dijese o arreglase haría historia, y también sabía que debía permanecer entre los opacos pliegues del secreto.

El oficio de gobernar no es nada fácil. Más aún, resulta imposible para los espíritus delicados. Eso lo había aprendido de un legendario caudillo que supo dirigir el destino de su provincia por incontables años.

Los cuatro tomaron asiento.

Había llegado el momento de estar a la altura de las circunstancias.

El primero que tomó la palabra fue el jefe de Gabinete; señaló que la única decisión aceptable era ocultarlo.

—Sé muy bien lo que han trabajado sus hombres —aceptó, con la mirada puesta en el inspector—, también sé que la sociedad nos reclama avances en la investigación, y que para ella "avances" no es otra cosa que detener al asesino. La gente reclama un monstruo a quien ajusticiar. Pero la situación actual es que no tenemos al asesino, sino a uno de ellos.

Hizo un breve paréntesis para tomar un papel de su portafolio.

—Así que su detención, el mayor avance que hemos tenido, no puede ser informada sin provocar pánico.

Miró al presidente.

—Hacerla significaría reconocer que hay dos asesinos y que por ende se ha producido lo que todos hemos temido.

La conciencia del presidente puso en foco la palabra contagio.

—¿Qué hacemos con él, entonces? —se preguntó el jefe de Gabinete—. Si se lo entregamos al juez parece inevitable que se sepa que son dos, si no lo hacemos...

El presidente levantó su mano derecha, reclamó silencio:

—No, eso está fuera de las posibilidades. Quiero que entiendan esto: mi gobierno no va a detener ilegalmente a nadie, ni siquiera a este desquiciado.

Cuando el presidente se recostó nuevamente en el respaldo del sillón, el

jefe de Gabinete entendió que podía continuar.

—Estoy de acuerdo.

Se irguió en el sillón, el índice y el pulgar de su mano formando un círculo, como si estuviese a punto de arrojar un dardo.

—Una sociedad en estado de pánico es un infierno —siguió, la voz levemente aflautada y ojos de águila detrás de las pequeñas lentes—, o incluso peor, es el reino de la anarquía. No solamente la cultura, sino también la herencia animal del hombre reclaman orden: una ubicación definida para cada individuo en la jauría que es la sociedad. El miedo anula todo, perdida la red de contención, los individuos huyen sin saber adónde, sin medir consecuencias, como los infelices asediados por el fuego que se arrojan por las ventanas para morir irremediabilmente tras la caída, aplastados contra el piso.

Hizo un breve silencio.

—La única solución para frenar males mayores es que el sujeto olvide antes de ser entregado al juez.

—¿Olvide?

—Sí. De lo que dijera en la Justicia ya no habría retorno.

Y continuó en voz más baja:

—Hablo de administrarle una droga que deje en blanco su memoria.

Se hizo un largo silencio, una eternidad de segundos pesados. —Es casi un asesinato —dijo por lo bajo el presidente.

El jefe de Gabinete lo miró a los ojos:

—Pero sin dejar huellas, señor.

Se reclinó en el sillón y, como justificándose, argumentó:

—El tipo es un loco y un adicto a drogas pesadas que, minutos antes de llegar la policía, se dio un viaje del cual no retornó, por lo menos no su memoria.

El presidente llamó al ordenanza, pidió agua mineral, cafés, hielo y whisky.

Cuando el primer sorbo de Johnnie Walker etiqueta negra bajó fresco hasta sus entrañas, el presidente pensó que nunca, jamás, había imaginado que su jefe de Gabinete podía ser así de... expeditivo. Tan apegado a las leyes y reglamentaciones, tan chupatintas que parecía, terminaba proponiendo la

lobotomía química para ese degenerado.

El joven abogado de meteórica carrera académica y nula trayectoria política devenido ministro del Interior sabía que ahora le tocaba a él. Esperó que el presidente lo mirara y arremetió con lo que había maquinado.

—La idea de liberar a este pobre diablo de las garras de su propia memoria es piadosa y enteramente conveniente.

Hizo un gesto aprobatorio y siguió:

—Comparto absolutamente que no podamos decir que este es el segundo. El infectado.

Abrió los ojos y levantó las cejas:

—Pero creo que no debemos ocultarlo, sino decir que es el asesino.

Se acercó hacia la mesa y se sirvió agua.

—Tarde o temprano la gente sabrá que es solo uno de ellos — dijo el presidente.

—Pero cuando se sepa que el detenido es culpable solamente de los últimos dos homicidios, el de Carlos Luis Sánchez y el del niño encontrado en su domicilio, en ese momento, señor, si logramos administrar correctamente la información, la gente no sufrirá más que una transitoria decepción. Tendrá la sensación de volver al mismo lugar que estaba antes de su detención, pero no más atrás. No sería una catástrofe, apenas un traspie.

—Y ¿con qué objetivo? —preguntó el presidente.

El joven detuvo su mirada largamente en los ojos del mandatario.

—Ganar las elecciones, señor.

Una explosión en cada una de las almas presentes.

—No será el único, pero es un asesino —continuó el ministro—.

Quedan nueve días para los comicios: hoy es viernes, son las once de la noche, nadie se ha enterado de su detención. El lunes al mediodía lo volvemos a detener, a la tarde se lo entregamos al juez; a la noche, ya pasados los noticieros, se enteran los periodistas, y el martes a la mañana los diarios informan que hemos detenido al asesino.

—¿Y entonces?

—Entonces, hacemos política. Entre el martes y el domingo de las elecciones, debe quedar claro para la población la diferencia entre un charlatán y un jefe de Estado, entre un caudillo con verba y un presidente

eficiente. Es cierto, tarde o temprano habrá otro asesinato y otro asesino, pero ya habremos ganado.

Un tornado había pasado por el salón.

—¿Usted qué piensa? —le preguntó el presidente al jefe de Gabinete.

¿Qué debo decirle?, se interpeló el interrogado. Hubiese querido poder rezar por lo bajo tres veces un ayudame Virgencita, pero el doctor, muy de sotanas cuando la política lo requería, era para sí tan ateo como un buen marxista. Bien pensado, era aún más ateo, ya que — como advirtió el sagaz de Camus— los marxistas supieron reemplazar a Dios por la Historia, de manera que los designios de esta, más transparentes y explicables, sin duda, que los del Señor, cumplían idéntica función canónica que los Diez Mandamientos. Pero, para su desgracia, el jefe de Gabinete no creía ni en Dios ni en la Historia.

Así que tenía que resolverlo en los próximos tres segundos. El jefe de Gabinete tomó la botella y se sirvió un whisky para ganar tiempo.

Si el plan del joven ministro tuviese destino de fracaso, lo que allí dijera no tendría importancia, ya que todos los presentes formarían parte del pasado.

Mientras se servía, su mente sopesó las dos posibilidades que había para el caso de que no fuese así y la argucia obtuviera la ansiada reelección. Estar en contra lo dejaría fuera de toda aspiración, estar a favor lo ubicaría dentro del próximo gobierno, pero irremediablemente por debajo del joven ministro.

Pasaron los tres segundos, el jefe de Gabinete bebió su scotch.

—Existen los principios, señor: lo que está bien y lo que está mal —dijo, al fin.

Tomó otro sorbo, extendió el momento, esa sería su escasa venganza.

—Pero el bien y el mal en política no son el mismo bien y el mismo mal que enseñamos a nuestros nietos.

Se acercó a la mesa baja que estaba entre los sillones.

—Al fin de cuentas no mentiríamos, solamente no diríamos toda la verdad. Y, señor, ¡quién en su sano juicio podría acusarnos de eso si, procediendo diferente, provocaríamos el pánico!

El joven ministro se extrañó agradablemente de las palabras de su veterano colega. Lo había pensado distinto, más acartonado, más a la antigua.

—En resumen —dijo el presidente—, detenemos al asesino y se lo

entregamos al juez después de liberarlo de los horrores de su memoria. Las pruebas son irrefutables sobre las últimas dos muertes y será lógico que los medios infieran que es el culpable de todas.

El presidente, que ya había acabado su vaso de Juancito Caminador etiqueta negra, miró al inspector.

—¿A usted qué le parece?

—Demasiado armado.

El joven ministro abrió los ojos, no podía dar crédito a lo que había escuchado, ¿sería el inspector, su propio alfil en el ajedrez que estaba jugando, quien destruyera el plan?

—Pero va a funcionar si lo desestructuramos un poco.

—¿Cómo es eso?

—El asesino es uno solo y es ese... pero alguien podría haberlo ayudado, alguien que aún no logramos atrapar... Nadie de por sí peligroso... el éxito no debe mostrarse absoluto para no levantar sospechas.

Mientras el joven ministro permanecía con la boca abierta, el jefe de Gabinete alzó su vaso:

—Brillante, inspector. ¡Nadie dijo que lo nuestro era la magia!, ¿verdad? Lo nuestro es trabajo y el electorado se inclinará por que completemos la faena empezada.

Uno, dos, cinco, diez segundos de suspenso. Los hombres miraban al que tenía la última palabra, alguno de frente, otros de soslayo.

—Entonces, está hecho —sentenció el presidente.

Hay momentos en que la historia parece detenerse. Es apenas por un instante; después, todo lo que deba ser será. El país quedó liberado de la pesadilla del feroz asesino; aunque solo por escasas jornadas.

* * *

Creyó que iba a tener algo y solo tenía un libro.

Laputamadre.

Se puso el impermeable y salió a la calle.

Que no tengo nada. Nada de nada. Se miró en el espejo de una vidriera:

López, sos un nabo, un nabo coronado de laureles es siempre un nabo. Un programa, ¿quién te va a dar un programa a vos? A Lorenzo el coronado, el meado por una yunta de dinosaurios.

Mientras la conciencia de López así lo recriminaba, el ánfora oscura de su inconsciente guió sus pasos por la tenue llovizna hacia la casa de Miriam. López recién se dio cuenta de adónde había llegado cuando estuvo parado frente al portero eléctrico y su dedo índice ya había apretado el primero A.

No sabía por qué poronga pero la necesitaba. O sí lo sabía. Sintió que le temblaban las piernas.

Miriam no le abrió, bajó ella y apoyada en la cancel le informó que estaba ocupada. —¿Visitas?

(¿Un hombre?).

Ella hizo un gesto, no era un simple sí, sino más bien un ¿qué te pensás? Claro que no podés subir porque estoy con un hombre.

López miró hacia la esquina, no quería que viese sus ojos humedeciéndose.

Estás afuera, López, afuera para siempre.

Él dijo algo como una despedida o un pedido de disculpas por no haber llamado, pensó en darle un beso en la mejilla, pero solamente dijo "chau" y emprendió la retirada.

—Lorenzo.

López se dio vuelta.

—Te van a llamar de mi parte.

—¿Quién?

—Un abogado.

—...

—Por lo que me debés. No lo tomes a mal, sé que tenés problemas, pero yo también, además está el nene.

López abrió los brazos y apretó los labios. Entiendo, la cuota, la deuda, lo impago. Debés pagar, López, ¡pagar! Con cárcel o con dinero pero pagar. ¡Lo iba a llamar un abogado! Ella siempre fue la que pudo.

Por qué sería que nunca fallaba con las minas que no le interesaban, pero con Miriam centenares de veces no había podido. Es brutal para un hombre no poder. Cuando se es viejo, cuando se observa la muerte como un

acontecimiento próximo, vaya y pase, debe ser duro pero vaya y pase; pero a su edad el no poder era más criminal que ese loco que andaba suelto, ese asesino de mierda que se había burlado de él dejándole apenas un puto libro.

Cuando llegó a la esquina vio estacionado el Symbol gris del que se estaba curtiendo a Miriam. ¡El abogado! Ese tipo era abogado, ahora lo recordaba. ¿Lo llamaría él? Miriam no podía ser tan cruel.

Una ola de ira explotó dentro de López. Ese tipo no solo se la cogía a ella, lo estaba penetrando a él, al muy puto de Lorenzo, el coronado López. Lo ganó el odio, podía sentir su verga dentro del orto.

Se abrió la bragueta y extrajo su miembro, estaba erecto, seguro que ahora podría penetrarla. Y, en la oscuridad de la noche, se echó un largo y caliente meo sobre el Symbol gris.

—Laputamadre. Lamuyputamadrequeteparió.

López caminaba por las veredas ausentes de transeúntes, acompañado esporádicamente por el trajinar de algún cartonero. Caminaba ensimismado, sin reparar en las sombras de miradas vidriosas que levantaban su vivienda en cualquier hueco olvidado. Constitución es un barrio feroz. Y sucio, asquerosamente sucio cerca de la terminal del ferrocarril. Los papeles, las bolsas abiertas, la caca de los perros, alguna rata que se atreve por las alcantarillas y cucarachas inmensas como él no había visto en otra zona de la ciudad puerto. Constitución, gracias al tren, es la puerta de entrada proletaria que la Capital ofrece al sur suburbano. Allá lejos, pasando el primero y el segundo cordón, se llegaba a comarcas cuyo peor defecto no era la pobreza sino una impudorosa inequidad. Territorios donde nunca vieron a la pobre mina, tan cieguita con su ojos vendados, tan ridícula con su inútil balanza.

Cuando López estaba deprimido, y esa noche su corazón se hundía en el lodazal del destino, gustaba de caminar por las veredas rotas del barrio de Constitución. ¿Por qué no le salía una? ¡Por qué mierda no me sale una! Porque sos un nabo, por eso. Un infeliz que desde chico no distingue el short del calzoncillo. Tenés que fingir que te gusta Mozart cuando te aburre, que leíste a Joyce y devoraste a Marai,

repetís que Arlt era un grande pese a lo mal que escribía y afirmás que Walsh o Borges, según quién esté enfrente, es el gran cuentista argentino. Lorencito, sos un nabo de cuarta.

Se la está cogiendo. Ahora mismo se la está cogiendo.

Por la imaginación ardiente de López pasó el rostro de Miriam riéndose, y besando al del Symbol y dando cortos aullidos de satisfacción y soltando ayes pedigüeños.

Para colmo de males había quedado calenturiento como un adolescente. Dobló la esquina, a media cuadra vio reunidas a cuatro o cinco mujeres. Las putas de Constitución ejercen con dedicación obrera su oficio, dicen que son tan merecedoras de crédito como cualquier meretriz de barrios más afortunados. Pero lo cierto es que no pertenecen a la crema del mundo prostibulario y necesitan subirse a enormes zancos, acortar sus faldas hasta la más mínima expresión y estarse allí, a metros del hotel, aunque campeasen la lluvia y el frío, hablando entre sí pero atentas a los automovilistas. Un transeúnte cuarentón y desaliñado no es para ellas el mejor cliente. Pero es un cliente y esa noche faltaban consumidores para sus módicos encantos.

López eligió a una chica que debía tener veintitantos, de redondeadas formas y larga cabellera teñida, minutos después López yacía en la cama de una habitación con olor a desinfectante. La Yoli salió del baño y se extendió junto a él; López pensó que era menos voluminosa y más armónica de lo que había pensado. Encendió un cigarrillo.

—No lo tomes a mal, pero me gustaría saber tu nombre verdadero. Mirá, yo me llamo Lorenzo, que quiere decir "el coronado de laureles".

Después siguió una inútil explicación de por qué deseaba conocer su nombre de pila, una espiral de argumentaciones que la chica suspendió al decirle "Julia", mientras sostenía una sonrisa de labios cerrados y le acariciaba la mejilla. López pensó que cambiar el fresco nombre de Julia por el desabrido Yolanda, y todavía hundido más abreviándolo como Yoli, era absurdo. Al mismo tiempo fue sorprendido por la caricia, un gesto suave hecho con el dorso de la mano, un arrumaco quedo, incluso maternal.

La Yolanda—Julia, mirada cansada de ojos marrones y pestañas empastadas por el rímel, rompió el sobre de Tulipán y bajó para colocarlo con la boca. Lo hizo con desatenta precisión profesional: lo demás quedaba a cargo del tipo. Como es lógico admitir, el encanto, el

objeto real del deseo real, corresponde a la imaginación del cliente. Pero en ese mismo momento, mientras Yolanda—Julia se afanaba, la fantasía de

López lo alejaba de ese lugar, lejos de cualquier ritmo carnal, indiferente al territorio abrasador y húmedo del sexo. O quizás no, y la fantasía había encontrado las arenas de un sexo prístino y perdido, un sexo que tenía más que ver con la redención que con la descarga. López la tomó de los hombros, hizo que el cuerpo de la mujer descansara encima del suyo y la abrazó, simplemente. Con su miembro enhiesto pero olvidado entre los muslos de ella, le pidió que se quedase así, quieta, laxa, suya por la próxima hora.

Yolanda—Julia y Lorenzo se durmieron en esa posición. Ella tenía el cuerpo tan cansado, su jornada había empezado dieciocho horas antes llevando a sus dos críos a la escuela; él hospedaba el alma agotada, fatigada de dolor y soledad.

Huérfanos, permanecieron yertos por largos minutos. Hasta que sonó el celular de López:

—Estoy en deuda con usted. Mañana, cuatro de la tarde, en Diagonal y Maipú. No lleve nada, no lo va a necesitar, y vaya solo.

Y sin esperar respuesta, el asesino cortó.

* * *

No es fácil, la vida no es nada fácil, eso pensó López mientras abría la puerta de su módico departamento. Mañana el homicida cometería otro asesinato y él era el único que lo sabía. Podía llamar a la Policía, quizás podrían evitar la muerte.

Tomó el teléfono.

Se transformaría en un héroe.

En un campeón.

Un adalid que duraría un suspiro. Efímero como mariposa, victorioso hasta que el alud de noticias encaminase la atención hacia otros rincones.

Marcó mecánicamente un número en el aparato.

Tenía que hacer algo para que, cuando bajase la marea, quedara algo para él del castillo de arena. Algo tangible. Algo más que palabras amorosas escritas en la arena y borradas por la pleamar. Porque al fin de cuentas el que perdía era él. Tal desapego tenía para López un costo inmenso. Su

metamorfosis en héroe y los neones titilantes de algún encabezado lo cotizaban mal, su futuro de campeón se hacía añicos.

—Homicidios —dijo la voz en el teléfono.

Sería un héroe, pero el heroísmo pagaba menos que el crimen. Y él, Lorenzo López, necesitaba de ese asesino. Su porvenir requería la primicia, exigía imágenes, quizás hasta una declaración. Cualquier cosa, pero que solamente él tuviera.

Avisar, vestir ropas de hazañas y virtudes era despedirse de sus sueños, decirle adiós al programa de televisión, su futuro eliminado, suprimido, hecho trizas. Sufrir por el resto de la vida redacciones hacinadas y cafés de máquinas expendedoras, y seguir por años llamando a los importantes sin lograr nada.

Pero ahora tenía entre sus manos algo que podía transformarlo en importante, ya no le dirían que el nabo a quien buscaba afanosamente "está reunido", y sería bienvenido en las reuniones exclusivas. Incluso tendría una secretaria dedicada a informar a los arribistas que el señor López estaba reunido. Imaginó a Miriam escuchando: "El señor López está reunido"; imaginó a la muy puta de Miriam deseándolo, sufriendo, masturbándose por él.

—Homicidios —repitió la voz.

Además, difícilmente evitaría la muerte del condenado, se dijo, quizás, incluso, es posible que el crimen ya se hubiera cometido. Y, si no atrapaban al asesino, que era lo más seguro, él estaría en gravísimos problemas. Quizás hasta fuese su próxima víctima. Dejaría sin padre a Pablo.

Colgó.

Pablo nunca lo necesitó; prefería a la madre y a los abuelos y a cualquier boludo suelto; nunca a él, jamás. Había sido difícil después de la separación, primero lo iba a ver dos veces por semana, después una y en los últimos años no pasaba por su hijo más de una vez por mes. Y le tenía miedo, le tenía pavor a Pablo. Sabía que para sus ojos púberes no era más que un perdedor y que su madre nunca jamás lo había defendido. Miriam era de esas que saben muy bien cómo hacer que los hijos desprecien a sus padres.

La mente de López prefirió no maquinarse más. Su fervor navegó entre sueños y en ellos fue alguien, un tipo importante con un programa de televisión y una casa de lujo. En su fantasía hizo el amor con Yolanda—Julia, que

después atendía el teléfono y le decía a Miriam que ahora Lorenzo era suyo. Miriam juraba que era el hombre de su vida y que lo iba a esperar porque nada tenía sentido sin él. En el sueño también aparecía un juez que lo declaraba culpable de todos los asesinatos cometidos y era condenado a sucumbir en las eternas tinieblas. "Usted es peor que ese demente", exclamaba el juez, que tenía la cara de Pablo, y que dejaba libre al loco asesino que se iba con Yolanda—Julia y con Miriam. Y su madre lo escupía y también la joven señora del barrio; Miriam y Yolanda—Julia aparecían en un programa gritando que era un criminal y él estaba en una celda pequeña en la que solo podía estar parado y vestía ropas de preso. Después la celda se transformaba en un desierto y sufría de hambre y sed, mover los párpados le dolía como si tuviese arena en los ojos y caía de rodillas y pedía perdón y decía que había sido por un programa de televisión, por ser alguien, un importante, un coronado de laureles. En el sueño moría boca arriba, el sol en el cenit abrasando su cuerpo y su madre y Miriam y Yolanda—Julia y la joven señora de su barrio hacían lluvia con sus escupitajos.

EL CERCO

1

Había acabado todo. Y ahora, despatarrado en el viejo sillón del living, el cuello de la camisa desabrochado, los pies descalzos y una cerveza en su mano derecha, se dijo que, al fin de cuentas, había sido inevitable.

Después de la final aprobación del presidente, él había ido al baño. Descargó su vejiga, se lavó las manos y humedeció sus mejillas y párpados. Parecía mentira, estaba viejo y distraído, años atrás no los hubiera dejado solos.

Al salir del baño, al primero que vio fue al inspector, hacía que miraba distraídamente por el ventanal la Plaza de Mayo envuelta en el terciopelo de una noche sin luna.

Se quedó parado, a distancia, protegido por una columna, observándolos.

El presidente y el joven ministro del Interior hablaban con apuro. En un momento el presidente hizo un gesto afirmativo, se dieron la mano y el joven dio unos pasos hacia la salida seguido por el inspector.

Una vez cerrada la puerta, él reanudó su camino hacia el salón.

El presidente le preguntó alguna nimiedad y bajaron juntos en el ascensor. Antes de despedirse, el presidente le dijo que ponía en sus manos el anuncio.

Intuitivo como era, receló del pedido.

Que le correspondía al ministro del Interior, argumentó.

—Sí, pero es muy joven y aún no lo conocen —le contestó el presidente —. Necesitamos alguien más creíble, enteramente creíble. Presintió gato encerrado, pero no podía negarse. Salieron del ascensor.

—Por eso quiero que sea usted.

La mano del presidente encima de su hombro izquierdo.

—A usted le van a creer, ¿tiene cuatro décadas de política sobre el lomo!

En otras circunstancias el cambio hubiese sido insignificante. El simple reemplazo del artículo indefinido "un" por el definido y definitorio "el". Le daba mala espina, pero no podía negarse.

Así que sería él nomás. Él anunciaría la captura "del" y no de "un" asesino, diferencia gramatical usualmente pequeña, pero que en este caso abría perspectivas diabólicamente diferentes.

Muchos son los oficios que se parecen al del actor. Un narrador, por ejemplo, actúa para sí sus personajes y encuentra la carne y lo visceral de estos. Los vendedores, los médicos, los abogados y tantos otros con diferentes oficios, también componen hábilmente personajes de ficción. La diferencia es que repiten siempre el mismo, mientras que los actores y los narradores dan vida hoy a una criatura, mañana a otra. De modo que lo que hace creíble a vendedores, médicos y abogados — componer la misma personalidad durante años— no es más que desmérito en los otros.

Un buen político también es un actor, un actor de un único personaje que debe permanecer sin mutaciones en cualquier circunstancia. En un mundo dinámico, en el que salvo los muertos nada permanece quieto, el político debe dar la sensación de persistir fiel a las mismas ideas.

El personaje que había compuesto durante cuarenta años el jefe de Gabinete era el de un formalista extremo. Alguien para el que las formas eran todo; más aún, que no admite diferencia entre forma y contenido. Cuidadoso en sus declaraciones, respetuoso de las leyes, fuesen estas buenas o malas, lo desvelaba la legalidad de los actos, no la bondad ni el beneficio de estos. Para la opinión pública era un hombre confiable; para sus amigos, e incluso para sus enemigos, era un hombre confiable. Si él decía que habían detenido al homicida, habían detenido al homicida.

Pero en ese momento, a horas del anuncio, sentado a medio desvestirse en su sillón favorito, cerveza en mano y Miles Davis saliendo por los parlantes, memoraba lo sucedido. Estaba seguro de que había sido idea del joven ministro. Si después de ganadas las elecciones había que dar marcha atrás, él sería el fusible y el joven colega ocuparía su puesto.

El sistema siempre debe regenerarse.

Claro que no lo iban a tirar por la borda, al fin y al cabo los tres eran tripulantes del mismo barco. Pensó que le ofrecerían un ministerio, un ministerio secundario, con menor presupuesto, menor influencia y más tranquilidad.

Terminó la cerveza y fue hacia la heladera para tomar otra, se paró un instante para verse en el espejo del living: ¡cómo habían pasado los años! Y no solo por las canas y las arrugas y las manchas en sus manos huesudas, sino por el peso de su mirada cansada.

No, no quería otro ministerio, quizás fuese mejor terminar de una buena vez la carrera. La gente piensa que los políticos no hacen nada, ¡qué equivocados!, el político trabaja más que un estibador de puerto. Las veinticuatro horas, todos los días del año. Trata de adelantarse a los adversarios, a cada minuto crea o consolida poder, establece zonas de influencia y, cuando es el momento, bien trama la telaraña. Y lo hace con el que dé lugar, incluso con los mismos derrotados. Pero eso es solamente una parte. También hay que adelantarse a los amigos para ascender o para no precipitarse en la jerarquía de la propia jauría, y tal labor también ocupaba las veinticuatro horas del día, todos los santos días de una vida.

Tenía que reconocer que después de cuarenta años estaba cansado. Quizás ya era hora de terminar de jugar en el primer equipo y retirarse. Nada de pequeños ministerios, mejor una buena embajada en un país europeo, Holanda, quizás Grecia.

—¿Querés algo, querido? —le preguntó su mujer al verlo frente a la heladera abierta.

Cuarenta años en el mismo partido y con la misma mujer era todo un récord. Diez años más joven, esa mujer, a diferencia de sus colegas, aún le resultaba apetecible.

—Sí —le contestó, cerró la heladera y entró en la habitación. La mujer, sorprendida por que no hubiese tomado nada, se dijo que hacía cuarenta años que no lograba entender a ese hombre.

* * *

Faltaban dos minutos para las cuatro de la tarde y ahí estaba.

"Estoy en deuda con usted", había dicho. Mañana, cuatro de la tarde, en Diagonal y Maipú. No lleve nada, no lo va a necesitar y vaya solo.

López se preguntó de qué lado de la ancha avenida lo encontraría, ¿de la vereda sur o de la norte? Había venido caminando desde Belgrano por Chacabuco, estaba en una de las dos ochavas que daban al sur. Es muy ancha, se repitió, si está del otro lado no me va a ver. Tuvo la intuición de que él vendría desde Corrientes, así que a las cuatro en punto cruzó a buen paso la avenida.

Ya del lado norte, López se dijo que también podría llegar de Avenida de Mayo y que, de ser así, si viniese desde el sur, ahora que había cruzado, quizás no lo reconocería. Porque se supone que el asesino debe conocerme. A López se le pasó por la cabeza que no debía llamarlo asesino, no se llama asesino al asesino de quien depende nuestro futuro. Se me puede escapar en la conversación, sería catastrófico. Después de buscar y rebuscar en su memoria, no descubrió la palabra indicada. Así que decidió llamarlo Bernardo. Bernardo, si no le parece mal. Puede ser otro nombre, como usted quiera... otro, digo, distinto. Si no, lo dejamos así... Llamemé Arancibia. Imaginó que le contestaba. Arancibia. No quiere que lo llame por el nombre, prefiere cierta distancia, seguramente que lo trate de usted.

López miró el reloj: eran las cuatro y diez. También puede venir caminando por Diagonal, desde Plaza de Mayo o desde el Obelisco y podía hacerla tanto por la vereda sur como por la norte. En definitiva, no tenía la más remota idea de dónde pararse. Cruzó otra vez y, mientras cruzaba, pensó que lo que tenía que hacer era quedarse quieto. Si camino puede no distinguirme, se dijo mientras consultaba su reloj.

A las cuatro y cuarto sonó su celular.

—Camine por Maipú hacia Rivadavia, siga hasta Belgrano y espere que lo vuelva a llamar.

López no pudo pronunciar palabra, no lo dejó. Sabía que la voz era masculina, pero no acertaba, por la distorsión que tenía, si pertenecía a un joven o a un viejo. Sonaba tranquila y segura de sí, era una voz que ordenaba pero no imperiosa y, más que nada, no pretendía infundir miedo.

Lo separaban del destino seis cuadras, unos doce minutos, nueve a paso

ligero. Cruzó Rivadavia, ahora Maipú se transformaba en Chacabuco. ¿Habría alguna relación?... Dos batallas de la Independencia, se preguntó a veinte metros de Alsina. ¿Se creará San Martín? "Bernardo, el padre de los asesinos seriales", imaginó un titular. Trató de retenerlo en la mente. No estaba mal... Claro que era una boludez, apenas una especulación tan retorcida como imposible. Le temblaban las manos, tenía la garganta seca y la respiración entrecortada.

Media cuadra antes de llegar a Belgrano sonó nuevamente su teléfono.

—699, tercer piso, oficina A. En diez minutos. Diga que va a la consultora, que tiene que ver a la señora Palmira. Toma el ascensor y va al quinto piso, entendió, el quinto, y después baja por las escaleras hasta el tercero. La puerta de la oficina A va a estar abierta. Le dije que no lleve nada, no va a necesitar fotos, dejé un cedé, lléveselo. Pero no lo use hasta que el hecho se haga público. ¿Entendió? Es importante: no lo use hasta que se haga público.

López dijo que sí. Iba a preguntarle algo cuando sintió que del otro lado de la línea cortaban.

López apuró el paso, tres cuabras. Solo tres cuabras. Al cruzar la primera bocacalle, se dio cuenta de que tampoco ese día lo vería. ¡Pero voy a tener imágenes! La excitación le provocó ganas de devolver.

Cruzó la segunda, México. Lo separaban menos de cien metros de su futuro, la mente se le puso en blanco, e hizo los últimos cincuenta metros sin conciencia, sin pasado ni presente, solamente dos piernas y la sensación de que el aire apenas entraba a sus fatigados pulmones.

Llegó a la esquina de Chacabuco y Chile, pero no encontró la dirección. Buscó, desesperado. ¡Chacabuco 699 no existía! ¡Mierda, asesino hijodeputaylaputamadrequetere milparió! Se apoyó en la pared, la transpiración bañaba su frente, cerró los ojos por largos segundos y cuando los abrió, vio, enfrente, un pórtico de mármol gris oscuro, una puerta de dos hojas dorada, y arriba, en bajorrelieve, Chile 699.

¡Era Chile y no Chacabuco!

Cruzó, entró en el edificio y encaró al encargado:

—Voy a la consultora, a ver a la señora Palmira.

—Quinto piso —contestó el tipo.

No lo podía creer. Apenas si tuvo fuerzas para abrir la puerta del ascensor,

apenas si contuvo el temblor de su dedo índice al apretar el botón del quinto, apenas tuvo aliento para bajar los dos pisos por la escalera.

* * *

No cualquiera llega a las luminarias de los teatros. Se requiere suerte, gran talento y un infinito esfuerzo; a estos ingredientes hay que agregar años de carrera, ese sordo trajinar desde los pequeños papeles hasta los protagónicos, curtir la piel con Sófocles y Shakespeare, el vernáculo Cossa y el absurdo Ionesco. También hay otro camino, menos azaroso, sin ascender uno a uno los peldaños. Se exige más suerte, mucha más suerte, pero una dosis algo menor de talento y horas de trabajo incansables, a lo que debe agregarse la inexcusable condición de poseer un afiebrado carisma debajo del escenario. Por fin, existe un camino todavía más corto y directo. Urge una cantidad aún mayor de suerte, acompañada por una determinación sin pruritos debajo del escenario, además, es necesario saciar la imaginación ardiente de un público incapaz de cualquier discriminación y, sobre todo, carecer por completo del sentimiento de vergüenza.

Siempre ha sido fácil acusar a quienes supieron escribir sus nombres en las marquesinas de neón y callar, con cobarde demagogia y silencio cómplice, la culpa de los ciudadanos anónimos. Esos que función tras función contribuyeron con su entrada a la construcción del fulgor espurio del divo.

Coco Babani, nacido Juan Carlos Jiménez, había comenzado el primero y más peligroso de los caminos. Había estudiado con un par de próceres y encarnado con celo pequeños papeles que no pasaban de unas pocas líneas de texto, incluso alguno en el que apenas abría una puerta. Creía que siempre existía una gran manera de hacer un papel, por pequeño que fuese.

Jiménez todavía no era Babani cuando llegó a sus iniciales protagónicos en teatros desconocidos para el gran público, puso en ellos una despiadada imaginación. Tal ardor llamó la atención de algún crítico y de un selecto grupo de teatristas. Juan Carlos Jiménez ya era Coco Babani cuando obtuvo su primer papel secundario en una película. Creyó que tocaba el cielo con las manos; se dijo, entonces, que debía ser más selectivo con sus trabajos. De tal

convicción lo persuadió un viejo colega que, con unas cuantas copas de más, le advirtió que no siguiera su camino.

—Soy un gran actor de papeles insignificantes. Soy el que abro la puerta y dice que la mesa está servida, ¡pero de qué manera!... ¡Todo un fracaso!

Las palabras de su alcoholizado colega lo llenaron de pavor y por dos años rechazó por pequeños todos los roles que le ofrecían. El día que cumplía veintiocho años tomó una dosis extra de los comprimidos celestes, desconectó el teléfono y durmió por dos largos días. Cuando despertó, sabía lo que tenía que hacer.

Jiménez—Babani llamó a un importante productor teatral y le preguntó qué debía hacer para obtener un protagónico en uno de sus próximos estrenos. Cinco años después de ese llamado, cuando su nombre había alcanzado las luminarias, Coco Babani pendía del techo de una oficina del tercer piso de Chile 699.

* * *

Al principio, López no vio nada extraño, era una oficina común, las paredes de color marfil, pesados archiveros de metal, un par de escritorios y un desagradable aroma floral en el aire. Cerró la puerta tras de sí. Caminó por un pasillo, examinó una segunda oficina, tenía un único escritorio más amplio y señorial y un par de reproducciones colgadas de las paredes. Siguió hasta una puerta en la que podía leerse "privado" y la abrió. Entró en una especie de depósito donde se apilaban centenares de cajas de cartón, formando columnas de unos dos metros de alto que construían pasillos estrechos por los que había que caminar de perfil. Los pasillos a su vez terminaban en otros pasillos, un laberinto lóbrego y silencioso. Caminó hacia lo que debía ser el fondo y donde, a juzgar por la luz que bañaba las cajas, debía haber una amplia ventana. Fue allí, en el fondo, delante del amplio ventanal cubierto con una cortina de voile, que lo encontró.

Sintió náuseas.

Cuando pudo despegar su mirada del cuerpo, observó, encima de una mesita, un cedé. Tenía escrito el número 23 y una mancha de un rojo oscuro

cerca del borde. Envolvió el disco en un pañuelo y lo introdujo en el amplio bolsillo de su campera; después fue hacia la recepción, salió al pasillo, subió dos pisos por escalera, llamó al ascensor y salió del edificio con el corazón preso de un frenético galope.

No tuvo intuición alguna, simplemente casi no podía caminar. Fue por eso que entró en el bar y pidió una cerveza y un especial de cocido y queso. Media hora después, mientras se preguntaba si las piernas ya podrían sostenerlo, vio entrar al edificio a cinco individuos que no podían ser otra cosa que policías. No tenía nada para fotografiarlos pero no le importó, guardaba en el bolsillo algo infinitamente mejor.

En su casa, whisky en mano, vio el cedé. El asesino tenía una fijación con la sangre, por eso le había gustado lo de la gota. Además, ese desquiciado se creía un artista. Fue al terminar el segundo whisky que se dio cuenta de que Russo no lo había llamado. Si no llama no importa, ya tengo...

Pero es raro. Muy raro, se dijo.

Cuando se despertó a la mañana, no podía pensar en otra cosa que no fuese el llamado de Russo. ¡Arregló con otro! Seguro que arregló con otro. Un traidor, es un puto traidor. ¡Mejor! No reparto. Es todo para mí. Él negocia unas fotos de mierda, yo un video grabado por el mismísimo asesino.

Se vistió y fue al quiosco, compró todos los diarios. Pero no decían nada. Absolutamente nada. Como si el asesinato no se hubiera producido.

Al mediodía no pudo más y llamó a Russo, pero el celular estaba apagado. Aquí pasa algo, se dijo... Estuvo toda la tarde buscándolo en los bares cercanos al Departamento. Ni rastros. Hasta que a las ocho y media de la noche la casualidad quiso que se lo cruzara en la esquina de Sáenz Peña y Alsina. Entonces se enteró: Russo ya no estaba en la investigación, le habían dado una patada en el culo y no parecía tener idea de las últimas novedades.

No le dijo que el asesino había vuelto a matar, ni que ahora tenía contacto directo con ese loco, ni del cedé.

—¡Lástima, Russo!, iba a ser un buen negocio.

Lástima, Russo, estás afuera. Lástima. Sos un perdedor, como fui yo toda mi vida.

* * *

La mente en blanco.

Otra vez la sensación de vértigo. ¿Y cuándo lo van a dar a conocer?, pregunta y se pregunta mientras camina hacia la redacción. Una tarde en blanco es una eternidad de ansias, de minutos parecidos a meses y horas a siglos. Cada diez segundos su mirada iba hacia el televisor de la redacción, esperaba un flash informativo y un titular catástrofe. Tomó una docena de cafés dobles y fumó un atado completo de cigarrillos. De los miles de periodistas de la gran ciudad, él, Lorenzo López, era el único que tenía un video grabado por el asesino, pero le había aclarado que no podía hacer nada hasta que se diese a conocer. No tenía ni la más remota idea del porqué de tal imposición, pero recordaba con claridad que le había dicho dos veces que esperara, "no lo use hasta que el hecho se haga público. ¿Entendió? Es importante: no lo use hasta que se haga público".

* * *

El martes anterior a los comicios presidenciales, a las diez de la mañana, llamaron a conferencia de prensa. Una hora después un centenar de periodistas esperaban ansiosos, se afirmaba que el joven ministro de meteórica carrera llevaría noticias últimas e importantísimas sobre la búsqueda del asesino. Incluso algún periodista arriesgó en el micrófono que se especulaba una posible detención. Pero no fue el ministro del Interior el que apareció.

"Es muy joven y aún no lo conocen —había dicho el presidente—. Necesitamos alguien más creíble, enteramente creíble. Por eso lo quiero a usted... A usted le van a creer, ¡tiene cuatro décadas de política sobre el lomo!".

Y allí estaba el jefe de Gabinete, cambiando el artículo indefinido "un" por el definido "el".

—El asesino ha sido detenido —dijo.

Su futuro ya no sería el de jefe de Gabinete, no ocuparía cargo alguno en el Ejecutivo. Sería la cara recordable de un bochorno a cambio de una embajada

en el Viejo Mundo.

—Ayer, lunes, fue detenido. Todo está en manos del juez y bajo secreto de sumario.

Y dio por terminada la conferencia. Los hombres de prensa llamaron la atención acerca de la inusual sobriedad del anuncio. Especularon sobre ese hombre de experiencia que había preferido no colocarse en el centro del escenario, dejando implícitamente el papel protagónico al presidente. Había sido lacónico y no ensayó siquiera una sonrisa de compromiso; el tema, evidentemente, no ameritaba festejos.

* * *

"El asesino ha sido detenido. Ayer, lunes, fue detenido. Todo está en manos del juez y bajo secreto de sumario", escuchó López y sintió que, después de interminables horas, el alma le volvía al cuerpo. Pensamiento equivocado el de López, ya que nunca como en esas horas había tenido su alma tan encarnada.

Respiró hondo y salió a la calle.

Ahora sabrán quién soy.

Tomó su celular, marcó un número.

—El señor está reunido.

—Dígale que soy yo, que le... que es importante.

—...

—Me quedo en línea. Dígaselo, está esperando mi llamada. La mujer interrumpió al Inglés no muy convencida. —López.

—Inglés, tengo un material único... un video grabado por él. —Tráigalo.

—Pero tenemos que hablar.

—Tráigalo.

2

Antes tenían que hablar, se lo había dicho, pero el Inglés, tan dueño de sí, le contestó que primero quería ver el material.

—Tranquilo, López —le soltó, mientras hacía correr las pesadas cortinas.

Después se acercó y López, cuya vista aún no se había acostumbrado a la oscuridad, le entregó el material sin protestar.

—Veamos qué tenemos.

El Inglés colocó el cedé en la lectora y le hizo un gesto con la mano para que se sentara. Los dos, uno al lado del otro en el amplio sillón de cuero beige. Uno, López, con un pronunciado temblor en la pierna derecha; el otro, el Inglés, disimulando su ansiedad con astucia de mercader taimado.

Los números del contador comenzaron a moverse. López sintió que le faltaba el aire y soportó un ligero vahído. Tres minutos y veintisiete segundos después, las imágenes habían terminado y el Inglés continuaba con la mirada entumecida en la pantalla. Para su sorpresa, él también sintió que le faltaba el aire.

—Mierda, López, esto sí que es fuerte.

Dijo el Inglés sin mirado, sin mover un solo músculo.

—Hay que editarlo, no lo podemos sacar al aire así; ese hombre está verdaderamente loco. ¿Cómo lo consiguió? —Me lo dio él.

—¿Se lo envió a la redacción?

—Me lo dejó en el lugar del crimen.

El Inglés giró la cabeza hacia López.

—¿Estuvo allí?

López le contestó que sí distraídamente. Es ahora o nunca, se dijo, y

puntualizó sus pretensiones. El Inglés se sorprendió de que no hablase de dinero. Las cortinas descorrieron su camino y, mientras abría una ventana, escuchó la voz aguardentosa de López reclamar un programa, quería horario central y contrato por dos años.

El Inglés sumó y restó, la especulación y el cálculo certero habían sido siempre su territorio; la posesión, su hambre y su motor. No podía dejarlo pasar y no lo iba a hacer.

—Demasiado fuerte, López, demasiado fuerte.

¡Claro que no lo iba a dejar pasar! No solo por lo que pudiese ganar sino por lo que perdería si ese material terminase en otras manos.

—Además, es un poco confuso...

Encendió un cigarrillo. Sabía que debía llegar a un arreglo, pero su naturaleza, su instinto carnívoro, demoraba el momento. Tenía muy claro que un programa conducido por un tipo como López, tan desaliñado, tan en el límite de la suciedad, no podía ser otra cosa que un fracaso. Pero también tenía muy claro que existían incontables maneras de hacer un contrato, fórmulas crípticas, razones de fuerza mayor, y por fin intereses superiores disfrazados con diccionario leguleyo.

Una persona común habría aceptado sin más las condiciones de López y dejado para mañana la segura traición. Pero el Inglés odiaba cerrar un trato sin que mediaran pelea y rendición.

—En televisión dos años son una eternidad, López. Seis meses, el contrato no puede ser más largo. Esta es mi propuesta: seis meses renovables más cien mil. Cien mil ahora, en efectivo.

Hizo silencio para que la cifra quedase suspendida en la conciencia de López.

—Lo dejo solo unos minutos para que lo piense, pero entienda algo, López, es esto o nada. Tómelo o déjelo.

* * *

El hombre —abogado, cincuenta y cinco años, barba candado, traje oscuro, camisa blanca y moñito azul con pequeños lunares carmín— se presentó en el

juzgado con su sonrisa de hombre de mundo. No obstante lo envanecido del adminículo sujeto al cuello de su camisa, no lo animaban aires de jactancia. Jurista de larga trayectoria, no era presuntuoso ni mucho menos albergaba goces pendencieros.

Viejo conocido del juez, una hora antes lo había llamado a su casa y puesto al tanto del suceso. Usía le había advertido, sin dejar de untar con generosa manteca su tostada matinal, que el canal debía abstenerse de emitir imágenes antes de que él las viera con sus propios

ojos.

Pero, pese al enfático deseo del juez, en el mismo instante en que el veterano abogado de moñito depositaba sobre su escritorio el cedé en cuestión, lo inimaginable ya no les pertenecía. Ni a uno ni a otro. La historia, a veces, depende de pequeñas contingencias. Poco antes habían esperado sobre la mesa de edición los dos materiales, el crudo y el editado. Este último estaba a la derecha, sobre una hoja en la que había anotaciones de puño y letra. Fuera de esto, ambos eran iguales en apariencia.

El editor hacía horas que trabajaba; fatigado, salió a tomar un café y aire fresco. Dijo al pasar que le dolía la cabeza, aunque en verdad la que sufría era su alma. Cuando traspuso la puerta, entró la mujer de la limpieza. La mujer sabía que no podía tocar nada en la isla de edición, así que cada vez que tomaba algo volvía a dejarlo en su lugar, pero quiso la fatalidad que esa vez las pequeñas cajas quedaran invertidas, la de la izquierda a la derecha y la de la derecha a la izquierda. La hoja quedó en el mismo lugar, debajo de la caja equivocada.

Cuando el editor volvió, la densa bruma de su entendimiento no se había dispersado. Horas conteniendo el asco, tratando de no sentir, lo habían dejado ausente, encerrado en sí mismo y a la vez perdido. En tales condiciones no se percató de la silenciosa inversión y escribió con redondeados trazos en la caja de la derecha la palabra "editado".

Nadie lo quiso.

No fue intención del Inglés, ni, como luego malamente se defendió, el sabotaje de un editor infiel. No fue más que un error involuntario, el gobierno de la casualidad cotidiana sumado al cansancio y al efecto depredador del espanto.

El material editado nunca salió al aire, las imágenes en crudo, las que le había dejado el homicida a López, se vieron en la pantalla una sola vez. El juez aún estaba reunido con el abogado de moñito, cuando fue advertido de lo que estaba sucediendo y, delante de él, ordenó que una comisión policial secuestrase el material.

Le advirtió al abogado que en esto no había amistad que valiese y que lo mejor para su cliente era que las imágenes fueran un fraude. También le informó que desde ese momento su representado estaba bajo investigación y que si trataba de ganar un aeropuerto sería detenido.

* * *

Así como la historia a veces depende de pequeñas contingencias, en otras sabe sobreponerse a lo fútil y cotidiano. Ya porque algunos actores adquieren una conciencia transparente de su tiempo, de lo que fue y de lo que inevitablemente será; ya porque otros, extranjeros de conciencia alguna, no consiguen entender lo que ven sus propios ojos y se paralizan ante el devenir de los acontecimientos.

Los hombres del gobierno no pudieron con su estupor. Aturdidos, no se comunicaron con los medios, no amenazaron ni urgieron
medida.

Lo extraño, lo único, es que aun así, no hubo quien hablara de las imágenes.

Como si nadie las hubiera visto.

Los cálculos más prudentes dicen que debían estar mirando el canal del Inglés no menos de trescientas mil personas. Muchas de ellas buscaron infructuosamente confirmar lo que había aturdido sus miradas en otros canales, en la radio o en los diarios.

Solo encontraron silencio.

Una mudez que nadie pidió, el resultado de una conciencia extendida. Había, en efecto, una línea que no debía ser traspasada; del otro lado esperaban el pánico y el desorden.

* * *

A las diecisiete y cincuenta y cinco minutos del domingo de las elecciones, López escuchó el urgente sonido de su celular. Sospechó que era una mala noticia y se abalanzó sobre el aparato. López era de quienes prefieren rápido las malas nuevas, atragantarse y escupirlas sin que medie preámbulo ni negación.

"Usted no es un caballero", decía el texto del mensaje. También a las diecisiete y cincuenta y cinco minutos del domingo de las elecciones, el inspector trataba de extraer algo de las imágenes. Algo que le abriese alguna línea de trabajo.

Detrás del inspector los hombres escuchaban con penetrante atención la radio y, cuando el reloj marcó las seis, hora en que se cerraban los comicios, esperaron con aliento congelado el anuncio.

Pero antes, cuando faltaba solo un minuto, el inspector creyó ver unas letras, algo escrito y, también él con hálito glacial, levantó su mano derecha, el índice extendido, dirigido hacia algún lugar en la pantalla.

A las seis en punto de la tarde su índice levantado reclamó silencio. A las seis en punto el locutor develó el resultado de la encuesta a boca de urna. A las seis de la tarde alguien, atrás, rugió con todas sus fuerzas. Las venas del cuello hinchadas y los puños cerrados golpeando un cielo imaginario; un alarido de victoria, un aullido de venganza.

—¡Ganó!

El inspector permaneció como si nada hubiera escuchado. Detrás, abrazos y una botella que se descorcha.

—Ganó —repitió la voz, que se ha acercado a su superior. Fue un "ganó" más cálido y cómplice. Un "ganó" que significaba seguimos, más cerca de la salvación que del festejo.

—Atrás, vuelva atrás —exigió el inspector al hombre de la computadora—. Cuando la cámara se mueve, hay algo. Hay algo escrito en el cuaderno.

El hombre golpeó la barra espaciadora y el cursar buscó un punto atrás. 00 02 22 13 indicaba la barra de tiempo.

La cámara se movía rápida, demasiado rápidamente.

El inspector vio una y otra vez el fragmento. Ese cuaderno no estaba cuando llegaron a la escena del crimen y, por eso mismo, se dio cuenta de que era importante, que el asesino lo había puesto allí para dejarles un mensaje.

Eran apenas veinte cuadros, ninguno de los cuales se veía nítido. Atrás, las copas chocaban. El inspector balbuceó algo.

—¿Cómo dice, señor?

El inspector no contestó, estaba ajeno, su mirada detenida en la pantalla.

El festejo se afinó, se encogió, se disolvió.

Después de repetir decenas de veces los veintidós cuadros, escribió en una hoja: "Si emisarius mandata non efficit iram meam suscitabit". Él había estudiado con los jesuitas, pero hacía tanto tiempo que casi lo ha olvidado todo.

Se dio vuelta.

—Teniente —ordenó—, quiero que me traduzcan esto.

El joven teniente tomó la hoja y leyó sin entender, frunciendo el ceño.

—Latín —le aclaró el inspector—. ¡Es urgente!

Muy adentro algo creía saber, o adivinar, y por eso mismo sentía que cada segundo importaba. Como en una cuenta regresiva.

Minutos después, a las seis y diez de esa tarde de elecciones, le acercaron una hoja: "Si el emisario no cumple despertará mi ira". Era lo que temía.

—¡Teniente!

—Señor.

—No lo pierda de vista a López, de día y de noche. —Sí, señor.

—Mande alguien a su casa ahora.

* * *

Fue entonces que el inspector tramó el plan. Para hacerlo realidad llamó al comisario Bermúdez y le preguntó si quería volver a las ligas mayores.

* * *

Poco antes del mediodía del lunes, mientras el país festejaba o lamentaba la reelección del presidente, López recibió un mensaje en su celular. Ansioso, desconfiado, conjeturó otra mala nueva.

"El emisario tiene las horas contadas".

Sintió un estrépito, como si un explosivo estallara dentro de él. Le palpitaba enloquecido el corazón y transpiraba a mares; como pudo se paró, pero las piernas no lo sostuvieron y cayó sobre la cama. Sintió una aguda puntada en el pecho y después un dolor intenso que le tomaba el brazo izquierdo y se extendía hasta la cintura. Tirado boca arriba, mojado y apenas logrando que el aire entrara en sus pulmones, perdió por completo el dominio del pulso.

Estaba asustado. Existía solo una persona que podía mandarle un mensaje así. Cerró los ojos. Eso quería decir que mintieron, que nunca lo atraparon. Todos habían escuchado el anuncio del jefe de Gabinete: "El asesino ha sido detenido". Tramposo. "Ayer, lunes, fue detenido", había asegurado. Él lo escuchó, todos lo escucharon. Recordaba el alivio que había sentido, esa sensación cálida de que el alma le volvía al cuerpo. El asesino le había advertido que esperase a que se hiciera público, pero qué más daba si estaba detenido, pensó, y le llevó el material al Inglés.

¡Y ahora resultaba que era mentira!, que habían detenido a un pobre infeliz que no tenía nada que ver. Que el desquiciado estaba libre.

O que tenía un cómplice que no habían atrapado.

O que, como decían algunos, existía más de un asesino. ¡Y el suyo estaba libre!

¡La putamadre!

López juntó las escasas fuerzas que tenía y con un formidable esfuerzo se puso de pie. Fue hacia la heladera, sacó la botella de whisky y tomó un largo trago desde el pico. Debía irse. Se puso el saco, casi doblado por el dolor tomó la poca plata que tenía y se dirigió hacia la puerta. En el camino se miró en el espejo. Calma, López, se dijo, no puede ser tanta mala suerte y, con su mejor y más falsa sonrisa, bajó el picaporte.

Lo último que sintió López fue que una fuerza irresistible lo introducía nuevamente en el departamento; luego perdió el conocimiento. Segundos después, su corazón dejó de bombear y en un par de minutos conocería los

eternos dominios de la muerte.

La incisión en el cuello, hábilmente producida con el fino metal quirúrgico, fue del todo innecesaria. La mano homicida no lo supo, pero la causa de su muerte fue un infarto agudo de miocardio.

* * *

También poco antes del mediodía del lunes, el inspector leyó y releyó las ocho misteriosas palabras: "Si emisarius mandata non efficit, iram meam suscitabit" (si el emisario no cumple despertará mi ira). Tomó el aparato y preguntó a la guardia si habían visto algo extraño. "Nada. López sigue en su departamento, señor", le contestaron.

El emisario y la ira le daban vueltas por la cabeza.

La ira. El asesino estaba a punto de cometer un error.

—Estén atentos —exigió. Preguntó quién estaba apostado en la escalera; el sargento Vázquez, le informaron. Vázquez es buen policía, pensó—. No quiero distracciones —dijo y cortó sin esperar respuesta.

Va a cometer un error. Va a cometer un error.

El inspector se frotó las manos, se levantó, caminó hacia la ventana y volvió a sentarse, tomó el teléfono y colgó sin hacer llamada alguna. Parecía un leopardo enjaulado, maniatado, a la espera.

—Hay otro mensaje, inspector. —¿Qué dice?

—"24 tucumán 895 3d", es... —El departamento de López. —Sí, señor.

Con el odio retenido pero al borde de la explosión, el inspector volvió a comunicarse con el oficial y le ordenó que subiesen, que ya había matado. Escuchó que le respondía que no, que no podía ser, que... espere un momento inspector. Sucedieron unos segundos de espera, se oyeron ruidos, voces, una sirena. El inspector se echó a correr por los pasillos del Departamento de Policía, el celular en el oído y el alma presa del vértigo.

—Señor... López está muerto.

—Lo sé.

—El sargento Vázquez también. Mientras subía a un móvil, respondió: — No dejen que nadie salga del edificio.

3

Un lunes al mediodía no era el mejor momento para transitar por Buenos Aires. Especialmente hacia lo que los porteños llaman el centro, las sesenta manzanas desde donde se rige el país. Pero una sirena urgente y un motociclista agrio abrieron paso al móvil por entre el averno de ómnibus y taxis.

El inspector no era un hombre cobarde. No lo había sido cuando estuvo en Narcóticos, ni lo habían amedrentado los desarmaderos de autos, no tembló cuando debió exonerar a policías corruptos o desprolijos, ni cuando tuvo que protegerlos. Tampoco se acobardó cuando aceptó participar del fraude que reemplazó el indefinido "un" por el indubitable "el", asegurando que el presidente fuese premiado con la reelección.

Pero su valentía nunca había sido ciega, era un hombre de cálculo, un infalible evaluador de posibilidades. Y ahora sabía una cosa: ese, precisamente ese, era su momento.

Estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Si fracasaba debería renunciar, pero si tenía éxito, si atrapaba al maldito trastornado, entonces inscribirían su nombre en los tratados de criminología. "El inspector Damián Vives atrapó al asesino serial más peligroso de la historia del país", leía en su imaginación.

Marcó un número, escuchó tono de llamada y esperó ansioso. —Por favor con el ministro.

Del otro lado de la línea, la voz le dijo que el joven abogado devenido ministro del Interior estaba ocupado. —Interrúmpalo.

La voz hizo un silencio pesado y perturbador, era evidente que no sabía qué hacer.

—Interrúmpalo —insistió él.

La voz dijo que sí, que iba a buscarlo, que esperara en línea. Pasaron segundos, o minutos, quizás horas, acaso años. El inspector Vives, reconocido en la Fuerza porque era capaz de abrazar o matar sin el más nimio gesto delator, tomó el otro celular.

—Comisario, sucedió.

—Bien, señor, en cinco minutos nadie podrá salir ni entrar — aseguró el comisario Bermúdez.

El inspector escuchó la voz del ministro en el otro teléfono:

—Señor, el asesino está en el centro de la ciudad, estamos haciendo un cerco.

—¿Un cerco?

—En minutos nadie podrá salir ni entrar.

—No lo haga, va a ser un escándalo.

—Es la única manera de atrapar al asesino.

—¡A la mierda con el asesino! Ya lo atraparemos, pero en silencio. ¿Entiende?

—Ya es tarde, señor.

—¡Cómo que es tarde! Le ordeno que no haga ningún cerco.

—Ya es tarde, señor. El presidente quiere terminar con esta historia, confía en mis medidas y en que usted sabrá encontrar la manera de comunicadas.

La conversación finiquitó en el mismo momento en que el inspector entraba en el departamento de López. El pobre estaba colgado, un gesto casi placentero se asomaba desde su rostro pálido. El inspector registró el departamento, era tan desordenado como su propietario. Su mirada no tardó mucho en reparar en la extraña caja de metal con un candado que había sido violentado y que, adentro, guardaba un ejemplar del Diario de la guerra del cerdo.

Ya se estaba yendo cuando se cruzó con una anciana que vivía en el edificio. La anciana le preguntaba al portero por qué había policías por todos lados; pero sin esperar contestación alguna afirmó que ella ya lo sabía. Ella sabía muy bien que el mundo se había vuelto loco, no ve que la gente no hace otra cosa que correr y gritar. No, en mis tiempos era distinto, Evaristo, se

vivía la vida y había tiempo para todo. Sin ir más lejos, recién un muchacho casi me tira, bajaba las escaleras de a tres escalones y cuando llegó aquí, ve, Evaristo, aquí mismo, yo venía de comprar leche para mi gato, y casi me tira.

El inspector se paró:

—Recuerda cómo era —preguntó.

—Y cómo va a ser: joven. Alto, eh, debía tener un metro noventa

fácil, y más bien gordo también, con un impermeable azul —la anciana hizo un breve silencio, frunció el entrecejo, parecía estar recordando—. En ese momento no me extrañó porque presté atención al libro que llevaba, pero ¿usted cree que va a llover?, no parece, ¿no? ¡Sin embargo él tenía un impermeable!

—¿Y el libro?

—Sí, llevaba un libro, eso me sorprendió.

—¿Cuál era?

—No sé, un libro, un libro viejo. Raro también, los jóvenes no leen libros viejos, ¿no?

—Sí, pero ¿cuál era?

—Uno, no recuerdo bien, déjeme ver, uno de Bioy Casares. —Bioy Casares.

—No sé, puede ser.

—¿Uno como este? —le preguntó, mostrándole el libro que había estado en la caja de metal. —¡Igualito! ¿Cómo lo sabe?

El inspector se dio vuelta, le ordenó a uno de sus hombres que le sacara todos los datos posibles a la vieja y se comunicó con el comisario: —Bermúdez, el asesino es joven, es alto, aparentemente uno noventa, tiene puesto un impermeable azul y lleva el Diario de la guerra del cerdo.

—¿Qué cosa lleva, inspector?

—Un libro: *Diario de la guerra del cerdo*.

* * *

Los símbolos no son poca cosa. El Cerco clausuró las sesenta manzanas que

conformaban el centro de Buenos Aires, el cerebro de aquel país inhóspito estuvo condenado al aislamiento y la nación toda se paralizó carente de gobierno.

El dólar y las cotizaciones de los granos telúricos en los remotos mercados del mundo, la última ley que agitaba los ánimos y se debatía arduosamente en las Cámaras, y hasta la novísima peripecia del deportista popular entrado en desgracia, y todas las demás noticias, vulgares peleas de estrellas del espectáculo, declaraciones de algún líder sindical y las del reconocido músico mimado por los críticos, todas las noticias desaparecieron en el momento en que se cerró el Cerco. La City estaba aislada, el país había enmudecido.

Centenares de miles de personas quedaron prisioneras. Banqueros y bancarios, jueces, fiscales y reos, albañiles, motoqueros, obispos y turistas. Miles de policías custodiaban cada bocacalle transformada en frontera y otros tantos, en pequeños grupos de tres, se internaron por las calles, por los surcos de ese gran cerebro anestesiado, exigiendo documentos, abriendo puertas, buscando a un hombre joven, un metro noventa de estatura, ciento veinte kilos de peso, piel blanca, cabello emulado, que posiblemente vistiera un impermeable azul, aunque era bien posible que ya se lo hubiese sacado, y que portaba un libro de un tal Bioy Casares intitulado Diario de la guerra del cerdo o algo parecido, aunque también era probable que para entonces se hubiera desprendido de él.

El Cerco duró horas eternas. El inspector sabía que el límite era la noche, no podía tomar como rehenes a miles de personas; cuando oscureciera tenía que dejarlas libres, redactar su renuncia y después soportar el escarnio. El Cerco terminó cuando el sol ya se ocultaba más allá de la ciudad puerto, detrás del horizonte infinito y mudo de la pampa circundante. Pero apenas minutos antes de que eso ocurriese, el inspector recibió una llamada, una voz emocionada le informó que una persona que concordaba con la descripción, un joven que vestía un impermeable azul y portaba el diario de los cerdos, había sido detenida.

—No pronuncia palabra, señor, solamente ha dicho algo sobre un mensajero que despertó su ira.

* * *

El abogado devenido ministro explicó lo inexplicable con envidiable oratoria de buen sofista. "Este es un gobierno de hombres prácticos", justificó. Como había sentenciado Aristóteles y popularizado Perón: la única verdad es la realidad. Y la realidad era que tenían al asesino, que la sociedad podía dormir tranquila.

El juez de la causa confirmó los dichos del ministro: el individuo detenido había confesado los homicidios, aunque se negó a explicar el motivo de sus crímenes.

El Inglés se dirigió al juez y obtuvo permiso para que, en virtud del satisfactorio giro de los acontecimientos y como póstumo homenaje al periodista Lorenzo López, quien entregara la vida en el ejercicio de su deber, le permitiera poner en el aire el material que usía había secuestrado.

* * *

Acordaron sin pelea alguna su retiro hacia una embajada en un ordenado y glamoroso país europeo. El presidente le agradecía su dedicación y fidelidad, y el jefe de Gabinete, el amable destino que el primer mandatario había dispuesto. En ese momento se abrió la puerta y entró el joven ministro del Interior, quien, no tenía dudas, sería su reemplazante como jefe de Gabinete.

—¡Brillante! —exclamó el presidente, la sonrisa de oreja a oreja—. La única verdad es la realidad, ¡magnífico! ¡Ese es un argumento que la gente común entiende!

Las manos se estrecharon y el presidente, hombre de común sobrio y de impulsos medidos, afirmó que por fin había llegado el momento de festejar. El mozo descorchó con celo profesional un buen champán y sirvió el líquido en finas copas de cristal. El presidente, la copa en su mano y el brazo derecho levantado, invitó a brindar por el peso que se habían sacado de encima.

Por un instante cerró los ojos mientras bebía largamente.

—Mi madre decía, cuando yo era estudiante, que si seguía con mis malos

hábitos terminaría alcohólico.

Sus dos ministros lo miraban distendidos.

—Se ve que era de la oposición.

Todos rieron.

—Uno se preparó para llegar aquí. Estudié Leyes, leí una infinidad de libros de política, de historia, de economía, me interesé por la geopolítica, en fin, años y años preparándome para gobernar y cuando llego —abrió los brazos y levantó las cejas— tengo que vérmelas con un loco. La política transformada en una pesquisa policial, y de eso nunca leí nada.

El mozo llenó su copa vacía. —Jamás se me ocurrió. Sonó el teléfono.

—Hágalo pasar —pidió.

El presidente se puso de pie. La puerta se abrió.

—Mi querido inspector, estamos festejando.

Le estrechó la mano.

—¡Ha estado usted brillante!

Lo tomó del brazo y lo acercó hacia donde estaban sus ministros.

—En esta historia, usted es el héroe.

Los tres hombres levantaron sus copas con la mirada puesta en el inspector, a quien el mozo le acercó una con burbujeante champán. —Se ha dado un gusto que nadie ha podido darse: ¡ha tomado de rehén hasta a los banqueros!

Risas. Aplausos. Copas levantadas.

Pero el inspector no levantaba su copa, en realidad ni siquiera la había tomado de la bandeja del mozo. —Señor.

—Brinde con nosotros, Vives, ¡no me va a decir que está de servicio!

Otra vez las risas. En el despacho presidencial la felicidad se conjugaba en presente.

—Ocurrió algo, señor —dijo, por fin, el inspector. Pausa, las risas se apagaron.

(¿Ha dicho "ocurrió algo"?).

Silencio. Afuera sonó la sirena de una ambulancia.

—¿Grave?

—Me temo que sí.

Los segundos se deslizaban como agua en las manos. Al presidente se le

endureció el rostro. Por su memoria pasó la imagen de su madre, sus piernas le advierten que tiene que sentarse, pero permanece de pie; espera, con un nudo en el estómago, las manos húmedas y el diafragma paralizado.

Pero el inspector Damián Vives no decía nada, y el presidente entendió por qué en la Policía le decían Satanás.

Entonces, intuyó algo, lo peor.

—¿Hay otro asesino? —preguntó con un leve temblor en la voz.

—Me temo que sí.

* * *

No habían llegado a tiempo para evitar el temido contagio. El presente siempre es efímero, por eso la felicidad no puede ser más que un recuerdo.

Notas

¹ Sevilla, publicación periodística de la época caracterizada por su humor satírico. (Nota del Editor).[≤≤](#)

² Partido Nuevo País, Nuevo Frente Republicano y Agrupamiento Espacio Nuevo, respectivamente. (Nota del Editor).[≤≤](#)

³ Diccionario de argentinismos, Academia Argentina de Letras. (Nota del Editor) [≪≪](#)

⁴ Eliseo Bieta, director de laureadas películas, estaba trabajando en el guión de un film sobre el asesino serial. Consultado por un periodista sobre cómo pensaba el final de la obra, habida cuenta de que el asesino todavía no había sido atrapado, la respuesta del director no se hizo esperar: "Me atrae un nuevo modelo de cine, un modelo que puedo definir como de improvisación, espontáneo, completamente imprevisible, sin guión. Sin embargo, espero que para cuando comience el rodaje, quienes tienen el deber de cuidarnos ya lo hayan apresado". (Nota del Editor) [≤](#)